

A young couple is shown in a close embrace, smiling joyfully. The woman, with long dark hair, is leaning her head against the man's shoulder. The man, with short brown hair, is looking upwards and to the right with a wide smile. They are wearing warm, textured clothing, including a grey jacket and a thick beige scarf. The background is a soft-focus field of yellow flowers, likely sunflowers, under bright, warm lighting.

Julie Miller

**El
principiante**

e lit

EL PRINCIPIANTE

Julie Miller



 HARLEQUIN™

Índice

[El principiante](#)

[Argumento](#)

[Personajes](#)

[Acerca de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Argumento

Era joven pero parecía tener mucha experiencia... tanto en el trabajo como fuera.

De pronto había algo más importante, para el inexperto agente Josh Taylor, que destapar aquella red de tráfico de drogas en la universidad y convertirse en detective. Porque, en mitad de aquella investigación que estaba realizando infiltrado en la universidad, había conocido a la profesora Rachel Livesay; aquello había encendido todas las alarmas de peligro... y de pasión.

Rachel no tenía a nadie a quien acudir, hasta que Josh prometió protegerla del donante de esperma que la amenazaba con quitarle el niño que estaba a punto de dar a luz. Pero Josh era su alumno, no un caballero andante... enamorarse de él sería una tremenda locura que podría ponerlos en peligro a ambos.

Personajes

Josh Taylor: Su sonrisa juvenil y encanto irresistible lo convierten en el policía ideal para infiltrarse en un cartel de droga de la universidad. ¿Pero su misión no aumentará el peligro que ya corre su hermosa profesora?

Rachel Livesay: Embarazada de ocho meses y sola... por decisión propia. Hasta que alguien amenaza con quitarle a su bebé y busca protección en un hombre más joven. ¿Pero puede arriesgarse a entregarle también su corazón?

Simon Livesay: Ex marido de Rachel y antiguo socio de negocios. Una vez la engañó. Ahora quiere reemplazarla.

David Brown: No se toma bien que lo expulsaran de la clase de la buena doctora.

Curt Norwood: Rachel y él son viejos amigos desde la época de estudiantes.

Andrew Washburn: Su banco de esperma ofrece sólo lo mejor en candidatos a padre y promete la máxima discreción.

Kevin Washburn: ¿Qué secreto oculta ese joven solitario?

Lucy Holcomb: Esta paciente de Rachel sabe lo que es perder un niño.

A.J. Rodríguez: El policía herido le debe un favor a Josh.

Nº 93579: El no tan anónimo padre del bebé de Rachel.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Julie Miller. Todos los derechos reservados.
EL PRINCIPIANTE, N.º 68
Título original: The Rookie
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-847-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

Julie Miller atribuye su pasión por escribir novelas rosas a todos los cuentos de hadas que leyó de pequeña y a su timidez. Llegó a amar la palabra escrita porque su familia la alentaba a escribir todos los sentimientos que no podía expresar. Inspirada en Agatha Christie y en la Enciclopedia Brown, Julie Miller cree que sólo hay algo mejor que un buen libro de misterio y es un buen libro de amor.

Prólogo

Joshua Taylor se agachó detrás de un montón de cajas en el viejo almacén y examinó las sombras en busca de alguna indicación de movimiento mientras escuchaba la conversación tensa que sonaba en el transmisor que llevaba dentro del oído.

Su pantalón negro y la chaqueta del uniforme se fusionaban con la noche. Las únicas señales que podían traicionar su presencia eran la placa de bronce que llevaba clavada encima del corazón y el bulto de la pistola de acero que sostenía con las manos enguantadas.

—Me dijiste que podías hacer la entrega —decía A.J. Rodríguez, antiguo compañero de Cole, el hermano mayor de Josh. Llevaba tres semanas haciéndose pasar por un traficante de drogas que quería ampliar su negocio a la zona de la Cuarta Comisaría—. Y ahora que vengo con los brazos y el maletín abiertos, ¿me quieres quitar veinte bolsas?

—Es arriesgado confiar mucho en vecinos nuevos —gruñó la voz dañada por las drogas de Randall Pittmon.

Aquel hombre había estado en la cárcel muchas veces, pero Josh quería que ésa fuera la definitiva. Esa vez no habría tratos ni retirada de cargos. El caso estaba muy claro.

O lo estaría en cuanto Randall pusiera las cartas sobre la mesa. Cartas llenas de anfetamina lista para venderse en la calle. Cristales preparados para fumarse, derretirse o inyectarse. La misma droga que se había llevado, un mes atrás, a uno de los chicos que entrenaba Josh en el gimnasio local.

Reprimió un bufido de impaciencia y cambió de postura. El suelo de cemento le helaba el trasero y aquel tipo quería ponerse a filosofar. Giró la barbilla hacia el micrófono que llevaba prendido en el hombro y susurró:

—Midler.

—¿Alguien más cree que este tipo quiere ganar tiempo?

—Silencio, Taylor —dijo la voz del teniente Cutler.

Josh asintió con la cabeza y fijó la vista en la oscuridad, intentando averiguar la posición de los demás agentes asignados a apoyar a A.J. Nadie. Nada. Estaba atrapado como una rata en el fondo de un agujero cenagoso, esperando ciegamente a que atacara el depredador. Sólo podía escuchar y esperar la orden de Cutler.

Un día, pronto, llegaría a inspector y podría llevar el mando en casos como aquél. A sus veintiocho años, estaba más que preparado. Había pasado el examen, era licenciado universitario y tenía experiencia.

Sólo necesitaba un apellido distinto.

En su calidad de hermano pequeño de una larga lista de defensores de la ley y el orden, tenía una reputación legendaria que defender. Y aunque se sentía orgulloso de los logros de su familia, no era fácil estar a la altura. No podía ser un agente más, tenía que ser mejor que nadie para llegar a inspector en la Comisaría Cuarta.

Tenía que calcular muy bien la distancia entre aceptar órdenes y correr riesgos, y demostrar que era el mejor.

A.J. intentaba forzar a Randall a decidirse.

—Mi oferta no seguirá en pie mucho más tiempo. Si tienes la mercancía, bien. Si no, me llevaré el negocio a otra parte.

Josh se colocó en cuclillas, manteniéndose siempre escondido detrás de las cajas. Aventuró un susurro, casi con los labios pegados al micrófono.

—Teniente.

No hizo caso de la maldición de su jefe y comunicó lo que le decían su instinto y su oído, aunque sus ojos no pudieran verlo.

—Pittmon espera a alguien. ¿Lo sabe A.J.?

El detective Rodríguez había sido registrado a conciencia, por lo que no llevaba micrófonos ni armas. Por lo menos que Pittmon supiera. A.J. podía ser un blanco fácil.

—Se acerca una furgoneta azul por la parte de atrás —dijo la voz de otro agente—. Matrícula local.

Cutler maldijo por todos ellos.

—¿Alguien puede ver lo que ocurre? Pittmon acaba de salir del alcance de la cámara.

Josh se acercó al extremo de la pila de cajas y apretó el vientre contra el suelo. Se mantuvo alineado con las sombras y se arrastró hacia delante.

—Pittmon se dirige a la puerta del garaje —susurró—. A.J. está en la mesa. El único paquete es el maletín con el dinero. Un momento. Entra alguien.

El ruido de voces en su oído dio paso al silencio. Randall se echó a reír y dio una palmada en el hombro al tercer hombre. El recién llegado era más bajo de estatura y llevaba vaqueros y deportivos.

Y una chaqueta de cuero.

—Mierda, es sólo un crío —susurró Josh—. Unos dieciocho años. No oigo lo que dicen.

Al parecer, A.J. tampoco lo oía. El inspector se puso en pie con calma.

—¿Hay algún problema?

—Tengo la matrícula —dijo un agente desde el puesto de mando—. Tyrone Justiss. Está en libertad condicional.

—¿Tienes la mercancía, sí o no? —preguntó A.J. con impaciencia.

—Sí, señor —Tyrone esperó una señal de Randall y llevó la bolsa de deportes hasta la mesa—. Está aquí —abrió la bolsa y mostró los bloques de anfetamina.

Josh reprimió su rabia y empezó a contar mentalmente los segundos hasta que A.J. estuviera a una distancia segura y pudieran detener a Pittmon y al chico.

El inspector revisó la mercancía y cerró la bolsa.

—Me parece bien —se echó la bolsa al hombro—. La próxima vez no me hagáis esperar.

—La próxima vez no te instales tan pronto en mi patio de atrás.

Pittmon llevó una mano al interior de la chaqueta y todos los sentidos de Josh se pusieron en alerta.

—¡Pistola!

Los segundos siguientes transcurrieron con toda la claridad de una película que se pasara a cámara lenta, fotograma por fotograma.

Randall apretó el gatillo. A.J. torció los hombros, gruñó con el impacto de una bala y cayó hacia atrás contra un montón de cajas. Una lluvia de balas de la policía cortó en dos la mesa vieja y golpeó el cemento a los pies de Randall.

Josh se lanzó hacia delante y el chico sacó una pistola del bolsillo. Apuntó con ella a A.J. y luego a Josh. El sudor le cubría la frente y en sus ojos se leía pánico.

—¡Tiren las armas! —gritó el teniente Cutler, entre el enjambre de agentes que rodeaban a Pittmon.

Randall, que comprendió que no podía hacer otra cosa, dejó caer su pistola al suelo y levantó las manos. En cuestión de segundos estaba boca abajo sobre el cemento, con las manos esposadas a la espalda.

Pero el chico empezó a retroceder.

—¡No volveré a la cárcel!

—Tira la pistola antes de que alguien te dispare —le advirtió Josh.

—¿Me vas a disparar tú? —apuntaba al pecho de Josh—. Dispararé yo antes.

Un agente de las Fuerzas Especiales, vestido de negro desde el chaleco antibalas hasta las botas, se colocó detrás de él.

Josh retiró la mano derecha de la pistola e intentó calmar al chico. Indicó con los ojos al agente especial que se apartara. El chico estaba ya bastante nervioso. Un movimiento brusco y podía apretar el gatillo.

—Dame la pistola —le dijo con voz firme y tranquila—. Dámela y no te pasará nada.

Algo alertó al chico de la presencia del otro agente. Se volvió.

—¡Eh!

Josh se lanzó sobre él, le agarró la muñeca y se la retorció con el brazo levantado.

La bala golpeó las vigas de acero del techo del almacén y aterrizó en alguna caja.

Josh tiró al chico al suelo y le arrancó la pistola. El agente especial y otros dos más lo apuntaron con su rifle.

—¡Atrás! —dijo Josh, como si tuviera derecho a dar órdenes a tres oficiales de rango superior.

—¡Taylor! —gritó el teniente Cutler.

Josh respiró con fuerza y esposó al chico.

—No discutas con estos hombres —le susurró al oído—. Acabo de salvarte la vida.

—No me hagas favores.

Los agentes especiales se llevaron al chico y Josh enfundó su arma y se enderezó la gorra antes de mirar a Cutler.

—Te dije que mis hombres se ocuparían de esto. Tu trabajo era ofrecer apoyo y asegurar la zona.

—Estaba protegiendo al chico.

El teniente puso los brazos en jarras y lo miró de hito en hito.

—Es tan culpable como Pittmon. Su pistola es igual de mortífera.

Josh le sacaba una cabeza a Cutler. Sacudió la tensión de sus hombros. Sabía que el otro tenía razón.

Había actuado guiado por el instinto de proteger más que por la tarea que le habían asignado.

—Sí, señor.

—No sea duro con él, teniente —intervino Antonio José Rodríguez, que apretaba una compresa sangrienta sobre la herida que tenía en el hombro izquierdo—. Es probable que me haya salvado la vida.

Cutler pareció considerar el comentario de A.J.

—Supongo que es una deuda de gratitud más que tenemos con los Taylor.

Josh pasó la vista de la mirada dorada de A.J. a la expresión de sarcasmo de los ojos azules de Cutler.

—Sólo cumplía con mi deber, señor.

Era lo único que quería hacer siempre. Siempre que el teniente Cutler, su

jefe directo, se lo permitiera.

Capítulo 1

Dr. Livesay.

Estoy vigilando.

Quiero lo que es mío.

El niño que llevas dentro me pertenece.

Cúidalo bien.

Papá.

La doctora Rachel Livesay miró el trozo de papel que tenía en la mano mientras por su cabeza pasaban imágenes de todos los chicos con los que había salido durante el instituto y la universidad. Por supuesto, ninguno podía ser el padre. Se había casado a los veinticinco años y, a diferencia de su esposo, ella sí había sido fiel. Y desde el divorcio, dos años atrás, no había sentido ganas de intimar tanto con un hombre.

O quizá era que ya no se fiaba de los hombres.

En cualquier caso, aquel anónimo era una broma cruel. No había un padre propiamente dicho, ningún hombre que pudiera reclamar el milagro que crecía en su interior.

—¡Imbécil! —arrugó la nota escrita a máquina que había encontrado sujeta con el limpiaparabrisas y la metió en el bolsillo del abrigo. Seguramente era sólo una broma estúpida y de mal gusto, pero no pudo evitar inspeccionar el suelo gris y los edificios de cemento que la rodeaban para ver si la observaba alguien.

Aunque por el momento había dejado de nevar, aquella mañana de febrero transportaba todavía la humedad fría de un invierno en Missouri. Los estudiantes y profesores corrían a sus clases de las diez desde el aparcamiento o los transportes públicos con la cabeza baja y envueltos en gorros y bufandas.

No vio a nadie que le llamara la atención.

Movió la cabeza. Sin duda sería un estudiante descontento. Abrió la puerta del coche y se inclinó a sacar el montón de exámenes que había dejado dentro del Buick. Se enderezó y cerró el coche con cuidado.

Apoyó la mano enguantada en el techo del vehículo y un escalofrío repentino, que no tenía nada que ver con la temperatura, bajó por su columna. Se volvió a mirar más allá del aparcamiento de Holmes Street, hacia el corazón de Kansas City.

Alguien la observaba.

—Contrólate, Rachel —se riñó a sí misma.

Se frotó el vientre y el bebé dio una patada contra su mano. Rachel sonrió y respiró hondo para aliviar la tensión.

No había ningún padre en sus vidas.

Por lo que a ella respectaba, el padre de su hija era el número 93579. Un hombre de pelo castaño, de raza blanca, con historial de buena salud, coeficiente intelectual alto y al que le gustaban la música clásica y el baloncesto.

El pelo oscuro y los gustos intelectuales eran para que hicieran juego con los de ella. El historial de buena salud era para evitar la necesidad de contactar en un futuro con el donante del esperma que había elegido en la clínica de fertilidad Washburn.

Había pagado mucho dinero para asegurarse el anonimato. Aquella estúpida nota no significaba nada. La niña era suya y de nadie más.

No era así como ella había pensado siempre tener familia.

Pero era lo que había y punto.

Josh Tanner estaba sentado en la segunda fila de su clase de Psicología Comunitaria y observaba a la profesora, la doctora Rachel Livesay, frotarse la parte inferior de la espalda con un movimiento sutil que apenas se notaba, teniendo en cuenta que la mano derecha oscilaba en el aire con la gracia de un bailarín exótico para enfatizar lo que ella decía.

Le gustaba también observarle la boca. Los labios sensuales, pintados con un tono neutro, que se movían con la misma gracia que la mano. Sus ojos

eran verdes y almendrados, un complemento perfecto al pelo castaño oscuro que le caía recto hasta los hombros.

Pero lo mejor de ella eran los pechos.

Maduros. Llenos. Tesoros sensuales que llenarían las manos de un hombre y contribuirían a sus fantasías.

Con el frío del invierno, ella llevaba jerséis de lana que enfatizaban el tamaño y la forma de sus pechos.

Josh respiró hondo y en silencio.

Su profesora de psicología estaba muy bien.

Embarazada y prohibida, pero muy bien. Y no llevaba anillo en la mano izquierda. Había oído que el embarazo solía unir más a la pareja, pero aquella mujer parecía estar sola. ¿Dónde estaba su compañero? ¿Era aquel embarazo el accidente de una aventura pasajeras ¿Los restos de un divorcio? ¿El último recuerdo de un marido muerto?

—Señor Tanner.

Josh se encogió al oír su alias, pero, aunque ya llevaba un mes y medio en la universidad, tardó un segundo en asumir la personalidad de Josh Tanner y pensar como un estudiante.

—¿Qué opina usted? —dijo la profesora.

Aunque ya había cumplido los veintiocho años, Josh sintió un momento de pánico juvenil. Sonrió para ganar tiempo.

—Estoy de acuerdo con usted.

Su respuesta arrancó algunas risitas en la clase. La doctora Livesay levantó la mano para acallarlas.

—¿Usted cree que educar en la música clásica y en las artes es un modo de ayudar a los adolescentes a no meterse en bandas? —preguntó.

Josh se movió en su silla. La suerte estaba de su parte aquel día.

—Claro. Si les interesa el arte, desde luego. Para otros serán los deportes. Algunos quieren ayudar a chicos más jóvenes. Les gusta esa sensación de responsabilidad —apoyó los codos en el pequeño trozo de formica que hacía de pupitre y se inclinó hacia delante—. No hay un modo único de llegar a todos los chicos, pero cada uno responde a una cosa y es sólo cuestión de

encontrar tiempo, paciencia y dinero para descubrir esa cosa.

Empezaba a mover las manos con la misma fluidez que ella.

—Si no tienen nada por lo que vivir o por lo que trabajar, acabarán en bandas y con drogas. Todos quieren conectar con algo positivo. Por desgracia, suele ser más fácil encontrar problemas que eso.

Unos aplausos y unos silbidos de apreciación le dieron la excusa para mirar a su alrededor. Saludó con la cabeza a Kelly, la chica rubia sentada dos puestos más allá y que, a pesar de ser nueve años más joven que él, le sonreía con evidente coquetería. Josh le devolvió la sonrisa.

Miró a Joel King, un chico solitario de pelo largo, situado dos filas por detrás de ella y al lado del pasillo.

A la izquierda de Josh estaba David Brown, el rey de la clase, rodeado de dos atletas de cuello grueso, un chico con aire de empollón y alguna chica guapa siempre cambiante. La de ese día era pelirroja.

Detrás de él, seguramente adormilados, estaban Larry, Moe y Curly.

Y Josh los observaba a todos. Poco a poco aprendía a conocer a cada alumno. Había más en la clase, por supuesto. Reconocía ya todos los rostros y sabía los nombres de todos. Pero los primeros eran los que quería conocer mejor.

Y había uno de ellos al que quería conocer más todavía.

Porque ése, en concreto, podía llevarlo hasta un asesino.

Pero no ese día.

Ese día tenía que mantener su tapadera intacta.

—Creo que no puedo superar ese discurso —la doctora Livesay dio una palmada para pedir su atención—. No olviden que el viernes hay un examen. Procuren leer todas las lecciones y revisar los apuntes.

Una mezcla de gemidos y gruñidos hizo sonreír a Josh. Añadió su protesta al coro y levantó la mochila para guardar los libros y el bolígrafo.

—¿David? —la profesora llamó al cabecilla de la clase—. ¿Podemos hablar un momento en mi despacho?

David Brown era un joven delgado de unos veinte años, pelo castaño oscuro y ojos marrones. Era una cabeza más bajo que cualquiera de sus pseudo

guardaespaldas, aunque Josh sospechaba que poseía la fuerza explosiva de un boxeador entrenado. Su rostro no era nada especial, pero la pelirroja parecía muy apegada a él, por lo que Josh sospechaba que David debía ser un buen partido por alguna otra razón.

Mientras Josh cerraba la mochila y buscaba su chaqueta de cuero, David Brown empujó a su novia del día escaleras arriba e hizo una seña a sus amigos.

Cuando la doctora Livesay hubo recogido sus cosas y salió por la puerta de atrás, los tres jóvenes empezaron a bajar las escaleras, pero antes de que la puerta se cerrara tras ellos, Josh notó la seña que les hizo David.

Extraño. ¿Qué estudiante universitario necesitaba la protección de dos atletas colocados al extremo del pasillo?

Se subió la cremallera de la chaqueta y buscó los guantes en el bolsillo para hacer tiempo. Tomó después la mochila y salió detrás de ellos.

Empujó la barra redonda de la puerta y entró en la parte más antigua del edificio, al que habían añadido con posterioridad el salón de conferencias. Los dos atletas paseaban como centinelas ante la fuente situada enfrente del despacho de la doctora Livesay.

Para probar su teoría, Josh se acercó a beber agua y los otros dos siguieron en su sitio en lugar de alejarse a una distancia cortés.

Decididamente, tenía que descubrir lo que ocurría. Retrocedió, sacó unos papeles de la mochila y cruzó el pasillo de mármol hasta el despacho de la profesora.

Consiguió girar el picaporte antes de que el primer atleta le diera una palmada en el hombro.

—No puedes entrar ahí.

El segundo se colocó al otro lado.

—No. La profesora está con alguien.

Josh sonrió.

—No importa, puedo esperar.

Se sentó en un banco al lado de la puerta y evaluó a los presuntos guardaespaldas. Eran fuertes, sí, pero no muy observadores. Él había dejado

la puerta entreabierto para oír lo que decían dentro y no se habían dado cuenta.

—No puede expulsarme de la clase por eso —decía David Brown con voz inesperadamente quejica.

Josh miró a sus dos amigos. Habían oído la misma protesta y se miraron confusos. Quizá era la primera vez que alguien retaba así a su líder.

—Sí puedo —dijo la doctora Livesay—. Es la política del centro. Léete el manual.

—Pero necesito esa clase para graduarme.

La protesta de David fue seguida de un ruido de madera contra madera, una silla deslizándose por el suelo. Josh se puso tenso y contó en silencio hasta diez.

—Tú no lo entiendes, David. Plagiar un trabajo es una ofensa que puede llevar a la expulsión de la universidad. Voy a informar al decano y te pedirán que te presentes ante una junta de revisión. Si tienes suerte, te permitirán seguir aquí.

—Eso ya lo veremos. Hablaré con mi consejero. Él escuchará mi versión de la historia.

—Hazlo.

El temperamento de David pareció disiparse tan rápidamente como había llegado.

—¿Eso es todo? Tengo que ir a la siguiente clase. Supongo que puedo continuar con el horario normal hasta que oiga algo, ¿no?

Se abrió la puerta del todo y Josh se enderezó en el banco, más receloso de ese cambio de humor repentino que de la primera explosión de enfado de David. Uno de los guardaespaldas que había al lado de la fuente se adelantó un poco. Josh se puso en pie y le bloqueó el paso como el que no quiere la cosa.

—Por supuesto —repuso la profesora—. Te llamarán del despacho del decano.

—Entendido.

David pasó al lado de Josh y se alejó por el pasillo en dirección a la

salida, seguido por sus amigos. En el vacío súbito del pasillo, Josh oyó una respiración profunda.

Se volvió y miró la palidez de las mejillas de la profesora. La energía vibrante que la había animado durante la clase había desaparecido. Parecía cansada, exhausta, como si necesitara un hombro en el que apoyarse. Y él tenía dos muy grandes y estaba encantado de ofrecérselos.

Pero entonces ella rompió el contacto visual y retrocedió hacia su despacho.

Josh se quedó un momento en el umbral, dudando si decir algo.

—¿Quiere algo, señor Tanner?

—Ah, no, señora. Puede esperar.

—Cierre la puerta antes de irse, ¿vale?

—Desde luego.

Josh se acomodó la mochila en el hombro, cerró la puerta y se alejó por el pasillo. Le parecía mal dar la espalda a una mujer en apuros, pero en ese momento tenía otro trabajo.

Rachel se dejó caer en la silla de su despacho. La confrontación con David Brown la había alterado. Debatió para sí si él podía ser el autor de la nota, pero la había recibido antes de que David supiera que lo había pillado.

Respiró hondo. ¿Joey King? ¿Las chicas? Movié la cabeza. Les interesaban más los chicos que nada de lo que pudiera decir ella. Amber había aparecido ese día del brazo de David, cosa que a Rachel no le parecía buena idea, pero ¿quién era ella para dar consejos a nadie sobre hombres?

Se echó a reír en voz alta.

Se había enamorado de la belleza morena de Simon Livesay el primer día de su residencia en el centro psiquiátrico privado de Topeka. Después de un año trabajando juntos y viviendo noches de pasión, se habían fugado juntos a Las Vegas.

A ella le gustaban su inteligencia, su sentido del humor y su estilo cosmopolita, pero no le gustó la serie de engaños que empezaron antes de su primer aniversario de boda.

Su matrimonio había, pues, fracasado y se despidieron en términos

relativamente amistosos después de repartirse la consulta al cincuenta por cien.

Rachel pasó una mano por su vientre y empezó a revisar las notas de una consulta que tenía próximamente. Un rato después sintió frío y se echó el abrigo por los hombros.

Decidió llamar a la clínica de fertilidad Washburn.

Tenía que descubrir quién era «Papá».

Capítulo 2

—Doctora Livesay, con el debido respeto, usted no sabe lo que es perder un niño.

Lucy Holcomb estaba sentada en la silla enfrente de Rachel y se retorció las manos. La mujer de veintiún años estaba ese día más nerviosa aún que de costumbre. Rachel resistió el impulso de levantarse y empezar a pasear porque prefería mantener su vientre de embarazada fuera de la línea de visión de Lucy.

—Es cierto que yo no he vivido personalmente lo que estás pasando y no puedo arreglarlo, pero puedo ayudarte escuchando. Mira todos los progresos que has hecho ya.

Lucy se echó su pelo castaño sobre el hombro, se levantó y dio dos vueltas al despacho.

—Desde el aborto, da la impresión de que Kevin y yo peleamos continuamente. Yo le echo la culpa a él por no estar allí cuando empezaron las contracciones y él me culpa a mí por no haber cuidado del niño.

—Sabes que no es culpa de nadie —le recordó Rachel—. La ginecóloga así te lo dijo. Había un problema en el desarrollo del feto y tu cuerpo resolvió la situación con un aborto espontáneo. A veces ocurren esas cosas y no se puede hacer nada.

—Pero la culpa... —los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas—. No es sólo dolor. Me siento muy culpable.

Rachel al fin se levantó y le ofreció un pañuelo de papel a la otra. Apoyó la cadera en la mesa en una postura casual.

—Eso es normal. No te atormentes mucho. Cada uno lidiamos con la pérdida de un modo distinto; el tuyo es éste.

Lucy se sonó la nariz.

—Pero Kevin está muy enfadado conmigo. A veces se pone triste y

lloramos y hablamos, pero luego se mete conmigo por cualquier tontería —su estallido de lágrimas terminó en un hipido—. Dice que deberíamos tener otro.

Rachel mantuvo el rostro inexpresivo. Eran dos chicos que acababan de salir de la adolescencia, no habían superado aún la pérdida, ¿y ya querían meterse en otro embarazo?

—¿Tú quieres otro hijo? —preguntó.

—No lo sé. Quizá... si es lo que Kevin quiere.

—¿Y qué quieres tú? Creo que Kevin y tú deberíais hablar más.

—Ése es el problema, que ya no se sienta a hablar conmigo como antes —Lucy miró el vientre voluminoso de Rachel—. Quizá con otro niño volvería a hacerme caso.

—Lucy, Kevin y tú tenéis problemas que necesitáis resolver antes de buscar otro embarazo. ¿Crees que querría venir a hablar conmigo?

—No lo sé —Lucy se encogió de hombros—. Puedo preguntárselo.

—Si no quiere conmigo, puedo darte el nombre de algún psicólogo masculino.

—De acuerdo.

Sonó el teléfono y Rachel se inclinó para ver el número que llamaba. Era un mensaje que estaba esperando. Sonrió a Lucy. Pasaban ya cinco minutos de su hora con ella.

—Tengo que contestar. ¿Estás bien?

La joven asintió.

—Sí.

Rachel le dijo que pasara por el baño para lavarse antes de salir hacia el autobús.

—Nos vemos la semana que viene, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Adiós, doctora Livesay.

Cuando se cerró la puerta, Rachel levantó el auricular.

—¿Sí?

—Aquí Andrew Washburn. ¿Dijo usted que estaba preocupada por la

confidencialidad de su embarazo?

En persona era un hombre de rostro enrojecido y voz fuerte, cuyo pelo y bigote blanco le recordaba al coronel Mustard de su juego infantil del Cluedo. Pero por teléfono mostraba una mezcla de sorpresa y preocupación que casi hacía que sonara como una figura paterna.

—Me gusta que vaya directo al grano —Rachel sacó la nota arrugada del bolsillo del abrigo y la alisó en la mesa—. Esta mañana he recibido un mensaje de alguien que se hace llamar «Papá». Básicamente dice que mi niño es suyo y piensa quitármelo.

La respuesta del doctor Washburn fue una carcajada sardónica.

—Eso es ridículo. Nuestros donantes son completamente anónimos y nunca se les informa de cuándo ni con quién se ha usado su esperma. Su relación con nosotros termina en cuanto han hecho la donación.

Rachel suspiró.

—Alguien cree saberlo, aunque no sea verdad. Y dice que quiere lo que es suyo.

—Le aseguro que la clínica no tiene nada que ver. Sólo unos cuantos empleados y yo tenemos acceso a los nombres de los donantes de esperma. Es imposible que ningún donante pudiera descubrir si era el padre de su niño.

Rachel enrolló el cordón del teléfono en torno a su dedo.

—¿Está seguro?

—El nombre del donante no aparece en su ficha. Sólo su número. 93579.

—¿Y puede decirme quién es? —preguntó ella.

La risa de Washburn parecía esa vez más genuina.

—Eso sería traicionar la confidencialidad.

Rachel no le veía la gracia a todo aquello.

—Mire, volveré a examinar la ficha del donante para ver si encuentro algo que pueda hacerme sospechar que haya podido tener alguna posibilidad de localizarla.

—¿Y qué sería lo que le haría sospechar? Usted me dijo que investigaban a todos los candidatos a donantes.

—Y lo hacemos. Pero quizá se crucen sus círculos sociales en algún punto que no hemos notado. Quizá usted ha comentado el número en algún sitio y él lo ha reconocido.

Círculos sociales, ¿eh? Eso implicaría una vida social. Y ella no la tenía.

—No lo creo, doctor Washburn. Sólo he comentado el número del donante con ustedes. Pero le agradeceré cualquier información que pueda darme.

—Revisaré la ficha y la llamaré mañana.

—Gracias.

Cuando colgó el teléfono, se sentía agotada.

El bebé se había colocado en una posición cómoda y se había quedado dormido. Pero Rachel no podía permitirse rendirse al cansancio.

Tal vez la nota no fuera más que una broma estúpida de uno de sus estudiantes, pero no podía por menos de investigar todas las posibilidades.

El futuro de su hijita dependía de ello.

Josh removió la taza de café con la cuchara. No había puesto azúcar, pero así tenía algo que hacer mientras esperaba a su contacto en la mesa del café Bookstore, unas cuantas manzanas al oeste del campus universitario.

Un hombre delgado, de pelo negro brillante y ojos marrones, se sentó enfrente de él poco después.

—¿Cómo te va por la universidad? ¿Has suspendido ya algún examen?

Josh levantó la vista y sonrió a A.J. Rodríguez.

—Me va lo bastante bien como para conservar mi autoestima, pero no tanto como para que puedan rechazarme los juerguistas de la clase.

A.J. tomó un sorbo del capuchino que había llevado consigo.

—¿Te han invitado ya a alguna fiesta?

—Sí. Esta noche tengo una. Me han dicho que, si me paso por la habitación de atrás, podré conseguir algo más que cerveza.

Su compañero asintió.

—Bien. Recuerda, al principio no entres muy fuerte. Averigua quiénes

son tus amigos. Si ves algo de anfetamina, quédate sólo con la persona que la tiene y procura ver si es para el consumo privado o si la vende.

Josh se encogió de hombros.

—Haré mi trabajo. Sé que el teniente Cutler espera que meta la pata para negarme el ascenso, pero creo que me he ganado ya esa placa de inspector y no tengo intención de darle ese gusto.

A.J. levantó una mano en un gesto de rendición.

—Cutler es duro con todo el mundo. Y seguir las normas a rajatabla no es malo.

—Tú tienes las tuyas propias y eres inspector.

A J. sonrió.

—Porque yo soy un hispano guapo y la comisaría tiene que cumplir su cuota de trabajadores de minorías.

Josh sabía que no era cierto, pero le siguió la broma.

—¿Quieres decir que si fueras rubio, de ojos azules y primo del capitán, seguirías en la calle?

—Si fuera rubio y tuviera ojos azules, en las calles donde yo estaba me habrían destrozado —A.J. tomó otro sorbo de café—. No acepté ser tu contacto sólo porque me lo ordenara Cutler. Respondo de ti ante tu hermano.

—Cole ya no es policía.

—Eso no lo sabes.

—Cole se fue del Cuerpo hace dos años. Ahora trabaja en seguridad privada.

—Si tú lo dices.

Josh lo miró.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó.

A.J. terminó su capuchino y se limpió la espuma de los labios con una servilleta de papel.

—Lo que Cole haga ahora es asunto suyo, pero fue mi compañero durante ocho años y, si tú quieres ocupar su puesto, es natural que yo quiera cuidarte.

—Yo no quiero ocupar el lugar de nadie —protestó Josh—. Quiero hacerme uno propio.

A.J. asintió con la cabeza.

—Perdona. Cutler puede ser un hijo de perra, pero es justo. Si limpias la universidad de anfet, te dará el ascenso —le pasó un trozo de papel—. En este número puedes localizarme a cualquier hora. Es una línea segura.

—De acuerdo. Si necesito apoyo, te llamaré:

—Más te vale. No quiero tener que contarle a nadie de tu familia que te ha pasado algo —A.J. se puso en pie—. ¿Algún mensaje personal que quieras enviar?

Josh pensó un momento.

—Saluda a mamá y dile que estoy bien.

—¿Dónde cree ella que estás?

—Le dije que iba a un seminario a Jefferson City.

A.J. Rodríguez le puso una mano en el hombro.

—Ten cuidado. En este tipo de trabajo no te puedes despistar. Las distracciones no son buenas.

—De acuerdo —suspiró Josh.

Cuando se quedó solo, volvió a remover su café e intentó no comparar su color con el del pelo de Rachel Livesay. Después de todo, no podía ser muy difícil evitar la distracción de la profesora. Sólo tenía que pensar en el padre desconocido del niño. El hombre que tenía derecho a tomarla en sus brazos y consolarla.

Rachel se caló el gorro rojo brillante hasta las orejas y salió al frío. Aunque la temperatura de su cuerpo había aumentado en las últimas semanas de embarazo, ni eso ni su abrigo de lana podían nada contra el viento cortante que levantaba la nieve del suelo y lanzaba los pequeños copos helados contra su cara.

Después de su clase de aeróbic en el agua y de cenar ensalada y colines en un restaurante italiano, se había dirigido a su piso en la parte suroeste de Kansas City.

Pero en lugar de entrar a ver la tele o leer, había regresado desde la puerta

hasta el coche. No podía quitarse la impresión de que la estaban observando, la sensación de que había unos ojos que querían saber qué piso era el suyo.

A pesar de las protestas de su cuerpo agotado, se metió en el coche y volvió a la universidad. Allí por lo menos habría mucha más gente, estudiando en la biblioteca, en las clases nocturnas o en reuniones de departamentos.

Pero cuando el conserje de noche entró en su despacho para ver por qué había luz todavía, ella, que había pasado la velada corrigiendo exámenes, alegó que había perdido la noción del tiempo y comprendió que no tenía más remedio que ir a casa.

La universidad, tan ajetreada a las siete, estaba casi desierta a medianoche. El terrible frío había obligado a todo el mundo a buscar refugio.

A Rachel le castañetearon los dientes y cruzó los brazos sobre el vientre para intentar conservar su calor corporal, pero cuando llegó al aparcamiento, de su boca salían nubes pequeñas de vapor que indicaban que la cabeza de la niña le apretaba el diafragma y le impedía respirar profundamente.

La niña también estaba colocada encima de su vejiga. Había ido al baño antes de salir del despacho, pero tenía la sensación de que necesitaba ir de nuevo. Apretó el paso y cruzó el espacio vacío hasta su coche.

Cuando vio la rueda de atrás, se detuvo en seco; La nieve se había agolpado en torno a las ruedas, pero la caída del coche en ese punto era inconfundible.

Tenía una rueda pinchada.

A medianoche. En invierno. Cuando estaba agotada y necesitaba ir al baño.

—¡Maldita sea!

Miró a su alrededor buscando opciones. Podía llamar a una grúa y pagar extra para que le recogieran el coche a esa hora. Tendría que volver al edificio o se congelaría allí.

O podía hacerse cargo de la situación personalmente.

Abrió el coche con determinación y lanzó su bolso dentro.

Cuando hubo sacado el gato y la rueda de repuesto, respiraba con fuerza. La niña pataleó para protestar por el ejercicio y la alcanzó debajo de una

costilla, lo que la obligó a parar y apretarse el costado hasta que remitió el dolor.

Luego reanudó el trabajo, colocó el gato y subió el coche con toda la rapidez y eficacia que le permitían los dedos helados a pesar de los guantes.

Acababa de retirar la rueda pinchada cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Tres figuras la observaban desde las sombras. Y entonces comprendió lo que ocurría y un escalofrío subió por su columna.

Aquello no era mala suerte, era una venganza.

Apretó la llave inglesa en la mano antes de incorporarse y volverse hacia David Brown y sus dos corpulentos amigos.

—Doctora Livesay —la sonrisa de David no tenía nada de sincera—. ¿Tiene problemas con el coche?

A Rachel le dio fuerzas saber que David necesitaba la ayuda de otros para meterle miedo.

—Supongo que han sido intencionados —repuso.

—No lo sé —David tenía las mejillas muy rojas, como si acabara de salir de un edificio muy caliente. O peor. Como si hubiera estado bebiendo.

—¿Y te has parado aquí a ayudarme a cambiar la rueda? —preguntó Rachel.

—A mí me parece que lo hace muy bien sola.

La mujer notó que uno de los chicos grandes se acercaba a la parte trasera del coche. Agitó la llave inglesa en el aire.

—No te muevas. Quiero que los tres os quedéis donde pueda verlos.

David hizo un mohín con los labios y adoptó una expresión dolida.

—Ya no estamos en su clase, doctora. No puede darnos órdenes.

Rachel señaló a Lance Arnold y Shelton Parrish, los dos chicos musculosos.

—A ellos no los he echado de clase. Eres tú el que ha plagiado el trabajo. Encontré una copia exacta en Internet.

David la miró con rabia. Le apuntó con el dedo y avanzó unos pasos.

—Y usted no debería ser tan zorra —Rachel sucumbió al pánico por un

momento y retrocedió contra el coche—. No me extraña que el hombre que la preñó la haya dejado sola.

—¡Apártate de mí! —cuando el chico estuvo a su alcance, Rachel lo golpeó con la llave inglesa en mitad del plexo solar.

David se sujetó el estómago, se dobló y tosió. Rachel lo empujó hacia atrás.

—No te acerques a mí —dijo—. Llamaré a la policía ahora mismo.

—¿Con qué? —la tos de David terminó en una carcajada y se enderezó.

Rachel miró por encima de su hombro. Distraída por el avance de David, no se había dado cuenta de que Lance había dado la vuelta al coche y tenía ahora en la mano el bolso de ella, donde estaba el móvil.

El miedo se apoderó de Rachel y eliminó por completo su seguridad en sí misma.

David aprovechó la distracción para arrancarle la llave inglesa de la mano. Rachel se llevó instintivamente las manos al vientre para protegerlo.

David le puso la llave inglesa debajo de la barbilla.

—No quiero volver a su piojosa clase —dijo—. Sólo necesito que limpie mi historial para que pueda seguir en la universidad.

—Eso ya no depende de mí.

—Hágalo —el metal frío de la llave inglesa presionó su barbilla—. Hágalo o tendrá que afrontar algo peor que una rueda pinchada.

Rachel sintió una rabia repentina.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? Eres tú el que ha ido contra las normas y el que tiene que pagar las consecuencias.

—¡Es un... trabajo... estúpido! —gritó él con furia de borracho.

Rachel se estremeció. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había discutido? ¿Por qué no se había quedado en casa?

—David, por favor... —estaba dispuesta a suplicar por el bien de su niña—. ¿Lance? ¿Shelton?

—¿Hay algún problema, doctora?

Rachel sintió que el corazón se le subía a la garganta y chocaba allí con

su miedo. La voz baja y tranquila también sobresaltó a David. Era una voz que no admitía discusiones, una voz que no mostraba ningún miedo.

Una voz que ella no olvidaría nunca.

Su caballero andante salió de las sombras al espacio iluminado por la farola. Josh Tanner. Con los vaqueros y la chaqueta negros, había resultado invisible en las sombras. Rachel sabía que medía más de un metro noventa y los hombros anchos le sobresalían por los dos lados de la silla del pupitre. Pero cuando salió a la luz, con los puños apretados a los costados y los ojos azules oscurecidos por la rabia, parecía más grande y más duro que nunca.

La mujer se agarró el estómago, temerosa de confiar en el rescate que él prometía.

—Suelta esa llave, David —dijo Josh.

David miró a Lance y Shelton un momento.

—Somos tres, Tanner. Y esto no es asunto tuyo.

—Sí lo es —repuso Josh, sin inmutarse—. ¿Te vas a ir de aquí con la cara intacta o con la nariz sangrando? Tú eliges.

Capítulo 3

—Bueno, David. ¿Qué va a ser?

A Josh le hubiera gustado llevar la pistola encima en vez de tenerla encerrada con la placa en la guantera del coche. Abrió y cerró los puños, probando los músculos.

—¿Eres tan duro como pareces? —lo retó David.

Si Josh no hubiera decidido salir un poco al aire frío de la noche, para despejarse la cabeza y el mal humor después de la fiesta a la que había asistido, no habría visto nada de aquello.

Nadie lo habría visto.

Tres borrachos arrinconando a una mujer indefensa.

Respiró hondo. Por suerte, había llegado él para equilibrar la balanza.

—Soy bastante duro.

Miró con discreción a su alrededor para medir la distancia entre sus oponentes y él. La piel sonrojada y los ojos nublados de los tres estudiantes indicaban un nivel peligroso de alcohol en la sangre, lo que les restaba inteligencia pero los convertía en impredecibles.

En la parte de atrás de la fiesta universitaria se vendía marihuana, no anfetamina. Y aunque la marihuana era tan ilegal como la cerveza que bebían los menores en la sala principal, él no podía hacer nada. Tenía las manos atadas por la obligación de mantener su tapadera. Había, pues, coqueteado con algunas chicas guapas y tomado cerveza.

Y, al parecer, David y sus amigos habían bebido algo más potente.

Tomó nota especialmente de la llave inglesa y cómo David la mantenía debajo del rostro pálido de Rachel Livesay.

—Sólo estábamos hablando de una rueda pinchada, verdad, doctora? —dijo David.

La llave golpeó un poco la barbilla de ella, que respiró entre dientes.

—No hagas esto, David —suplicó con voz urgente, pero tranquila.

David miró a Josh y luego a sus amigos. Lance y Shelton se habían asustado más que él con la llegada inesperada de Josh y lo miraban en busca de instrucciones. ¿Se retiraban? ¿Atacaban?

Lance dejó el bolso de Rachel en el capó del coche, preparándose para salir corriendo o atacar. Josh aprovechó su vacilación.

—Vete ahora, mientras todavía puedes.

Shelton también parecía indeciso.

—¿David?

La llave de hierro estaba demasiado cerca de Rachel para el gusto de Josh. Y Brown no era idiota. Seguramente sabía que su primera prioridad sería proteger a Rachel antes que a sí mismo.

Josh supo el momento exacto en que David tomó su decisión. Sonrió y lo señaló con la llave inglesa.

—Enseñadle quién manda aquí —dijo.

—¡No! —Rachel se lanzó sobre su brazo, pero él colocó la llave ante sí a modo de escudo protector y la empujó contra el coche.

—¡Apártate de ella! —dijo Josh.

—¡Ahora, tíos! —ordenó David.

Lance y Shelton obedecieron a su jefe y atacaron como dos perros guardianes bien entrenados. Borrachos o no, los dos eran casi tan altos como Josh e igual de robustos. Tenía que espantarlos mientras pudiera, antes de que perdiera la ventaja de la sobriedad por la fatiga que acabaría debilitándolo si se prolongaba la pelea.

Dio un paso hacia Lance, que fue el primero en atacar. Josh paró el golpe con el antebrazo y se dobló por la cintura. Su hombro golpeó al otro en el estómago y lo lanzó contra el guardabarros del coche.

Shelton lanzó todo su peso sobre los hombros de Josh. La fuerza de dos hombres encima de él hizo que Lance se doblara hacia atrás. Se golpeó la cabeza en el parabrisas y lanzó un juramento. Parpadeó confuso y movió la cabeza. Estaba fuera de juego hasta que pudiera volver a enfocar la vista.

Pero Shelton todavía no estaba vencido y rodeó con el brazo la garganta de Josh. Éste tuvo los reflejos suficientes para bajar la barbilla al pecho y proteger la nuez del golpe, pero el peso de Shelton le hizo perder el equilibrio. Retrocedió un par de pasos tambaleante, consciente de que, si caía y los otros dos se lanzaban sobre él, su situación sería muy precaria.

—¡Tú no te metas!

Josh oyó la advertencia de David cuando se lanzaba ya contra Shelton. Rachel levantó el tapacubos de la rueda ya quitada para usarlo como arma, pero David se lo arrancó de un golpe con la llave y el disco de metal cayó al suelo nevado y se perdió de vista.

La distracción dio ocasión a Shelton de alcanzar con un fuerte puñetazo los riñones de Josh. Éste lanzó un juramento, apretó el puño con fuerza para convertir su antebrazo musculoso en una auténtica maza y golpeó el diafragma de Shelton con el puño. Con el segundo golpe consiguió liberar su garganta y el tercero chocó con una costilla. Shelton lo soltó e intentó retroceder en el cemento resbaladizo. En cuestión de segundos, Josh estaba de rodillas encima de él. Le dio un puñetazo fuerte en la mandíbula y lo dejó sin sentido.

Cuando se ponía en pie, miró a Rachel. David la empujó a un lado para enfrentarse a él, pero los ojos verdes de ella se abrieron mucho y miraron a la derecha, advirtiéndole a Josh del peligro que se acercaba por detrás.

Se volvió y lanzó un puñetazo y una patada, que alcanzó a Lance justo en sus partes. Dobló las rodillas y cayó al suelo agarrándose y gimiendo de dolor.

Josh respiró con fuerza.

—¿Doctora?

—¡Josh!

Al oír el grito de Rachel, vio el brillo del metal que avanzaba hacia él y se agachó de lado para esquivar el golpe de la llave inglesa, que le dio en las costillas en lugar de en la cabeza. Aun así, la fuerza del golpe le hizo retroceder un paso, tropezó con Shelton y cayó de espaldas sobre la nieve.

Sintió un dolor agudo en el costado izquierdo y lanzó un juramento.

—¡Oh, Dios mío! —oyó exclamar a Rachel.

—¡Hijo de perra! —David levantó la llave para golpear de nuevo—. ¡No te metas donde no te llaman!

Una bola de nieve golpeó la sien de David. Abrió mucho los ojos ante lo inesperado del ataque y la distracción le hizo desviar la llave.

Josh aprovechó para rodar en el suelo y esquivar el golpe.

David lanzó un juramento. Josh le dio una patada en la mano, que le hizo soltar la llave.

—¡Vámonos! —dijo David. Se secó la mejilla con la mano y lanzó una mirada amenazadora a Josh y a Rachel, que sostenía otra bola de nieve en la mano. Shelton se levantó con esfuerzo y ayudó a Lance, cuya posición encorvada revelaba el dolor que sentía todavía—. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

David empujó a sus gorilas hacia las sombras de la noche y Josh se levantó y se acercó a Rachel.

—No esperaba que pelearas tan bien, Tanner —gritó David—. La próxima vez lo recordaré —miró a Rachel—. Volveremos a vernos pronto, profesora. Antes de mi encuesta.

Se alejó con sus dos amigos y Josh se llevó una mano a la caja torácica para valorar el daño. El dolor le hizo murmurar un juramento, pero no notó pinchazos agudos dentro. No tenía huesos rotos.

—¿Está bien? —preguntaron los dos al unísono.

Josh miró a la mujer. Aunque en sus ojos verdes brillaban todavía chispas de miedo y adrenalina, su piel dorada estaba pálida.

Josh la tomó por los dos brazos y se inclinó hasta la altura de ella.

—¿Seguro que está bien?

La mujer asintió, pero extendió sus dedos sobre el vientre y dibujó círculos pequeños con ellos.

Josh bajó la mirada.

—¿El niño?

Rachel suspiró.

—Creo que está bien, pero no deja de moverse.

Josh se enderezó.

—El estrés y el frío no deben ser muy buenos para él.

—Para ella —Rachel se soltó y se acercó al coche a recoger su bolso.

—Bueno, su madre es muy valiente —dijo él—. Le debo una, gracias.

Se arrodilló al lado del coche y empezó a retirar el gato.

—Yo dirías que estamos en paz —repuso Rachel—. No sé lo que habría hecho si no llega a aparecer —se estremeció—. Podrían haberlo matado.

—No lo han hecho.

Josh mantenía adrede una respiración superficial para aliviar la presión en su caja torácica. Se inclinó para levantar el gato.

—¿Qué hace? —preguntó ella.

—La llevaré a casa y volveré mañana a cambiar la rueda.

—Puedo cambiarla sola.

Josh se volvió a mirarla.

—La temperatura ahora baja de cero y usted ya lleva mucho rato fuera. Además, Brown y sus gorilas pueden volver con refuerzos en cualquier momento.

—Lo dudo. Creo que son lo bastante listos como para no hacer más tonterías.

—¿A usted le han parecido tonterías? —preguntó Josh—. Porque yo tenía miedo.

—Y yo también —Rachel bajó la vista—. Pero creo que, en otras circunstancias, podría haber hablado racionalmente con David. Con un poco de...

—Lo único que necesitan esos esta noche es otra cerveza y volverían.

Rachel retrocedió un paso y se apretó el vientre en un gesto protector.

—Mire, doctora, me duele el costado y tengo los dedos congelados. No pienso dejarla aquí sola y no estoy en forma ni para cambiar la rueda ahora ni para enfrentarme de nuevo a esos tres. Si no quiere venir conmigo, piense en el bien de su niña.

La mujer lo observó y frunció el ceño.

—Está usted herido —musitó con gentileza.

Pasó los dedos enguantados por la barbilla de él y le movió el rostro de un lado a otro para examinarlo. Se apartó y levantó dos dedos.

—¿Cuántos dedos tengo levantados?

Josh miró la nieve y suspiró de impaciencia.

—Dos.

—Estoy entrenada en primeros auxilios —comentó ella.

—Estoy bien —miró su rostro y vio las tres facetas de su personalidad reflejadas en él. Profesora. Psicóloga. Mujer.

Y pensó que necesitaba hablar con su madre. O con su hermana. O con alguien que pudiera explicarle su fascinación por una mujer por la que no debería sentirse fascinado.

Aunque, de momento, se conformaría con llevarla a un lugar caliente y seguro para tranquilizar su conciencia.

—¿Le importaría abrir el maletero? ¿Por favor?

Rachel obedeció y Josh metió las ruedas y el gato en él y lo cerró.

—¿Seguro que no tiene que ir a Urgencias? —preguntó ella.

—Seguro —su herida podía suscitar preguntas que condujeran a un informe policial. Y Josh no podía permitirse eso mientras siguiera con su misión—. Sólo es un golpe. Puedo cuidarme solo.

—¿Y a la policía?

Josh la miró. Explicar la aventura de esa noche, a agentes que no estuvieran al tanto de su misión, podía resultar también complicado. Pero no era él el que había sido amenazado.

—Eso tiene que decidirlo usted.

Rachel frunció el ceño.

—Yo prefiero olvidarlo por el momento.

Josh no se detuvo a cuestionar los motivos que podía tener una mujer madura para evitar a la policía.

—Entonces vámonos.

Le puso una mano en el codo y la guió a través del aparcamiento en dirección a la acera.

—¿Adónde vamos, señor Tanner?

—Mi coche está a una manzana de aquí. ¿Dónde vive usted?

—Al sur de Plaza. A unos veinte minutos de aquí.

—No tardaremos en llegar.

Rachel no contestó.

Cuando llegaron a la siguiente farola, Josh bajó la vista. A ella le temblaba la barbilla y le castañeteaban los dientes. El viento del norte le había adormecido las mejillas y las puntas de las orejas y la nariz. Debía estar congelada. Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado ileso para darle todo el calor corporal que pudiera.

Por un instante ella se apoyó en él y volvió el rostro y el vientre hacia el calor y el refugio que le ofrecía. Pero dos pasos más allá se detuvo y se soltó.

—Esto no me parece correcto. Lo siento. Debería llamar a un taxi.

—Eso es una locura. Mi coche está ahí —señaló el Dodge Rani rojo aparcado a poca distancia.

Rachel movió la cabeza.

—Usted no lo entiende. No puede llevarme a mi casa.

—¿Por qué? Está mucho más segura conmigo que sola o con David Brown.

—No se trata de eso, señor Tanner —ella golpeó el aire con la mano abierta para aplacarlo—. Usted es alumno mío y no sería apropiado aceptarle un favor. Se podría considerar demasiado amistoso.

—¿Demasiado amistoso? —él le tomó la mano y tiró de ella hacia el coche—. Yo no le pido ningún favor a cambio. Sólo hago lo que...

—¡Señor Tanner! —ella plantó los pies con firmeza en el suelo y apartó la mano.

Josh suspiró con frustración. No debía olvidar que para ella era el alumno joven e impulsivo que se sentaba en la segunda fila.

—Perdone, doctora —sonrió—. Mi madre me enseñó a acompañar

siempre a una mujer a su casa. No sólo por respeto a su familia, sino porque el mundo no es tan seguro como antes. ¿Ve usted a alguien más por aquí? No debería estar sola a estas horas —confiaba en poder convencerla de que le permitiera llevarla—. Mire, después de lo que ha pasado, no podría dormir si no la dejara a salvo en su casa.

Rachel se frotó los brazos con las manos.

—Su madre es una buena mujer, pero...

—La próxima vez puede llamar a Seguridad de la Universidad para que la acompañen hasta su coche. Esta noche la llevo a casa —levantó las manos en un gesto de conciliación—. Por favor.

Rachel pareció considerar su argumento.

—No dormiría nada, ¿eh?

—Nada.

—Supongo que no sería fácil encontrar un taxi aquí a estas horas. Y tengo que ir al baño.

Josh había oído que las mujeres embarazadas iban mucho al baño. Quizá aquello lo ayudara a ganar la discusión.

—Pararemos en el primer sitio que esté abierto, se lo prometo.

Esperó con paciencia. Rachel tardó un momento en asentir.

—De acuerdo. Iré con usted.

¡Por fin! Josh nunca había tenido que esforzarse tanto para que una mujer aceptara su compañía. Sacó las llaves y abrió la puerta del coche.

—Pero no crea que eso va a hacer que le suba la nota, señor Tanner.

Josh la ayudó a subir y se echó a reír.

—¿No? Yo creía que ya tenía la nota máxima en su clase.

Ella rió también.

—No del todo.

—Supongo que entonces tendré que esforzarme más —tiró del cinturón de seguridad y se lo pasó, procurando no rozar los dedos de ella con los suyos.

Cerró la puerta y dio la vuelta al coche. Se sentó al volante y puso el motor en marcha y la calefacción. El espacio confinado del vehículo se llenó rápidamente del olor a lana y cuero húmedos. Luego el olfato de él captó un aroma más sutil. Un aroma delicado a melocotón y nata. El aroma de Rachel.

Apretó el volante con fuerza.

—¿Su madre también lo enseñó a ser perseverante, señor Tanner?

—Llámeme Josh —la miró a los ojos—. Soy el pequeño de la familia, estoy acostumbrado a salirme siempre con la mía. Es uno de mis malos hábitos.

—¿Tiene más? —preguntó ella.

Josh intentó no mirar aquellos increíbles ojos verdes y comprobó que no se acercaban coches antes de salir a la calle.

—Sí. Tengo la costumbre de entrometerme en los asuntos de los demás.

—Ya hemos llegado, doctora.

Rachel se movió al oír la voz seductora de aquel hombre y se acurrucó más aún en el ambiente de calor que la envolvía.

Algo más cálido todavía se posó en su hombro. Alguien carraspeó.

—El 2415 de Woodley, ¿verdad?

Rachel abrió los ojos. El peso gentil sobre su hombro era la mano de un hombre. Y no estaba arrebujada en la cama, sino adormilada en el coche rojo de Josh Tanner enfundada en su abrigo de lana.

Se despertó en el acto. ¿Cómo podía haber bajado la guardia de aquel modo? Se enderezó y sacudió el hombro para apartar la mano de él.

—Creo que me he dormido.

—No importa —sonrió él—. Es la una de la mañana, y supongo que necesitará dormir horas extra.

—Cuando puedo. Esta niña tiene un horario de sueño propio —la niña se estiró en ese momento y le dio una patada. Rachel se llevó una mano al costado y gimió—. Ya está otra vez.

—Debe ser hora de jugar.

—Debe serlo —sonrió ella, aunque se dijo que lo hacía porque se sentía

segura con él, no porque sucumbiera al encanto de la sonrisa de Josh Tanner.

Simon, su ex marido, había tenido una sonrisa así, combinada con una inteligencia despierta y un discurso culto. Y ella había caído fácilmente bajo su embrujo, pero, por desgracia, lo mismo había hecho otra docena de mujeres más.

—Antes ha dicho que era niña —comentó Josh.

Rachel asintió.

—Sí, a mi edad he tenido que tomar precauciones durante el embarazo. En la amniocentesis me dijeron que es niña. Ya he decorado su habitación, en tonos melocotón y azul pastel.

—¿A su edad? No puede ser tan vieja —Josh se sonrojó—. Perdona. Sé que la edad y el peso son dos temas tabú con las mujeres.

—Tengo treinta y siete años —dijo ella con una especie de fatalismo, de advertencia. Tal vez hablar en alto de su diferencia de edad la ayudaría a no pensar en Josh de otro modo que como un alumno.

—Una edad perfecta —sonrió él.

Rachel frunció el ceño.

Josh apagó el motor y se metió las llaves al bolsillo.

—Vamos, la acompaño dentro.

—No es necesario.

—Para mí sí.

Salió y dio la vuelta al vehículo. A pesar de que iba encogido por el frío, era un hombre grande. Grande, alto y joven. Demasiado joven para las hormonas de ella y para que se fijara tanto en sus hombros anchos y su paso firme.

Y en sus buenos modales.

Su madre lo había educado bien. Cuando Josh le abrió la puerta, ella tenía ya las llaves en la mano. Él la ayudó a salir y ella apresuró el paso hacia el edificio.

Una ráfaga de aire frío le golpeó la cara. Josh cerró el coche y la siguió con rapidez; se colocó detrás de ella, cerca de su hombro derecho, para bloquear lo que pudiera del viento ártico que soplaba del norte.

Rachel abrió la puerta del edificio y avanzó hacia las escaleras. Josh esperó a que se cerrara la puerta delantera, subió los escalones de dos en dos y la alcanzó en el rellano.

Cuando Rachel abrió la puerta de su piso, se volvió para darle las buenas noches.

—Gracias por todo.

Las llaves se le cayeron de la mano y aterrizaron en el suelo de madera. Ella se agachó a recogerlas, pero él se le adelantó.

Oyó el siseo de dolor que emitió al enderezarse. Vio su mueca antes de que consiguiera enmascarar su expresión con una sonrisa.

Le quitó las llaves y tiró de la manga de su cazadora.

—Ha dicho que no estaba herido.

Tiró de él hacia el piso y cerró la puerta tras ellos.

Capítulo 4

Josh Tanner parecía ocupar todo el espacio del piso. Su presencia dominaba la sala de estar.

Tal vez llevaba mucho tiempo sola. Hacía tanto que no había allí otra persona que ahora que al fin tenía compañía, la casa que parecía ideal para una madre y su hijo, se veía de pronto demasiado pequeña.

O quizá era Josh el que hacía que su piso hogareño pareciera de pronto demasiado femenino.

Todos los detalles decorativos, desde los cojines de encaje hasta la tapicería de flores o las paredes amarillo pálido daban la impresión de resaltar las cualidades masculinas de aquel huésped inesperado.

Era un hombre atractivo, una montaña peligrosa de fuerza y energía. Un asomo de barba cubría su cuello y barbilla por encima del jersey rojo que llevaba. Sus ojos azules brillaban con una expresión de disculpa cuando se instaló en uno de los sillones.

El fruncimiento de sus labios cuando se inclinó para levantar un cojín del suelo la sacó al fin de su estupor fascinado. Estaba entrenada para estudiar las expresiones y reacciones de la gente y el rostro de Josh reflejaba un dolor oculto.

Le quitó el cojín de las manos y lo lanzó a otro sillón.

—Más vale que me deje ver eso.

Apartó un montón de libros y se sentó en la mesita de café de roble, enfrente de él. Separó las piernas para acomodar la curva de su vientre y tiró del jersey de Josh hacia arriba, pero no podía agarrar bien la prenda, así que se inclinó más y sus rodillas chocaron.

—Lo siento.

Rachel apartó la pierna, pero la rodilla de él le rozó el interior del muslo, produciéndole una sensación de pura electricidad que le subió hasta el

corazón.

Por un instante sus ojos se encontraron, como si él hubiera sentido la misma corriente sorprendente.

—Perdón —el tono de él era más burlón que de disculpa.

Rachel estuvo a punto de echarse a reír, pero no llegó a hacerlo. Horrorizada de verse sucumbiendo al embrujo de él, apartó la mirada y se puso en pie.

Su intención era poner distancia entre ellos, pero al intentar alejarse, tropezó con la bota de él y se tambaleó. Josh extendió el brazo para sostenerla y ella le apartó la mano, en un intento por establecer su independencia, y cayó hacia un lado. Sintió la mano de Josh en la cadera, pero era demasiado tarde y aterrizó sin ceremonias en su regazo.

En un movimiento reflejo, se agarró a su rodilla y al hombro e intentó incorporarse.

—Cuidado, doctora.

Josh lanzó un respingo y sus brazos la rodearon sujetándola. Rachel se quedó paralizada. Le había hecho daño.

—Lo siento.

Él asintió con la cabeza, pero apretaba los labios con fuerza.

—Deme un minuto.

Rachel permaneció inmóvil, siguiendo la elevación y caída del pecho de él. Su cuerpo percibía con asombrosa claridad los detalles del cuerpo masculino. El modo en que los músculos de acero de él sujetaban su trasero, el calor del cuerpo masculino, la perfección de la boca de él debajo de la línea recta y orgullosa de la nariz, el olor a cuero e invierno que permanecía en su piel...

El modo en que todos sus instintos femeninos anhelaban responder a esos detalles masculinos.

—No lo he hecho adrede —susurró.

—Lo sé —los labios de él recuperaron algo de color y empezó a respirar con más facilidad. Soltó el hombro de ella y le dio un pequeño masaje—. Yo tampoco pretendía hacerle daño.

Rachel pensó que necesitaba cambiar de posición inmediatamente, antes de hacer alguna estupidez como apoyarse en su pecho o besarle la barbilla que tenía delante de los ojos.

—No me ha hecho daño —dijo—. ¿Puedo moverme ya?

La mano de él detuvo el masaje. Sus ojos brillantes se nublaron.

—Sí, pero no apriete mi lado izquierdo.

Rachel movió los pies hacia el suelo, pero no le llegaban porque estaba colgada entre las piernas de él. Apoyó las rodillas en su muslo e intentó subirse, pero le resultó imposible elevar el peso del vientre. Extendió una mano detrás y apretó el muslo de él, pero sólo consiguió lanzarse contra su pecho, precisamente el contacto que quería evitar.

No podía empujarse contra el torso de él. Como se sentía como una ballena encallada, optó por tragarse su orgullo.

—¿Un poco de ayuda, por favor?

Josh colocó las manos debajo de ella y la levantó como si no pesara más que uno de los cojines. En cuanto estuvo sobre sus pies, la soltó, aunque ella podía sentir todavía la marca de sus manos en el trasero.

Rachel se llevó una mano a la mejilla sonrojada.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Seguro que está bien? —preguntó él.

No lo estaba, pero como no podía decirle que estaba acalorada y más excitada de lo que una mujer embarazada de treinta y siete años tenía derecho a estar, optó por sonreír.

—El herido es usted. Ha entrado para que lo examine. Vamos a hacerlo de una vez.

Josh tiró de su jersey hacia arriba, pero cuando el brazo izquierdo subió por encima del plano del hombro, lanzó un juramento y apretó el codo al costado.

—Esto es ridículo —dijo Rachel, refiriéndose tanto a sus pensamientos absurdos como al esfuerzo imposible de él.

Aquel hombre estaba herido por culpa de ella y tenía que ayudarlo. Separó las rodillas y se arrodilló delante de él.

—Doctora...

Rachel le sacó la manga izquierda y tiró de la camiseta negra hacia arriba. Le desnudó la parte izquierda del cuerpo, cuidando de mantener siempre el codo por debajo del hombro.

—¡Oh, Dios mío! —se sentó un momento sobre los talones—. Le ha dado con la llave inglesa.

—Sí. Y duele un poco —sonrió él.

—Duele más que un poco.

Acercó la lámpara desde el extremo de la mesa y examinó el daño. Una parte del costado estaba hinchada. En el centro de la hinchazón, la piel mostraba un color rojo profundo. El golpe se prolongaba hacia fuera en tonos azul, negro y púrpura oscuro. La decoloración manchaba la piel tensa de su vientre y desaparecía debajo del vello que cubría sus pectorales.

Rachel tocó la herida e inspeccionó la piel hinchada para ver si había heridas internas.

—No parece que haya nada roto, pero yo en su lugar me haría una radiografía por la mañana. Por el momento puedo vendárselo para darle más apoyo y quitar la presión de los músculos que rodean la caja torácica. Así respirará más fácilmente.

—Lo haré cuando llegue a casa.

—¿Cómo?

Levantó la vista y se encontró con los ojos azules de él, unos ojos que parecían brillar de dentro hacia fuera. Por un segundo imaginó que aquellos ojos podían ver lo que no veía ningún otro mortal. Su anhelo por un hogar y una familia. Su determinación de triunfar por sus propios méritos y no por el apellido de su ex marido, su necesidad interior de creer que era lo bastante especial, lo bastante sexy y lo bastante mujer para ser amada.

La mujer a la que Josh Tanner amara conocería sus sentimientos con una mirada. La intensidad de aquellos ojos hacía que se le acelerara el pulso y provocaba un montón de anhelos en ella, logrando que se sintiera guapa y diez más años más joven.

Un dolor agudo debajo de las costillas rompió el embrujo y sus anhelos de mujer dieron paso a la realidad dolorosa de la maternidad inminente.

—¡Ay! —se apretó automáticamente el punto dolorido, justo donde se juntaba su pecho izquierdo con el vientre y urgió a la niña a mover el pie—. ¡Vaya pareja!

—¿Le ocurre algo a la niña? —preguntó él.

Rachel sonrió y se apoyó en la rodilla de él y en la mesa para levantarse.

—Estamos las dos bien. Simplemente ha cambiado de posición. Tengo una sábana vieja limpia que puedo romper para vendarlo.

Él la sujetó por la muñeca.

—No quiero causarle molestias.

—Por favor, señor Tanner —se soltó de él—. Usted ha arriesgado su vida por mi niña y por mí. Lo menos que puedo hacer es romper una sábana vieja —hizo una pausa—. A menos que tenga en casa alguien que prefiera que le ayude.

Josh sonrió.

—Sólo si fuera a casa de mi madre. Y le daría un ataque si apareciera con un golpe así.

—A una novia también —se sentía casi masoquista.

La última conquista de Simon había tenido la edad de Josh y, a su lado, ella se había sentido vieja y gastada. Pero algo en su interior necesitaba saber si Josh Tanner estaba atado a alguien.

Él negó con la cabeza.

—Vivo solo en mi pisito de soltero, doctora. He vivido así desde que cumplí los veinte años y me fui de casa.

Rachel suponía que haría dos o tres años de aquello. Aunque tanto en el aparcamiento como allí, al sostenerla, parecía mayor de lo que indicaba su condición de estudiante.

—Entonces está decidido. Pagaré su caballerosidad vendándole las heridas.

—Todo eso suena muy medieval.

Rachel sonrió para sí y se acercó al armario. Lo mejor que podía hacer era terminar deprisa y que él se marchara. La atracción que sentía seguramente

tenía mucho que ver con gratitud y un poco con su soledad.

Después de años ayudando a pacientes a lidiar con relaciones problemáticas, sabía que la gratitud podía confundirse a menudo por atracción. Y que la soledad podía impulsar a la gente a hacer cosas raras.

Y sabía también lo humillante y duro que sería enamorarse del hombre equivocado. Ella no permitiría que sus hormonas dominaran a su sentido común.

Josh Tanner era un chico guapo y todo un héroe.

Pero no era para ella.

Cuando volvió con la sábana cortada, se arrodilló y colocó la mano de Josh en su hombro mientras lo vendaba. Al hacerlo, la punta de su nariz rozó el jersey subido de él e inhaló de nuevo su aroma masculino a lana y a invierno. Pero también algo más, un olor muy característico.

Rachel se echó hacia atrás e inhaló aire fresco para limpiar la nariz del olor inesperado.

Marihuana.

Envolvió la segunda tira de algodón en torno a su torso y olfateó de nuevo. El olor era débil pero claro.

Su caballero andante acababa de caerse de su caballo blanco.

—Bueno, señor Tanner, ¿qué hacía en el campus a medianoche?

Notó que él tardaba un poco en contestar.

—Estaba en una fiesta.

—¿Solo? —se inclinó para apretar la venda lo suficiente para que sirviera de apoyo pero sin llegar a cortar la respiración. Estaba lo bastante cerca como para sentir el calor que emanaba de su piel desnuda; lo bastante cerca para ocultar la decepción que debía reflejar su cara.

—Ya le he dicho que no tengo novia. La fiesta me aburría y me he ido — su voz profunda había perdido el humor que le daba un toque sexy y musical —. ¿Qué hacía usted allí a medianoche?

Los ojos azules de él eran muy claros y no mostraban ninguna señal de abuso de drogas. Rachel respiró aliviada.

—Estaba trabajando hasta tarde.

Siguió vendando el torso.

—¿Por qué querían atacarla David y sus amigos?

—Deja el interrogatorio, Josh. Mi asunto con David es confidencial.

—Eso parece. ¿Por eso no quería llamar a la policía?

Rachel lo miró y enarcó las cejas. Resistió el impulso de alejarse más de él.

—Tú tampoco querías. Y con el olor a marihuana que llevas encima, no me extraña —volvió a centrarse en su trabajo—. El problema de David es un asunto académico. Lidiaresmos con él a través de los canales apropiados.

Josh asintió.

—Yo no tomo drogas. Y espero que esos canales trabajen con la rapidez suficiente para protegerla de más amenazas de borrachos.

Rachel creyó su afirmación sobre las drogas y decidió explicarse también.

—En este momento no quiero llamar la atención. El decano Jeffers busca un vicedecano de Artes y Ciencias. Alguien que supervise a los consejeros académicos y hable con los alumnos. Estoy entre los tres candidatos finales.

—Enhorabuena. ¿Quién más está?

—Curt Norwood. Es un psicólogo del Departamento de Estudios de justicia Criminal. Y Gwen Sargent, de Teatro.

—Yo votaré por usted. Rachel chasqueó la lengua.

—Seguro que tu punto de vista es más liberal que el del decano Jeffers. Sigue sin decidir si aprueba o no a las madres solteras.

Josh abrió mucho los ojos y ella pensó si habría cruzado el límite profesional al revelar su estatus.

—No puede castigarla por su embarazo, ¿verdad?

—Legalmente no —Rachel se encogió de hombros—. Pero la selección se basará en el tipo de imagen que quiera proyectar la universidad. A los donantes les gusta ver que su dinero se usa en investigación y en pagar a profesores que puedan formar a los líderes del futuro. Sus donativos son para ayudar a los estudiantes mejores y más inteligentes y quieren ver algo a cambio, no buscan controversias.

—Por eso es tan estricta en lo de no confraternizar con sus alumnos, ¿verdad?

—No es sólo por las apariencias, Josh. Tampoco está bien que un profesor se aproveche de un alumno.

—Ni viceversa —le apretó un momento el hombro—. David la ha amenazado. Aunque estuviera borracho y no controlara plenamente sus acciones, debería pagar por ellas.

—Tengo problemas más importantes que David —le apartó la mano para no ceder al impulso de frotar la mejilla contra ella y pensó en el anónimo que seguía aún en el bolsillo de su abrigo.

—¿Se refiere a criar sola a la niña? —preguntó él—. Vamos, doctora. Usted es una de las mujeres más inteligentes y capaces que he conocido. Lo hará de maravilla. ¿Dónde está el padre? ¿No la ayudará en nada?

—Esta conversación termina aquí —declaró ella.

—No pretendía sacar un tema doloroso —afirmó él.

—No es doloroso, sólo personal.

Se incorporó y le ayudó a ponerse la camiseta y el jersey. Avanzó la primera hacia la puerta.

—Me parece que tienes que preparar un examen y harías bien en irte a casa. Gracias por haberme traído.

—De nada.

Rachel sostuvo la cazadora de cuero de él con ambas manos para ayudarle a ponérsela y no pudo reprimir un bostezo.

—No es nada personal —declaró.

Josh sonrió, metió los brazos en la chaqueta y la subió hasta los hombros.

—Me iré y la dejaré dormir.

—Gracias por todo.

—Ha sido un placer. Cierre con llave cuando yo salga.

—Lo haré. Y no vayas a muchas fiestas de esas. Y hazte la radiografía mañana.

Josh asintió y se puso los guantes.

—Que duerma bien.

—Buenas noches.

No lo oyó moverse hasta que ella hubo cerrado las dos llaves y el cerrojo. Apoyó la frente en la puerta y escuchó sus pasos alejándose por las escaleras. Estaba agotada y lo mejor que podía hacer era comer algo y meterse en la cama.

Estaba terminando de comer una tostada con crema de cacahuete y un vaso de leche cuando sonó el teléfono. Miró el reloj digital del microondas: eran las 2:26 de la mañana.

Con el segundo timbrazo se acercó a observar la sala de estar. Tal vez Josh había olvidado algo.

El tercer timbrazo le hizo volver a la cocina. Podía ser un paciente. Lucy Holcomb se había mostrado más deprimida que nunca esa tarde.

Respiró hondo y levantó el auricular.

—Aquí la doctora Livesay.

Hubo un silencio, seguido de un susurro ronco, como si alguien hablara a través de un trapo de algodón.

—Soy Papá. ¿Cómo se te ocurre tontear con ese niño bonito mientras llevas dentro a mi hijo? Si quieres conservar ese niño, más vale que tengas cuidado.

—¿Quién es...?

El otro colgó el teléfono y Rachel dio un salto, como si le hubieran disparado un tiro al lado del oído. Por un momento no pudo hacer nada más que mirar el auricular con la mente paralizada por el miedo.

Luego la niña dio una patada y la rabia se apoderó de ella.

Aquel hombre la estaba vigilando. ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo? Colgó el teléfono y se acercó a las ventanas de la sala de estar. Apagó la luz y miró por entre las cortinas. El tráfico era nulo a esas horas. Y aunque en la calle había muchos coches aparcados, no se veían luces y todo estaba tranquilo.

¿Estaría sentado en uno de esos coches con el móvil en la mano?

Asustada, se apartó de la ventana.

Tenía que lidiar con aquel problema, pero no sabía cómo. Tal vez al día siguiente, con la luz del día, se le ocurriera algo, pero por el momento, tendría que conformarse con comprobar de nuevo las cerraduras, desconectar el teléfono y confiar en poder dormir unas horas sin tener pesadillas de que un hombre sin rostro entrara en su casa y le robara a su niña.

Capítulo 5

Josh sacó su teléfono móvil y marcó el número que le había dado A.J. Rodríguez. Se había quedado sentado en el coche, con el motor en marcha, hasta que se apagó la luz en el piso de Rachel. Parecía tardar mucho en acostarse. ¿Sentiría la misma atracción perturbadora que lo invadía a él? ¿O era él el único que se veía asaltado por impulsos prohibidos?

En algún momento de esa noche, sus sentimientos de protección y apreciación estética de Rachel Livesay se habían mezclado con una tensión sexual que resultaba a un tiempo irresistible, curiosa y muy inconveniente.

Había sentido deseos de tocarla, de besarla, de acariciar su vientre y sentir la vida que latía en su interior.

Sabía que lo de la fiesta a la que había admitido ir la había decepcionado. Quizá eso había hecho que lo incluyera en el mismo grupo de David Brown y sus amigos borrachos.

Porque ella no sabía cómo luchaba él para que los jóvenes no tomaran drogas. Cómo arriesgaba su futuro y quizá incluso su vida para aclarar la muerte de Billy Matthews, retirar la droga de las calles y proteger a los chicos de aquel tipo de infierno.

Rió en voz alta, burlándose de sus ideales. Encendió los faros y miró si se acercaba algún coche. Sabía que no podía salvar a todos los chicos, pero era un Taylor y tenía que poner sus objetivos muy altos.

Salió a la calle desierta y se dirigió a su apartamento temporal en la calle 63, cerca de Swope Park. El barrio carecía de la historia y la personalidad de la zona del City Market, donde se había criado, pero por el momento era su hogar. Estaba más cerca de la universidad y tenía una cama. Y a las dos de la mañana no necesitaba nada más.

Después del segundo timbrado de su móvil, oyó una serie de maldiciones en español.

—¿Qué pasa?

Al parecer, al inspector Rodríguez no le gustaba que lo despertaran.

—Soy Josh —dijo.

—¿Qué ocurre? —el tono de A.J. cambió de plano en el tiempo que tardó en sentarse en la cama.

—Puede que no sea nada, pero quiero que me investigues algo mañana por la mañana.

Oyó unos ruidos apagados. Seguramente A.J. buscaba bolígrafo y papel.

—Dame los nombres.

—David Brown, Lance Arnold y Shelton Parrish. Son estudiantes. Me he peleado con ellos.

—¿Te has peleado con ellos?

—Se estaban metiendo con alguien más pequeño.

—¿De verdad quieres esa fama? ¿Estás bien?

Josh se encogió de hombros y lamentó en el acto ese movimiento. Lanzó una maldición entre dientes.

—¿Es muy malo?

—Sólo unas costillas doloridas. Me las han vendado.

—¿Quién?

—No tengo que informarte de todo.

El inspector se echó a reír.

—Eres el único hombre que conozco al que pueden darle una paliza y salir contento. ¿Ella es guapa?

—Guapísima. ¿Me vas a investigar esos nombres:

—Desde luego. ¿Qué tal la fiesta de esta noche?

—Nada. En la parte de atrás tenían marihuana, no anfet.

—No te preocupes. El noventa por cien de lo que hacemos es aburrido, preparar el terreno para la gran final. Esta noche habrás hecho contactos y ya es algo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Cuando metas la pata, también te lo diré.

Josh movió la cabeza.

—Si no lo haces tú, lo hará el teniente Cutler.

—Hablando de lo cual, Cutler también quiere que investigues tú un nombre. Kevin Washburn. Está en primer curso. Lo han detenido dos veces por posesión de anfetamina. Hazte amigo de él y puede que te lleve hasta su suministrador.

Josh anotó el nombre y la dirección familiar del estudiante en el suburbio de Mission Hills.

—Lo tengo. No está en mi clase, pero encontraré el modo de contactar con él.

Guardó la libreta de notas. Su siguiente petición era extraoficial.

—¿Puedes hacerme otro favor?

—Claro.

—Quiero que averigües lo que puedas sobre la profesora Rachel Livesay. Está en el Departamento de Psicología.

—¿Es sospechosa?

—Es la razón por la que me he metido en la pelea.

—¡Madre de Dios! —siguió un largo silencio—. Sabes que no debes tener relaciones personales cuando estás en un caso. Eso también las pone a ellas en peligro.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que les dejara atacar a una mujer embarazada?

—¿Ha sido un robo? ¿Un intento de violación?

Josh suspiró.

—No. Pero había un peligro real.

—No te metas en eso, Josh.

—Es evidente que no puedo denunciarlos, pero ella sí debería comunicar lo ocurrido. Así habría antecedentes si la cosa se repite.

—Pues deja que lo haga ella —le aconsejó A.J.—. Podemos dejar tu

nombre fuera.

—No lo hará. Tampoco quiere publicidad.

—Entonces es su elección.

Josh movió la cabeza.

—El tipo que la ha atacado es un maníaco. No creo que la deje en paz. Ella no está segura.

—Está bien, lo investigaré y veré qué relación puedo encontrar. Si es necesario, designaré a alguien para que la vigile.

—Lo es.

—Veremos. Yo me ocuparé de la profesora, pero tú vuelve a lo tuyo. Tal vez la pelea acabe beneficiándote. Demostrará que eres un chico malo. Quizá así los ilegales se acerquen más a ti. Los traficantes siempre necesitan protección muscular.

—Veré lo que puedo hacer.

—Pero no olvides que a veces los malos no quieren competencia. Recuerda a Randall Pittmon y cuídate.

—Bien.

Colgó el teléfono con la firme intención de cuidar también de la hermosa Rachel Livesay.

—¡Rachel! ¡Adelante! —el decano William Jeffers salió de detrás de su imponente escritorio, de madera de cerezo, y se acercó a estrecharle la mano —. ¿Cómo estás?

Ella sonrió.

—Muy bien, gracias.

El hombre la miró con preocupación.

—Mi hija espera su segundo niño para abril y dice que lo está pasando mal con los tobillos hinchados. Siéntate, por favor.

La condujo hasta el sofá.

—Estoy bien —le aseguró ella, que no quería que la preocupación por su salud influyera en la designación del vicedecano—. El médico dice que todo

marcha bien. La niña está bien.

Suspiró.

—Mi artículo sobre los efectos de la depresión postparto en madres adolescentes saldrá en el próximo número de *El Diario Norteamericano de Psicología*. Me gustaría tratar el mismo tema con mujeres en la veintena y en la treintena.

—Sí, eso está muy bien. Hay que publicar o perecer en el intento —se sentó en un sillón enfrente de ella—. Sabes que nunca he dudado de tus méritos y agradezco qué hayas decidido trabajar hasta el último momento. Pero no te he llamado por eso.

Rachel lo miró de frente.

—Y ¿de qué se trata? Ha dicho que era importante.

—Bueno, he estado estudiando el resto del semestre... —una llamada en la puerta lo interrumpió. Se levantó—. Le he pedido a Curt Norwood que venga también, si no te importa.

—No, claro.

Curt y ella eran viejos amigos, de la época en que ambos estudiaban juntos. Y cuando ella solicitó su puesto actual, él estaba ya en la universidad y habló en su favor.

Se levantó.

—Buenos días, Curt.

—Hola, Rachel.

Curt era un hombre alto y delgado, guapo a su modo, de ojos almendrados suaves que reflejaban inteligencia y cabello castaño que llevaba muy corto para disminuir el efecto de su calvicie incipiente y realzar sus rasgos bien cincelados.

Le hizo seña de que volviera a sentarse y se acomodó a su lado. Rachel frunció el ceño al ver la sonrisa de malicia que iluminaba sus ojos. Curt sabía algo. Le molestó ser la única que estaba en la ignorancia.

—Espero que alguien me cuente lo que pasa —dijo.

El decano carraspeó y se sentó de nuevo en el sillón.

—Sé que tu hija nacerá el mes que viene —dijo.

—A finales de marzo —asintió ella.

—Sí, y sé que trabajarás hasta el último momento, pero tenemos que pensar en tu sustitución. Tú no te reincorporarás hasta septiembre.

Rachel se echó hacia delante en el sofá.

—Yo creía que el plan era desviar temporalmente mis pacientes a otras personas y que uno de los profesores auxiliares se ocupara de mis clases.

—En principio sí —el decano sonrió y miró a Curt, que mostraba una expresión de disculpa.

Rachel miró a los dos.

—¿Qué ocurre?

El decano Jeffers se echó hacia atrás en su asiento.

—Ésta es una oportunidad maravillosa. Y yo sólo pienso en el interés de la universidad.

—Eso no lo dudo.

—Curt ha recomendado a un doctor que podría terminar tu semestre y hacerse cargo de las clases de verano.

—¿Y quién es? —preguntó Rachel.

Curt se sentó en el borde del sofá y tomó las manos de ella en las suyas.

—El doctor Simon Livesay.

Rachel lo miró un rato sin comprender. Bajó la vista a sus manos unidas y las observó como si fueran objetos extraños. Luego parpadeó y apartó las manos.

—Simon.

Repitió el nombre en voz alta para ver cómo sonaba en su lengua, porque hacía tiempo que no usaba el nombre de su ex marido.

La sorpresa empezaba a dar paso a la rabia y la incredulidad.

—¿Quieren que me sustituya mi ex marido?

El decano Jeffers levantó las manos ante sí en un gesto conciliador.

—Temporalmente. El puesto será de nuevo tuyo en septiembre. Pero si él está disponible, creo que sería un buen tanto para la universidad. Y Curt

piensa que le interesaría un puesto temporal. La consulta privada que compartáis los dos tenía una reputación impecable, por eso te contratamos a ti —mover las manos en el aire—. Quiero llamarle esta tarde para hacerle una oferta.

Rachel lo miró con la sensación de sentirse arrinconada. En los años pasados desde su divorcio, había aprendido a considerar a Simon como un error de juventud. Lo sabía amado con todo su corazón, pero había descubierto rápidamente que era muy doloroso amar así. Con los años había aprendido a contenerse, se había entrenado para no sentir mucho.

Tal vez por eso se había vuelto tan importante tener un hijo. Necesitaba querer a alguien incondicionalmente. Quería estar segura de que ese amor sería aceptado, valorado... necesario.

¿Podía alterar Simon su vida por segunda vez? ¿Seguía teniendo el poder de hacer daño? ¿O aquello era precisamente una oportunidad para demostrarse que ya no tenía ninguna influencia sobre su vida?

No sabía muy bien lo que le pedía el decano.

—¿Quiere mi aprobación? ¿Es eso?

El hombre negó con la cabeza.

—Sólo quiero comunicarte el cambio de planes —se puso en pie—. Sea cual sea vuestra relación a nivel personal, profesionalmente hay pocos como Simon Livesay.

Abrió la puerta y Curt colocó una mano en la espalda de Rachel para ayudarla a levantarse.

—Hablaré con ella los pros y los contras como hicimos tú y yo, Bill —dijo Curt.

¿Curt hablaba en privado con el decano? ¿Se tuteaban?

Rachel se apartó de él con recelo y salió de la estancia. Cuando la puerta se cerró tras ellos se volvió a mirarlo.

—¿Ahora le haces el trabajo sucio al decano? ¿Quieres ganar puntos para el ascenso? —preguntó en voz baja.

El hombre miró la oficina para comprobar que ninguna de las dos secretarias estaba pendiente de ellos.

—Sólo quiero ayudarte.

—¿Recomendando que me sustituya Simon?

Curt entrecerró los ojos.

—¿Por qué no hablamos de esto mientras tomamos una taza de café en lugar de aquí?

—Yo ya no bebo café.

—Por favor.

Rachel levantó las manos en el aire con frustración. Se tocó el estómago.

—Podría comer algo.

—Invito yo —sonrió él—. Vamos en mi coche.

Rachel había ido esa mañana al trabajo en taxi y aún no había tenido tiempo de hacer nada respecto al coche. Josh Tanner había prometido ponerle la rueda esa mañana, pero no le había dado las llaves.

Miró a Curt, que esperaba todavía su respuesta.

—De acuerdo —dijo.

Pero le costó mucho más sonreírle a él que a Josh la noche anterior.

Veinte minutos más tarde, Rachel esperaba sentada en una mesa mientras Curt hacía cola para pedir un capuchino, una infusión de poleo y unas tostadas en el Café Sookstore.

—Con el embarazo estás aún más hermosa que antes —musitó él, cuando llegó a su lado con una bandeja.

Rachel se ruborizó.

—Vamos. La adulación nunca ha sido lo tuvo.

Curt dejó la infusión delante de ella y le pasó una servilleta de papel.

—No, pero siempre he pensado eso de ti. Incluso de estudiantes, cuando ya salías con Simon —dejó las tostadas al lado de la infusión—. Él siempre salía con chicas guapas.

—Incluso después de casados —repuso ella.

Pero su sarcasmo contenía más humor que amargura. Había disfrutado de unos meses muy felices con Simon y no tenía quejas sobre su vida actual. Sin

embargo, los años de duda e inseguridad, entre ambas cosas, habían sido un infierno y no deseaba recordarlos. Se colocó la servilleta delante y tomó un paquetito de mermelada de fresa.

—¿Por qué no me explicas la reunión de hace un rato? ¿Por qué has propuesto a Simon para reemplazarme?

Curt tomó un sorbo de café.

—Sólo porque su reputación como psicólogo puede ayudar a la universidad. Rachel untó una tostada con mermelada.

—Su reputación en otras áreas también podría perjudicarla. ¿El decano sabe por qué nos divorciamos?

—No es nada fijo todavía. Hill me pidió que le propusiera a alguien y Simon me dijo que quería entrar en la enseñanza. Era una coincidencia demasiado buena para pasarla por alto.

—¿La consulta privada no es lo bastante lucrativa? ¿Seguro que no busca sólo un lugar con muchas chicas jóvenes? —bajó la cabeza y mordió el bizcocho.

—Dale un respiro. Sé que te trató muy mal, pero es un buen psicólogo. Su historial con los pacientes es impecable —Curt dejó la taza en la mesa y frunció el ceño—. Me dijo que tenía problemas económicos. No sé si el negocio estará bajando...

—¿No será debido a su reputación?

Curt hizo una mueca.

—Ha cerrado la Clínica Livesay.

Rachel lo miró atónita.

—¿Ha cerrado la clínica? ¿Con lo que trabajamos para conseguir que funcionara?

Años de investigación, años de ahorrar y correr riesgos. Años de trabajar y luchar con pacientes jóvenes... todo había desaparecido. El capítulo de más éxito de su vida había desaparecido.

—¿Por qué? —preguntó.

Curt se encogió de hombros.

—No me lo dijo. Pero un trabajo estable en la universidad quedaría bien

en su currículum y le permitiría buscar con tranquilidad otra clínica o un lugar donde investigar.

Rachel tomó un sorbo de té y ponderó la noticia.

—Comprendo que quieras ayudar a un viejo amigo, pero Simon nunca ha dado clase. ¿Crees que es buena idea contratarlo?

—Claro que sí. Aunque no tenga experiencia en la enseñanza, tanto los donantes como los alumnos querrán verlo. Y la universidad siempre necesita mayores ingresos —dijo, y parecía empeñado en la idea de llevar allí a su viejo amigo—. Jeffers está deseando contratarlo.

Rachel mordió otro trozo de bizcocho.

—A ti tampoco te hará daño —dijo—. Conseguir a Simon te ayudará con el comité de selección.

Curt se atragantó con el café. Tosió, dejó la taza y se llevó una mano al corazón.

—Tú sabes que yo sólo pienso en el bien de la universidad.

La mujer hizo una mueca.

—No me vas a decir que no deseas el puesto de vicedecano tanto como yo.

—No te lo diré —rió él—. Y a ti tampoco te vendría mal probar que puedes trabajar con tu ex. Seguro que tendrías el ascenso chupado si convencieras a Simon de que aceptara la oferta.

Rachel lanzó un gemido.

—¿Ahora quieres que me prostituya por la universidad para que el mentiroso de mi ex marido consiga la gloria de ocupar mi puesto?

—Temporalmente, no lo olvides.

—Temporalmente —concedió ella.

Tomó un trago de infusión, cerró los ojos e intentó convencerse de que sabía tan bien como el café. El sonido de la campanilla de la puerta interrumpió sus pensamientos.

Sintió una sensación extraña en la nuca que sólo podía explicarse de un modo: la estaban vigilando.

Se llevó instintivamente una mano al vientre para proteger a su niña de aquella observación no buscada. Como era una mujer inteligente y racional, volvió la cabeza y examinó el local. Estudiantes, profesores, camareros, vecinos. A algunos los reconocía, muchos eran extraños.

Todos parecían inmersos en conversaciones o en periódicos. Nadie parecía observarla. Y sin embargo...

La campanilla volvió a sonar y miró la puerta y al hombre alto de hombros anchos que llenaba el umbral.

Josh Tanner.

Sus miradas se encontraron. Él se quitó los guantes y la saludó con una leve inclinación de la cabeza.

Rachel suspiró aliviada. La sensación de ser observada dio paso a otra de calor que le sonrojó la piel. Había llegado su caballero andante.

Quizá ella lo miró mucho rato o quizá su anhelo se reflejaba en sus ojos verdes, porque él entornó los suyos azules y le preguntó en silencio:

—¿Qué ocurre?

Capítulo 6

—¿Rachel?

La mujer parpadeó y rompió de mala gana el contacto visual con Josh.

¿Y qué si alguien la observaba? Seguramente sería un estudiante, sorprendido de verla fuera del aula.

O tal vez Papá.

Se estremeció y miró de nuevo a Josh, quien seguía observándola como si hubiera captado su miedo. Pero cuando dio un paso hacia ella, Rachel negó con la cabeza. Fue un movimiento casi imperceptible, pero él lo vio y lo comprendió.

Estaban en un lugar público y ella tenía que preservar su reputación. No podía dejar que un alumno guapo se acercara a consolarla hasta que remitiera su paranoia. Aun así, la decepcionó que él apartara la vista y siguiera a lo suyo.

—Rachel —dijo Curt por segunda vez—. Tú no sigues albergando sentimientos por Simon, ¿verdad?

—No, claro que no —su negativa apresurada le sonaba falsa incluso a ella. Miró su taza de té porque no quería que Josh, Curt, ni ninguna otra persona captaran la aprensión que tensaba su rostro.

Lo que quería ocultar no era ningún rastro de amor por Simon, sino su miedo a un perseguidor sin rostro ni nombre. Y le hubiera costado mucho explicar el vínculo inexplicable que compartía con Josh Tanner. Porque no lo comprendía ni ella.

—Nunca me has hablado del padre del niño —dijo Curt—. Y pensé que quizá Simon y tú... bueno, a veces las parejas divorciadas reanudan de nuevo el contacto.

—Simon no es el padre.

Curt le sostuvo la mirada.

—¿Y quién es?

El número 93579. Papá.

Rachel se encogió como si la niña acabara de darle una patada.

—¿Por qué no cambiamos de tema aprovechando que aún eres mi amigo?

—Simplemente no quiero que sufras. Me preocupo por ti. Una mujer sola que trae a un niño al mundo —Curt empezaba a adoptar un tono casi íntimo, más de pretendiente que de compañero de trabajo—. Si hay algo que yo pueda hacer, me gustaría ayudarte.

¡Oh, no! No necesitaba esa preocupación en ese momento. Se inclinó hacia delante y consiguió estirar la mano hasta tocar la de él, que descansaba sobre el mantel.

Se la apretó y sonrió.

—Vale. Te perdonaré que vuelvas a meter a Simon en mi vida, pero la paternidad de mi niña sólo me incumbe a mí. Y las dos estaremos bien solas.

Curt asintió, se recostó en su silla y apartó la mano lentamente.

Al decano le gustaría verte casada.

—El decano tiene que ponerse al día. Hay muchas madres solteras.

—Sí, pero si sabes quién es el padre, él debería participar en la vida de la niña. Y en la tuya.

¿La estaba acusando de promiscuidad?

—¿Si sé quién es el padre? —repitió.

—Sólo te comento la preocupación del decano. No parece...

—Doctor Norwood.

Un joven que llevaba un delantal blanco y una bandeja vacía se acercó a ellos. Retiró la taza de Curt y limpió su lado de la mesa con eficiencia casi maniática. Tendió la mano hacia la taza de Rachel y ésta se adelantó y la levantó en el aire. El chico enderezó la cestita que contenía los sobres de azúcar y paquetitos de mermelada y centró el plato de las tostadas justo en la mitad de la mesa.

—Tenemos que hablar —dijo—. ¿Cuándo le viene bien? —sus ojos

grises se posaron en Rachel—. Usted es la doctora Livesay, ¿verdad? Yo la conozco.

En un día frío de invierno, aquel joven sudaba de tal modo que el flequillo se le pegaba a la frente y tenía la piel muy pálida. A Rachel le resultaba familiar, pero no lo reconocía de sus clases. Quizá lo había visto por la universidad o allí en el café.

—Sí, soy la doctora Livesay —repuso—. ¿Y usted es...?

—Kevin —dijo Curt, y la sonrisa que esbozó no llegó a sus ojos—. Esta es una conversación privada. No es un buen momento.

El joven parecía alterado por la regañina.

—Pero tenemos que hablar. Lo de anoche no salió como usted dijo. Necesito dinero...

Curt lo interrumpió con voz firme.

—Llama a mi secretaria y pídele una cita para esta tarde o mañana por la mañana. Si puedo, te haré un hueco.

—Pero el dinero...

—Aguanta, Kevin. Tú puedes hacerlo.

El joven abrió de nuevo la boca, pero la cerró al ver la expresión firme de Curt. Parpadeó varias veces y asintió.

—Llamaré.

Se alejó de la mesa tan deprisa como había llegado. Curt sonrió con aire de disculpa.

—Lo siento.

Rachel devolvió la taza de té a la mesa.

—¿Es uno de tus alumnos? —la curiosidad empezaba a dar paso a la preocupación. Estaba claro que Kevin tenía problemas—. ¿Eres su consejero?

—Tiene algunos problemas, pero es hora de que siga adelante.

—¿No es el paciente el que tiene que decidir cuándo seguir adelante?

—Yo soy su consejero, no su psiquiatra.

Rachel apoyó la espalda en el respaldo de su silla.

—No tiene buen aspecto.

Curt se encogió de hombros.

—Está con gripe, ha perdido más de una semana de clases. Le está costando ponerse al día y le preocupa perder su beca.

Rachel observó el modo frenético de trabajar de Kevin. Lo normal era que una persona con gripe tuviera que combatir la fatiga, no seguir aquel ritmo.

Vio que se sobresaltaba cuando alguien pronunció su nombre y Rachel miró al cliente que había hablado. Era Josh. Aunque no podía distinguir sus palabras, sí captaba el zumbido bajo de su voz. El sonido calmó su preocupación casi como una nana y pareció tener un efecto similar en Kevin. Rachel sonrió.

—Ya que estamos con el tema de alumnos con problemas, quiero hablarte de David Brown —dijo Curt.

Rachel lanzó un respingo al oír el nombre y Josh la miró al instante. Sus ojos se encontraron. En los de él no había ya interrogantes, sino un brillo protector.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella. Apartó la mirada. Tal vez tenía demasiada imaginación y veía cosas que no existían—. ¿Tú eres el consejero de David? —preguntó.

—Eso me temo —repuso Curt—. Dice que lo vas a denunciar por copiar.

—Sí.

—David no es un mal chico —dijo Curt—, pero en casa no tiene nada que lo apoye —le dio una versión lacrimógena del pasado de David y de cómo intentaba él «salvarlo» encaminándolo hacia el trabajo policial—. Con sus antecedentes, creo que sería un buen policía.

Rachel sintió el calor detrás de ella antes de ver la sombra que caía sobre la mesa.

—No sabía que esto fuera una oficina de reclutamiento de policías —dijo Josh Tanner, auto invitándose a la conversación—. Doctora. Profesor Norwood.

—Perdona, hijo. Esta es una conversación privada.

—No tardaré mucho —dijo él. Miró a Rachel—. Sólo quería decirle que su coche está arreglado.

—Pero yo tengo las llaves. ¿Cómo...?

—He llamado a un amigo que tiene grúa y hemos cambiado la rueda en su taller.

—¿Ha llamado a una grúa? Pero eso no era necesario —Rachel se movió en la silla para intentar alcanzar su bolso—. ¿Cuánto le debo?

Josh la tocó en el codo para detenerla.

—Nada.

—Eso es demasiado.

Apoyó las manos en la mesa y se incorporó. Josh le tomó el brazo para ayudarla.

—Rachel —Curt se levantó a su vez—. Tenemos que terminar esta conversación.

Rachel apartó el brazo de la mano de Josh y tomó su abrigo, pero él se adelantó y se lo sostuvo abierto y ella no tuvo más remedio que dejarse ayudar.

Los ojos de Curt seguían todos sus movimientos. Ella tomó el bolso y dio las gracias a Josh con una sonrisa.

—Lláname y pídemme cita —dijo a Curt—. Tengo asuntos que atender y luego una hora de terapia.

—Rachel...

—Y aunque seas un viejo amigo, no me harás cambiar de idea —declaró ella—. Adiós, Curt. Hablaremos pronto.

—Adiós, doctor Norwood —añadió Josh. Y la siguió hasta la puerta.

Rachel sintió la mano de él en la espalda cuando le abrió la puerta. Encogió los hombros contra el golpe de aire frío y Josh le pasó automáticamente el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Aquel hombre era un horno humano y ella se permitió saborear un momento sus olores y su calor.

Pero luego vio que_ había más gente en la acera y se apartó.

—Creo que es mejor que no hagas eso. Alguien podría interpretarlo mal.

—¿Alguien? —preguntó él—. ¿Se refiere al doctor Norwood?

Rachel reconoció el coche rojo de él, aparcado a poca distancia.

—Me refiero a todo el mundo —agradecía su galantería, pero él tenía que comprender la situación—. Mira, estoy en un momento complicado en el trabajo. Al decano le interesa más sustituirme durante mi permiso de maternidad que designar al nuevo vicedecano.

—¿La van a sustituir?

—Temporalmente —aunque no dejaba de repetir aquella palabra, empezaba a tener la sensación de que querían librarse de ella permanentemente—. Pero no puedo permitirme ni rastro de escándalo en este momento.

—¿Es escandaloso que le pase un brazo por los hombros? —habían llegado al coche de él, pero ella no podía verle la cara, así que no sabía si estaba ofendido o simplemente bromeaba.

—El hecho de que esté embarazada y no le haya dicho a nadie quién es el padre suscita recelos. Todo el mundo especula sobre su identidad. Si nos ven juntos, pueden pensar que tú y yo... que un alumno y una profesora...

Josh la miró con intensidad.

—¿Que nos hemos acostado juntos?

Rachel se sonrojó. Tragó saliva con fuerza.

—Sí —susurró. Se llevó la mano a los labios y tosió—. Sí —dijo con voz más fuerte—. Alguien podría pensar que nuestra relación no es de alumno-profesora.

Josh le abrió la puerta y la ayudó a subir al coche.

—Escandaloso o no, no voy a permitir que se caiga en la acera —le pasó el cinturón.

—Gracias.

—¿Por qué no le dice al decano quién es el padre y termina con las especulaciones? —preguntó él.

Rachel lo miró a los ojos, deseando hacerle comprender.

—No es tan sencillo.

Él le devolvió la mirada un momento y después cerró la puerta y dio la vuelta al coche. Se sentó al volante y puso el motor en marcha y la calefacción.

—Usted sabe quién es el padre, ¿verdad?

—Más o menos.

Josh apretó el volante con fuerza y la miró con escepticismo.

—No me creo ni por un segundo que sea de esas mujeres que tienen tantos amantes que no pueden llevar la cuenta.

Rachel echó los hombros hacia atrás, dolida por la acusación.

—No lo soy.

—Entonces es que está protegiendo a alguien. ¿Un hombre casado?

—No.

—¿Alguien del profesorado?

—No.

—¿Otro alumno?

—¡Un banco de esperma! —se llevó una mano a la boca, con la sensación de haber traicionado a su niña al compartir su secreto. Abrazó su vientre y susurró—: Me inseminé artificialmente en un banco de semen.

Josh respiró hondo.

—¿Y por qué no se lo dice?

—Porque no es asunto de nadie. Y tuyo tampoco. Pero necesito que entiendas por qué no puedes seguir acudiendo a rescatarme ni tocarme todo el rato, aunque sea de un modo impersonal. Alguien podría pensar que tú eres el padre.

Josh asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Comprendes ahora mi preocupación? —preguntó ella—. Has sido un buen samaritano conmigo y te lo agradezco, pero no puede haber nada más. Cuando me dejes en mi coche y te dé un cheque, espero no volver a verte. Excepto en clase.

Josh miró a ambos lados de la calle y salió al tráfico.

—No es nada impersonal, doctora.

—¿El qué? —preguntó ella, que creía que el asunto estaba zanjado.

—¿Me va a decir que no siente esa conexión entre nosotros?

—¿De qué conexión hablas? —preguntó ella, sin saber bien qué esperar.

La respuesta de él la sorprendió.

—Algo la ha asustado antes en el café —dijo—. Estaba temblando.

—No es cierto —sabía que mentía, pero no quería darle la razón.

—Se ha vuelto hacia mí —los ojos de él seguían fijos en la carretera y el tráfico—. Estaba sentada con otro hombre en la mesa, pero me ha buscado a mí entre la gente.

—Yo...

Josh paró el coche en un semáforo y la miró a los ojos.

—Usted ha conectado conmigo —declaró.

¡Santo cielo! Él también lo sentía. Pero no debería ser así. Aquello no estaba bien. No podían sentir nada el uno por el otro.

La niña eligió aquel momento para moverse y Rachel aprovechó la oportunidad para apartar la vista de aquellos ojos azules y colocarse mejor en el asiento. Fingió que no comprendía lo que decía él.

—Creo que su éxito con las estudiantes se le ha subido a la cabeza, señor Tanner.

Volvía a llamarlo por su apellido para evitar la intimidad del tuteo.

La luz del semáforo cambió y él volvió su atención de nuevo al tráfico.

—¿Qué la ha asustado? —preguntó.

Rachel tardó un rato en contestar. No sabía si era apropiado compartir sus miedos, pero Josh Tanner podía ser el único rostro amigo que comprendiera su paranoia.

—He tenido la sensación de que alguien me observaba —repuso. Miró el perfil de él para captar su reacción—. A lo mejor David Brown me está siguiendo.

—He mirado y no lo he visto.

Josh le apretó una mano y no le permitió apartarla, por lo que Rachel terminó aceptando el consuelo que le ofrecía. El consuelo no iba contra las reglas. Los otros sentimientos... anhelo, lujuria, estaban prohibidos, pero el consuelo se podía aceptar. Y Josh Tanner sabía darlo en abundancia.

—Es duro, ¿verdad? —dijo él—. Cuando notas que observan todos tus movimientos, que te juzgan en silencio.

Su comprensión la sorprendió. Cualquier otro alumno hubiera pensado que estaba loca. Se aferró a sus dedos, agradecida de oír a alguien expresar en palabras lo que ella sentía.

—Supongo que sólo soy una tonta embarazada. Todas esas vitaminas que tomo me han vuelto paranoica.

Josh no le rió la gracia.

—No descarte su intuición. ¿Puede haber alguien que la siga, aunque sea por un motivo legítimo? ¿Un mensajero, un alumno al que le dé vergüenza preguntarle algo?

Rachel apartó la mano y se frotó el vientre con gentileza. No contestó.

Josh siguió con la vista el movimiento de su mano.

—Es usted una mujer con muchos secretos.

—No es cierto —suspiró ella—. Simplemente tú no eres la persona con la que puedo compartirlos.

Josh detuvo el coche en el aparcamiento de la facultad.

—Ya hemos llegado.

Aparcó al lado del Buick de ella, salió del coche y corrió a abrirla la puerta y ayudarla a salir.

Su coche estaba impecable. Josh lo rodeó andando con ella y le explicó que su amigo Freddie había reparado también un par de arañazos.

—Supongo que uno de nosotros lo rozó con la hebilla del cinturón o con una cremallera de las cazadoras.

Rachel sonrió.

—Me alegro de que nadie acabara malherido. ¿Tú estás bien? ¿Te has

hecho una radiografía?

Josh asintió.

—No hay nada roto.

La mujer dejó su bolso en el capó del coche y sacó su cartera. Ignoró las protestas de Josh y le hizo un cheque por cincuenta dólares.

—Toma.

—Doctora...

—No olvides pagar a tu amigo. Si te sobra algo, guárdalo para la matrícula.

Él se guardó el cheque en el bolsillo de atrás de mala gana.

—De acuerdo, se lo pasaré a Freddie. Procure que la acompañe alguien hasta el coche cuando se marche, sobre todo si vuelve a quedarse hasta tarde.

Rachel se colgó el bolso al hombro.

—Lo haré.

—Muy bien. Supongo que nos veremos mañana en clase.

Rachel le tendió la mano.

—Adiós.

Josh miró un momento la mano y se la estrechó.

—Adiós, doctora.

Mantuvo el apretón más tiempo del necesario, el suficiente para convertirlo en algo más íntimo.

El suficiente para distraerla de los gritos que fueron creciendo en volumen hasta que la persona que gritaba llegó a su lado.

—¡Doctora Livesay! ¡Doctora Livesay! —Josh se apartó y Lucy Holcomb se lanzó sobre Rachel y la abrazó con fuerza.

El impacto hizo que se le cayera el bolso y su contenido se esparciera por el suelo.

—Lucy —Rachel se apartó los rizos castaños de la cara y observó la sonrisa resplandeciente de la chica—. ¿Qué pasa?

—Estoy embarazada.

Rachel abrió la boca sorprendida. El aire frío en la lengua le recordó que debía cerrarla. Aquello era lo que menos necesitaba Lucy en ese momento.

—¿Estás segura?

—Sí. Esta mañana me he hecho una de esas pruebas caseras y ha dado positivo. ¡Vamos a estar embarazadas juntas!

Lucy volvió a abrazarla. Ésa era la parte maniaca de su personalidad maniaco depresiva. Rachel le dio palmaditas en la espalda, incapaz de encontrar palabras para felicitarla. Lucy no se había recuperado todavía de un aborto reciente y tenía problemas con su novio. Aquello no era una buena noticia y necesitaban hablar.

Se soltó y sonrió.

—¿Tienes unos minutos? Creo que deberíamos hablar más de esto.

—Desde luego. Iba a pedir apuntes de la última clase. Me la he saltado porque sabía que esta mañana no podía concentrarme, pero luego voy a su despacho, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Te espero en diez minutos.

Mientras observaba alejarse a Lucy, se dio cuenta de que Josh había vuelto a acudir en su rescate y recogía sus cosas del suelo.

—Me parece que a usted no le ha gustado la noticia —dijo.

—No —reconoció ella. Tomó el bolso que él le tendía—. Gracias.

Josh sostenía todavía algo en la mano. Un papel escrito. Rachel vio que lo leía y se ponía muy serio y comprendió lo que podía ser. ¿Por qué no lo había tirado ya? Había olvidado que lo había metido en su bolso.

—¿Quién es Papá? —preguntó él. Rachel le quitó la nota de la mano y la guardó en el bolso.

—Te agradecería que te ocuparas de tus asuntos.

—¿Ese tipo es real o esto es una broma perversa?

—Adiós, Josh.

—Dice que quiere quitarle a la niña.

—Adiós.

—¿Doctora?

Rachel se volvió y anduvo apresuradamente hacia el santuario de su despacho privado.

Dejar que Josh Tanner compartiera su carga era un lujo que no podía permitirse. Curt Norwood albergaba ya sospechas sobre su relación con Josh. Podía haber otros que los hubieran visto juntos y confundieran el vínculo entre ellos.

Josh Tanner no era una opción. Tenía que lidiar con Papá sola.

Aunque le hubiera gustado que la idea de hacerlo no la asustara tanto.

Capítulo 7

Josh se sentó en el banco que había en la puerta del laboratorio de Biología a esperar que terminaran los estudiantes de la tarde.

Tenía que hacer una compra.

Conectar con Kevin Washburn le había resultado más fácil de lo que esperaba, porque el pobre chico necesitaba desesperadamente un amigo esa mañana. Tenía mono de algo, Josh le había hablado con la misma voz que habría usado para tranquilizar a un animal asustado y Kevin se había abierto poco a poco. Conocía algunos nombres de los que había dejado caer Josh y aparentemente le había bastado con eso para confiar en él.

Lo había observado cuando hablaba con Rachel y con el doctor Norwood, había visto su expresión cuando Norwood le había reñido, la misma que pondría un niño que buscara la aprobación de una figura paterna, la de un niño al que ese padre rechazara.

Y cuando un chico buscaba algo que diera significado a su vida, lo mejor era que lo encontrara, porque, en caso contrario, lo esperaban las drogas para ofrecerle un significado ilusorio, cuando en realidad lo único que hacían era ahogar la necesidad de cualquier otra cosa que no fueran ellas.

Josh tamborileó en su rodilla con los dedos. Lo único que necesitaba Kevin Washburn esa mañana era una palabra de aliento de Curt Norwood; ese refuerzo positivo quizá le hubiera dado fuerzas para permanecer limpio el resto del día. Pero esa decepción, combinada con el mono, lo habían desesperado tanto como para hacer un trato con él, que era prácticamente un desconocido.

«Yo te digo dónde comprarla si me invitas a una poca».

Josh sintió una punzada de culpabilidad.

Era un policía que compraba droga a un yonqui. Ese día no sentía, precisamente, que estuviera salvando el mundo.

Y luego estaba Rachel Livesay.

Que debería estar haciendo planes para la llegada de su hijita en vez de lidiar con escoria como David Brown y Curt Norwood. Decidió que no le gustaba nada ese hombre. ¿Y la nota que se había caído de su bolso? Josh apretó los labios con frustración. Tampoco podía hacer nada respecto a eso.

¿Quién narices querría asustarla de ese modo?

¿David Brown? Después de la pelea de la noche anterior, dudaba que David fuera tan sutil en las amenazas.

Pero ¿quién más podía tener algo contra la sensual y orgullosa doctora Rachel?

Al principio le había sorprendido saber que no se había quedado embarazada de un novio o amante, pero también le había complacido en secreto. Porque eso implicaba que no había ningún hombre con el que tuviera el grado de intimidad suficiente para crear una vida.

Y porque a él le gustaría ser el hombre con el que ella alcanzara ese grado de intimidad.

Pero no había nada que pudiera hacer por el momento.

Ir de la mano con ella en público sería escandaloso.

Besarla sería claramente ilegal.

Y por muchas veces que acudiera en su ayuda y por muchas veces que ella buscara consuelo en él, estaba claro que no iba a permitir que se diera ninguna magia entre ellos.

El sonido del móvil lo sacó de sus pensamientos. Sacó el teléfono del bolsillo de la cazadora y miró la pantallita.

—¿Qué hay de nuevo, A.J.?

—Hola —contestó el inspector Rodríguez—. Llevo buscando información desde antes del amanecer. El teniente Cutler no deja de pasar por aquí. Creo que la próxima vez traerá una cuchilla y me ordenará que me afeite si me voy a quedar pegado a un escritorio.

—Lo siento. Sé que preferirías estar aquí.

—¿Y perderme todos estos momentos con el teniente?

Josh soltó una carcajada.

—Dime lo que has descubierto. Dentro de unos minutos voy a ver a un chico que dice que puede conectarme.

—Vale. Ahí va la versión corta. David Brown tiene antecedentes juveniles y, por lo tanto, secretos, por vandalismo, posesión de narcóticos, asalto y asalto con agravantes. He conseguido que Merle Banning entrara en el ordenador y me lo dijera.

—Fantástico. Es una verdadera joya.

—Desde que cumplió los dieciocho ha sido detenido dos veces. Por posesión. Las dos veces retiraron los cargos.

Se abrió la puerta del laboratorio y empezaron a salir estudiantes.

—Date prisa, A.J. la cita se acerca.

—Shelton y Parrish están limpios. Seguramente reclutas recientes —Josh se levantó—. Y tu doctora Livesay tiene treinta y siete años, está divorciada, tenía una clínica con su antiguo esposo, el doctor Simon Livesay, donde trabajaban con adolescentes y jóvenes. No he leído sus artículos, pero se han publicado en revistas de todo el país. Es una mujer importante.

—¿Algún enemigo?

—¿Un paciente descontento, tal vez? No he tenido tiempo de escarbar todavía. Pero puedo decirte una cosa...

Kevin Washburn salió del laboratorio.

Josh lo saludó con la mano y el chico avanzó hacia él.

—¿Qué?

—Su ex, Simon Livesay, tiene problemas económicos. Parece ser que lo demandó uno de sus pacientes por acoso sexual. Llegaron a un acuerdo fuera de los tribunales; él pudo conservar su licencia, pero tuvo que declararse en bancarrota. El abogado de la demandante amenazó con utilizar en su contra parte de la declaración de divorcio de tu doctora. Livesay.

—Interesante —¿otro sospechoso con un motivo para asustar a Rachel?—. Avísame si encuentras algo más. Y gracias.

—Sólo hago mi trabajo. Haz tú el tuyo. Y ten cuidado.

—Siempre.

Josh apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—Hola, Kevin.

—Josh —el chico se pasó los dedos por el pelo graso y jugueteó con el asa de su mochila. Indicó el teléfono con la cabeza—. ¿Un amigo?

Josh sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Mi amigo ahora eres tú —avanzó con él hacia la puerta—. Vamos a conocer a ese amigo especial tuyo.

La vida de Rachel iba de mal en peor.

—Simon.

Su ex marido era una de las últimas personas a las que esperaba encontrar delante de su puerta. Parecía tan atractivo e impecablemente vestido como siempre, a pesar de que tiritaba dentro de su traje cruzado y hecho a mano.

—Rachel —la tomó por los codos y la besó en la mejilla con labios fríos. Se apartó para mirarla—. Estás guapísima. El embarazo te sienta bien.

Rachel, demasiado atónita aún para responder al cumplido, se soltó y preguntó:

—¿No tienes un abrigo? Aquí estamos en invierno. Seguro que Armani hace abrigos de tu talla.

—Tan ingeniosa como siempre. Mi abrigo está en el hotel. Mañana tengo que ver a tu decano Jeffers, pero quería darte una sorpresa e invitarte a cenar esta noche.

Rachel miró el sol, alto todavía en el cielo, y se apartó el guante para ver la hora.

—Son las tres de la tarde.

Simon sonrió con aire de disculpa.

—Quería que habláramos antes.

La mujer seguía sin encontrarle sentido a la visita.

—Podías haber muerto de frío aquí. ¿Cuánto tiempo pensabas esperarme? —. Oh, sólo llevo unos minutos. He llamado a tu despacho y tu secretaria me ha dicho que habías salido. Me hospedo en el Crown Center, no lejos de aquí, pero he venido en taxi.

El Crown Center era uno de los hoteles más caros de la ciudad. Simon siempre lo hacía todo a lo grande y ella no entendía que pensara que podía ser feliz con un sueldo de profesor.

—Yo venía a casa a echarme una siesta. Anoche dormí muy poco.

—¿El niño no te deja dormir?

—Eso lo hacen después de nacer, Simon.

Él asintió y estornudó.

—¿Puedo pasar?

Volvió a estornudar, sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Rachel abrió la puerta.

—Entra antes de que te pilles algo.

Diez minutos más tarde había preparado ya té para ella y café para él. Decidió ir al grano.

—¿Por qué has venido, Simon?

Él esperó a que se reuniera con él en la mesa para contestar.

—Quiero saber cuánto dinero ganas, cuáles son tus horas de trabajo y si tendré tiempo para continuar con mis actividades privadas.

—Lo que yo gano es confidencial. El decano Jeffers te hará una oferta con un sueldo y una bonificación —tomó un sorbo de té—. Y en cuanto a las horas, son muchas.

Simon frunció el ceño.

—¿Y tu vida social?

¿Vida social? Su vida era la niña.

—Saco tiempo siempre que puedo, pero yo salgo poco.

Tomó otro sorbo de té.

—Creo que pediré una cantidad mínima —dijo él—. Y también horas libres para mí. ¿Crees que el decano aceptará?

Rachel tenía en esos momentos preocupaciones más importantes que el futuro económico de Simon. Tenía que proteger a su hija.

Señaló el reloj y se levantó para llevar la taza de él al fregadero.

—Tengo una cita con el médico en media hora. ¿Querías algo más?

—¿El médico? ¿Estás bien? —él se levantó de la silla y se acercó como si su interés fuera auténtico. Le puso una mano en el codo—. Yo te veo bien. Excepto por lo del embarazo —claro.

—¿Lo del embarazo? —ella se apartó de su mano.

—Ya sabes a lo que me refiero —la siguió de vuelta a la mesa—. No somos dos desconocidos, Rachel. Si te ocurre algo, quiero...

—Es sólo una reunión de rutina en la Clínica Washburn —lo único que quería de su ex era que se fuera rápidamente—. Estoy bien. Y creo que yo siempre he sido la responsable de los dos, así que, si me ocurriera algo, lo resolvería sin tu ayuda.

En lugar de marcharse, Simon la miró sorprendido.

—¿Vas a ver a Andrew Washburn? ¿Cómo está?

—¿De qué conoces tú al doctor Washburn?

—Porque doné esperma para su clínica, por supuesto.

Simon no podía ser el número 93579. Sería demasiada ironía que el hombre que afirmaba que los hijos frenarían su carrera y ensuciarían su casa, acabara siendo el padre de su niña. Rachel se abrazó el estómago. Aquella posibilidad le daba tantas náuseas como las que había sentido en las primeras semanas del embarazo.

Pero mientras paseaba por la alfombra color vino del despacho de Andrew Washburn, casi le parecía que la idea tenía sentido. Con el ego de Simon, no sería raro que se hubiera empeñado en procurar por algún medio que fuera él el que la dejara embarazada. Sería como la prueba suprema de su virilidad. Dar a todas las mujeres, incluida su ex, lo que creía que más deseaban: a sí mismo.

Rachel se detuvo delante de la ventana y miró el jardín de la Clínica Washburn cubierto de nieve. Con todos los árboles, blancos, casi parecía un lugar de cuento de hadas, un sitio donde podían ocurrir milagros. Abrazó su milagro.

Para Simon los niños eran imposiciones, no regalos. ¿Por qué iba a amenazarla con llevarse a la suya? A menos que no lo hiciera por la niña.

¿Hasta qué punto deseaba su empleo y cuánto tiempo quería quedarse en la universidad? Si él era el autor de la nota y la llamada de teléfono, debía necesitar dinero más desesperadamente de lo que decía Curt. Tal vez quería asustarla tanto como para hacer que se fuera de Kansas City. El decano Jeffers quería contratarlo y, si ella desaparecía, la sustitución temporal podía convertirse en un empleo permanente.

Pero Simon siempre defendía que la había amado en otro tiempo. Y ella lo tenía por infiel y desconsiderado, pero nunca por cruel.

Se llevó una mano a los labios. ¿Cómo iba a poder aclarar todo aquello?

—¡Maldita sea!

—Trabajo tan deprisa como puedo. Estos condenados ordenadores nunca colaboran —los ojos grises de Andrew Washburn la miraron por encima de las gafas. Y se suavizaron al darse cuenta de que la maldición no iba dirigida a él—. Perdone. ¿Hay algo más que quiera preguntar?

Como sabía que no le daría la respuesta que ella más quería, la de la identidad del número 93579, negó con la cabeza y lo dejó seguir con su búsqueda. Se conformaría con cualquier información que pudiera obtener sobre el padre, aunque no fuera su nombre.

—Parece que estuvo un tiempo breve con nosotros —dijo el hombre—. Hizo donaciones regulares durante dos meses y luego se marchó.

—¿Eso es extraño? —preguntó ella, que se sentó en el sillón delante del escritorio para descansar los pies.

Washburn se tocó el bigote con el pulgar y el índice en un gesto habitual que mostraba frustración nerviosa.

—No necesariamente. Cada caso es distinto. Aunque la mayoría de nuestros donantes están con nosotros de uno a cuatro años.

—¿Cuatro años?

—Algunos lo consideran un modo de preservar su lugar en el futuro. Para otros es una fuente de ingresos.

Cuatro años. Rachel se echó hacia delante en la silla.

—¿Los estudiantes universitarios donan esperma?

—Por supuesto. Vienen muchos. Necesitan dinero extra y a nosotros nos

gustan porque suelen ser más sanos que otros jóvenes —frunció el ceño—. ¿Cree usted que ha podido contactarla uno de sus alumnos?

Aquella idea resultaba perturbadora. Aunque conocía a un estudiante rubio que podía ser un buen padre.

Andrew Washburn estaba claramente preocupado por la noticia de que el donante de su esperma pudiera haberse puesto en contacto con ella, y en un esfuerzo por ayudarla, y proteger la respetabilidad de la clínica, se había ofrecido a responder todas las preguntas que pudiera legalmente.

Había prometido llamar personalmente al número 93579 y recordarle la cláusula de confidencialidad de su contrato. Había revisado sus archivos, tanto informáticos como en papel y, básicamente, le había dicho lo mismo que ella ya sabía. El padre era de pelo castaño, vivía en el Medio Oeste y tenía un coeficiente intelectual alto.

—¿Y enfermedades mentales? —preguntó ella—. ¿Puede tener algún desorden mental que le haga olvidar las reglas y reclamar a mi hija?

El doctor Washburn se quitó las gafas y movió la cabeza.

—El padre no tiene historial de problemas mentales. Ni él ni su familia directa.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y se apoyó en el borde, delante de ella. Se inclinó y le tomó una mano entre las suyas.

—Siento que haya ocurrido esto. Y puede creer que la Clínica Washburn hará todo lo que esté en su mano por arreglar el problema.

La mujer sonrió secamente.

—Excepto darme su nombre.

El hombre respiró profundamente antes de contestar.

—Excepto darle el nombre.

Se incorporó y la ayudó a hacer lo mismo.

—Es tarde, querida. ¿Puedo invitarla a cenar como una pequeña recompensa por la angustia que le hemos causado?

—No, gracias, doctor. En este momento sólo quiero irme a casa y dormir.

—Comprendo —le soltó la mano y se dirigió a una sala pequeña detrás de su despacho—. Espere que busque mi abrigo y compruebe que está todo

cerrado y la acompañaré fuera.

Entró en la sala pequeña y Rachel aprovechó para ponerse el abrigo. Mientras se lo abrochaba, se acercó más al escritorio y miró las carpetas abiertas que había encima.

Se saltó casi toda la información, una sucesión de datos físicos, perfiles de personas e historial de donaciones. Pero algo le llamó la atención: una fotografía pequeña, no mayor que una caja de cerillas. Apretó los labios para reprimir un grito.

David Brown.

Ojeó rápidamente la ficha. El número que aparecía en ella era el 90422. No era el mismo. A menos que a ella la hubieran engañado con el número.

Levantó la vista para comprobar que el doctor Washburn seguía ausente y leyó rápidamente el resto de la ficha de David.

Llevaba ya casi dos años donando esperma, desde la mitad de su primer semestre en la universidad hasta el momento. Según los pagos que aparecían, había ganado lo suficiente para comprar libros y quizá solucionarse algún mes el alquiler. Había pocos detalles aparte del informe de su salud y su dirección actual. No había antecedentes familiares. Ningún tipo de información sobre su vida anterior a la universidad.

Rachel no sabía si aquel hueco informativo significaba algo, pero lo archivó en su memoria para descifrarlo más tarde.

Primero Simon y ahora David. ¿Había otros hombres en su vida relacionados también con la Clínica Washburn? ¿Hombres que tuvieran motivos para hacerle daño?

¿O se trataba simplemente de un donante anónimo que no creía que estuviera capacitada para ser la madre de su hijo?

Rachel conducía por el Brush Creek Boulevard, en el lado sur de Kansas City, y no podía por menos de admirar sus líneas arquitectónicas de estilo mediterráneo. Era un barrio que hablaba de riqueza y de elegancia antigua.

Muchas tiendas habían cerrado ya, pero todavía había turistas y gente de la ciudad paseando por allí, mirando escaparates o entrando en alguno de los restaurantes. Unos iban vestidos con elegancia, otros llevaban vaqueros y deportivas, pero todos se movían juntos. Todos pertenecían a alguien. Todos

iban acompañados.

Ella estaba sola.

Giró hacia el norte, pasó por delante del Museo de Arte Nelson-Atkins y se dirigió hacia su piso vacío. Había cenado sola ensalada y pasta en un restaurante pequeño, y aunque era muy disciplinada con su dieta de embarazada, había cedido a la tentación de pedir un helado de café.

Entró en el garaje de su edificio y cerró con fuerza la puerta del coche al salir. Cruzó el garaje con las llaves en la mano, lo cerró y avanzó con paso firme hacia la puerta principal. Poco antes de llegar, oyó crujidos en la nieve y abrió la puerta con rapidez, pero una mano cubierta con un guante negro le impidió volver a cerrarla. Rachel saltó hacia atrás.

—¡Doctora, soy yo! —le tomó la muñeca para calmarla—. ¿Dónde se ha metido?

La voz se abrió paso á través de sus miedos mucho antes de que sus ojos vieran a Josh Tanner.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—Esperarla. Llega tarde.

La soltó y se apartó con rapidez. Rachel no se movió.

—Esta mañana te dije adiós. Creí que había dejado claro que no volveríamos a vernos fuera de clase.

—Eso era antes de que viera la nota de Papá —él se quitó los guantes y los guardó en los bolsillos.

Rachel enderezó los hombros.

—Yo no soy tu responsabilidad. Vete de aquí.

Se volvió hacia las escaleras, pero Josh la siguió con determinación.

—Alguien tiene que responsabilizarse de usted. Corre riesgos estúpidos y peligros innecesarios.

Ella se volvió hacia él.

—¿De qué estás hablando?

—De venir andando desde el coche, por ejemplo. O andar sola desde su despacho hasta el coche a pesar de que le advertí que no lo hiciera.

—Perdona —Rachel se quitó el gorro y lo golpeó con él—. ¿Me estás siguiendo?

—La estoy vigilando.

—No lo hagas —se volvió y siguió subiendo escaleras—. Ya tengo alguien que me vigila por *hobby*.

—Precisamente —la alcanzó en el rellano—. Usted me ha llegado más que ninguna mujer que haya conocido en mucho tiempo. Puede que no pueda darle la mano en público, pero que me condene si no voy a procurar que esté segura.

—Me estás siguiendo —ella lo miró de hito en hito—. ¿En qué eres tú distinto a Papá?

Él se encogió como si le hubiera pegado. Rachel miró las emociones contradictorias que cruzaban por su atractivo rostro y se sintió culpable. Había sido un golpe bajo. Lo había acusado de algo que en su corazón sabía que no podía ser verdad. Quería disculparse, pero él la había asustado, no quería hacerle caso. No quería dejarla sufrir sola.

—¿Distinto? —el cuerpo de él se quedó inmóvil de pronto y Rachel retrocedió unos pasos para distanciarse de un hombre que, de pronto, parecía mucho más viejo y mucho más duro que ningún alumno que hubiera tenido jamás—. ¿Quiere decir distinto del gusano que le envía notas enfermizas sobre robarle a su hija? Así soy yo de distinto.

La tomó por los hombros sin previo aviso y la besó en la boca.

Fue un beso primario y salvaje, lleno de una intensidad y una pasión que ella no había conocido nunca. Y aquello no podía ser bueno. Tenía que ser peligroso para su paz mental.

Colocó las manos en el pecho de él y movió las caderas para intentar escapar.

Pero él tenía mucha más fuerza. La rodeó con los brazos y la apretó contra el calor su cuerpo.

Y ella no pudo seguir combatiendo su pasión. Dejó las manos quietas y aceptó un beso que despertaba partes jamás tocadas de su cuerpo y la hacía arquearse de deseo.

Suspiró y se rindió a la necesidad que embargaba su alma de mujer.

Empezó a devolver el beso. Clavó los dedos en la cazadora de él y se entregó a la caricia. Josh era su héroe, era el héroe de su hija. Su galantería las protegía a las dos. Aquel hombre no era una amenaza. Saboreó el contorno masculino de su boca y pasó la lengua por su piel cálida y salada. Un fuego estalló en su vientre, debajo del lugar que albergaba a su niña, y la llenó con un calor erótico que palpitaba entre sus piernas y le hacía cosquillas en los pezones. Se aferró a los hombros poderosos de Josh y cedió a la necesidad de su cuerpo y su corazón. A la necesidad de sentirse abrazada, querida. A la necesidad de sentirse sexy, guapa y deseable. A la necesidad de ser todo lo que un hombre pudiera desear, aunque sólo fuera por unos momentos cortos robados al tiempo.

Capítulo 8

Josh había muerto e ido al cielo.

El ansia sexual que lo había atraído a Rachel una y otra vez explotó en un abrazo que lo dejó excitado y tembloroso.

Introdujo los dedos en el pelo suave de ella y dejó que éste acariciara su mano. Su cuerpo era un tesoro de curvas abundantes. Y su boca...

Suave y llena. Entregada y maravillosa. Más deliciosa que nada de lo que hubiera podido imaginar desde la segunda fila de la clase.

Su intención había sido sólo recordarle que estaba allí porque le importaba, que esperaba su regreso porque temía por su seguridad. Y él quería desesperadamente que no le pasara nada.

La había besado para probarle que era mejor hombre de lo que ella decía. Que era digno de su confianza y merecía que se fijara en él.

Pero ocurría algo muy, raro. El beso se le iba de las manos.

Era un beso entre un hombre y una mujer apasionados.

Deslizó las manos en el abrigo de ella para acercarla más.

El vestido que llevaba destacaba cada curva y le daba ocasión de disfrutar de su figura sensual.

Algo golpeó su estómago, algo suave y efímero como una palmadita de amor.

El contacto inesperado le causó un sobresalto.

Apartó la boca de la de Rachel y se inclinó hacia atrás. Seguían todavía abrazados, unidos vientre contra vientre.

Josh bajó la vista y observó el punto en el que se juntaban sus cuerpos. Respiró pesadamente por la nariz y la boca e intentó comprender lo que había pasado.

El vestido de lana de Rachel cubría su vientre de embarazada como una segunda piel. Un momento después, el punto azul se movió, se estiró y luego retrocedió... era como ver latir un corazón.

—¡Lo he visto! —dijo él admirado—. Es la niña, ¿verdad?

Pero cuando levantó la vista hacia Rachel, vio que ella no compartía su admiración. Su piel lucía todavía el tono sonrosado de la pasión, pero sus ojos eran inescrutables.

Le soltó la cazadora y se apartó.

—Es la niña —dijo—. Anne-Marie Livesay. Mi hija.

Josh la soltó y la observó distanciarse. Se encogió de hombros con incredulidad.

—¿Tú no quieres que nadie más comparta la maravilla de traer una vida nueva al mundo?

—No quiero compartir nada contigo, punto.

—Y entonces, ¿qué es lo que acaba de pasar aquí? —preguntó él.

—Un error.

En lo profundo de su ser, él sabía que ella mentía. Que no importaba lo que dijeran las normas de la sociedad, Rachel y él eran dinamita juntos. Dos personas no podían conectar tanto a nivel físico si no existía ya algo más profundo entre ellos.

Pero Rachel estaba decidida a negar esos sentimientos. Se cubrió el vientre con el abrigo, que sujetaba con las manos. ¿Lo hacía para proteger a la niña o para esconderla de su mirada curiosa?

—No pienso disculparme por el beso —dijo.

—No, pero yo sí por besarte a ti —ella sacó las llaves del bolsillo, le dio la espalda y se dirigió a la puerta—. No debería haber ocurrido y no volverá a pasar.

Josh miró su perfil inescrutable y la observó abrir la puerta. Había logrado su objetivo. La había dejado sana y salva en su casa y ahora respetaría su deseo de que se fuera.

Rachel desapareció en el interior sin decir nada más y Josh se metió las manos en los bolsillos. Sabía que gustaba a muchas mujeres y era una ironía

que la única que le interesaba no quisiera tener nada que ver con él.

Suponía que era una especie de justicia poética por haberse pasado la vida flirteando.

Se volvió hacia la escalera. Cuando hablara con A.J. esa noche, le pediría que pusiera protección a Rachel. Él no podía cuidar de ella sin acabar sufriendo.

El grito procedente del piso de Rachel le heló la sangre.

—¡Doctora!

Corrió hasta la puerta, la abrió y chocó con Rachel, a la que habría tirado al suelo de no ser porque tuvo la suficiente rapidez de reflejos para agarrarla y estrecharla contra sí.

—¿Josh? ¡Oh, Josh! —se agarró a su cazadora, apoyó el rostro en ella y sollozó.

—Tranquila —musitó él—. Estoy aquí. Tranquila.

Le sostuvo la cabeza y tiró de ella hacia el exterior del piso para alejarla de lo que la había asustado.

—Quiero que espere aquí —la dejó apoyada en la pared del pasillo y la miró a los ojos—. Voy a entrar ahí y asegurarme de que todo está bien.

Ella lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—Voy contigo.

Josh se enderezó. Iba a negarse, pero comprendió que no serviría de nada.

—De acuerdo.

Le apretó la mano y entraron juntos. Él lo examinó todo. La cerradura parecía intacta. El piso estaba tan ordenado y limpio como la noche anterior. Las cortinas caían rectas, lo que indicaba que las ventanas estaban cerradas.

Los dedos de ella apretaron su brazo.

—En el cuarto de la niña.

Josh avanzó con ella y se asomó al pequeño dormitorio.

Lanzó un juramento que no podía expresar la sensación de rabia y violación que lo embargaba. Rachel se volvió, con una mano en la boca y sujetándose el estómago con la otra.

Josh entró en la estancia para examinar más de cerca el odioso regalo que le habían dejado.

Todos los animales de peluche que había en la cuna estaban rajados y esparcidos por el cuarto. Y de la lámpara colgaba un conejo de peluche atado por el cuello. Habían cortado su vientre rosa y lo habían cubierto con un líquido rojo que parecía sangre. En su pie había una nota prendida con un alfiler.

Has fallado la prueba.

Te estaré esperando en la sala de partos.

De un modo u otro, quiero lo que es mío. Papá.

Josh abrazó a Rachel por la cintura y la guió hasta la cocina. La sentó en una silla y le sirvió un vaso de agua. Sacó su móvil y marcó un número familiar.

—¿A quién llamas? —preguntó ella.

—A un policía.

—¿Pero... y tu...?

¿Le preocupaba otra vez su olor a marihuana? Interrumpió su protesta.

—No pasa nada, estoy limpio.

Se arrodilló a su lado y la besó en la sien. Rachel apoyó la cabeza en su hombro.

Josh esperó con paciencia a que contestaran el teléfono. Esa vez no había llamado a A.J., sino que había ido directamente al policía que más necesitaba en ese momento.

Un timbrado más y la voz grave y familiar se identificó por fin.

—Inspector Taylor.

—¿Mac? Soy Josh. Necesito que me devuelvas un favor.

Rachel se quedó a un lado y observó a Mac Taylor, experto forense del Departamento de Policía de Kansas City, convertir el cuarto de su niña en un laboratorio científico. Había sacado todo tipo de herramientas de su maletín de aluminio: una cámara, pinzas gigantes, una lupa, algo con rayos

infrarrojos, bolsas de plástico.

Llevaba gafas de montura dorada que no ocultaban el hecho de que carecía de visión en el ojo izquierdo. Pero viéndolo trabajar, Rachel tenía la impresión de que su ojo bueno no pasaba nada por alto. Su método científico de trabajar le pareció reconfortante. Si había alguna pista que pudiera llevarlos hasta Papá, el inspector Taylor la encontraría.

Lo que le resultaba más raro era el modo en que hacía preguntas a Josh y el modo en que los dos hombres habían recorrido el piso hablando en voz baja, aunque ella había captado palabras sueltas como «caso», «tules» y hubiera jurado que había oído decir «mamá no tiene por qué saberlo».

¿Por qué tenía Josh un amigo policía? Curioso.

Le parecía detectar también un parecido entre ellos, pero Mac Taylor tenía demasiadas cicatrices en la cara para estar segura. Sus ojos eran grises y era más delgado que Josh; pero su actitud era similar y los dos se movían de un modo parecido.

Rachel suspiró y tomó un sorbo de té. Josh levantó la vista y le sonrió. Y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Había algo en la actitud de él que parecía suplicarle que le diera una oportunidad.

Y esa noche al menos se sentía demasiado vulnerable para negársela.

—Bueno, no parece que haya tocado nada fuera del cuarto de la niña — Mac se puso en pie y habló con voz lo bastante alta para incluirla en la conversación.

Rachel asintió.

—Gracias por limpiar el cuarto.

—De nada —Mac se puso el abrigo y sacó una tarjeta del bolsillo interior—. Llámeme si descubre algo más que le llame la atención o si quiere hacerme alguna pregunta.

Rachel guardó la tarjeta en su bolso.

—Lo haré.

Mac tomó su maletín.

—He guardado las pruebas que he visto y sacado las fotos que necesito. El laboratorio lo analizará ahora todo y la llamaré si encuentro algo.

—Hágalo, por favor —dijo ella. Lo precedió hasta la puerta—. Quizá pueda encontrar algo que me ayude a conseguir una orden judicial que obligue al doctor Washburn a decirme quién es el padre.

La vacilación de Mac la puso en guardia.

—¿Usted no cree que sea posible? —preguntó ella.

—No creo que sea probable —repuso el policía.

Josh habló por encima del hombro de Rachel.

—¿No crees que el peligro sea real?

Mac movió la cabeza.

—Esto no me parece obra de un donante anónimo que ocho meses después decide de pronto que quiere a su hijo —miró a Rachel—. Creo que es obra de alguien que la conoce personalmente y que no le importa nada la niña. Lo que quiere es atacarla donde más daño puede hacerle. Es alguien que quiere castigarla por algo.

Rachel se tambaleó, pero sintió enseguida las manos de Josh en los hombros.

—Eso es sólo una teoría, ¿verdad, inspector? —preguntó ella.

—Verdad. Doctora, señor Tanner... —Mac abrió la puerta y se quedó pensativo—. Mire, no hay señales de que hayan forzado ni la puerta ni la ventana. La persona que ha entrado tiene llave. No sé si porque se la haya dado usted o...

Rachel negó con la cabeza.

—Yo soy la única que tiene llave.

—Entonces alguien ha tenido ocasión de hacer una copia, lo que indica que es una persona cercana a usted, alguien con quien está en contacto regularmente. Yo le sugeriría que variara sus horarios y cambiara las cerraduras lo antes posible.

—Lo haré mañana a primera hora —prometió Rachel.

—¿Estará segura esta noche? —preguntó Mac.

Josh le apretó los hombros.

—Estará segura.

La mujer sintió un escalofrío en la columna que la excitó y asustó al mismo tiempo. Sería muy fácil apoyarse en su fuerza, pero tenía que encontrar el modo de lidiar con aquello sola. No podía poner a Josh en peligro ni arriesgarse al dolor que sentiría cuando él se alejara y volviera a quedarse sola.

Se apartó de él y estrechó la mano del inspector.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

Rachel cerró la puerta y se volvió con intención de decirle a Josh que podía marcharse también. Pero él había desaparecido.

—¿Josh? —lo vio salir de la cocina con una silla de roble—. ¿Qué haces?

Él puso la silla en el suelo, la echó hacia atrás y la colocó debajo del pomo de la puerta.

—Añadir una cerradura extra.

—Pero tienes que estar al otro lado de la puerta cuando lo haga.

Josh se incorporó.

—No pienso discutir esto. Si tú quieres, mantendré las distancias y procuraré que no ocurra nada entre nosotros. Pero me quedo.

Para enfatizar su decisión, se quitó la camisa de franela que llevaba y se quedó con una camiseta blanca que moldeaba bien el contorno de su torso. Se acercó al sofá, movió todos los cojines a los sillones y dejó la camisa en el brazo del sofá.

Se desabrochó el cinturón y, cuando se sentó y empezó a desatarse las botas, Rachel comprendió que iba en serio, pero tardó un momento en conseguir moverse.

—Espera. Por lo menos déjame que te dé una manta y una almohada.

—Si insistes...

Rachel se dio la vuelta en la cama y miró los números del reloj electrónico que brillaban en la oscuridad. Era la 1:46.

Hacía casi dos horas que intentaba dormirse.

—¡Maldita sea!

A lo mejor no podía dormir porque tenía mucho calor. Intentó apartar las mantas, pero habían formado un nudo entre sus piernas a causa de todo lo que se había movido.

—¡Maldita sea!

Se colocó de lado para sentarse y sacó la ropa de entre sus piernas. Estiró la sábana y las dos mantas hacia atrás y volvió a tumbarse.

Miró el techo un rato y luego se colocó de costado y abrazó la almohada larga que usaba para apoyar el estómago y la espalda. Sabía que la razón de que no pudiera dormir era el miedo a que volvieran las pesadillas de la noche anterior. Papá se había acercado mucho, había estado en su casa, con las cosas de su niña.

¿Por qué iba a querer nadie torturarla de aquel modo? ¿Por qué querían manchar así el periodo más importante de su vida?

Volvió a sentarse. Había ido ya dos veces al baño, quizá lo que necesitaba era algo de comer, una taza pequeña de cereales. La leche podía darle sueño y los cereales impedirían el hambre de primeras horas de la mañana. Sí, eso era lo que necesitaba.

Bajó de la cama y se puso las zapatillas. Se echó la bata de franela rosa sobre el pijama de algodón y fue de puntillas a la cocina.

—No puedes dormir, ¿eh?

La voz de Josh ni siquiera la sobresaltó. Tal vez no había ido allí a por cereales después de todo.

Oyó un clic y se encendió la lámpara de la mesita al lado del sofá. Josh la había puesto al mínimo y el opaco círculo de luz arrojaba un resplandor apagado sobre sus hombros y su pecho desnudo.

Sonrió con humor.

—Yo tampoco puedo dormir.

Se sentó y ella respiró con fuerza. La luz mostraba ahora otra parte de su cuerpo, los vaqueros abiertos en la cintura y el golpe que cubría su flanco izquierdo.

—Josh —se acercó a examinarlo.

El color era menos intenso, pero el tamaño del golpe parecía haber crecido.

—No es tan malo como parece —bromeó él.

—Mientes —lo acusó ella; se sentó en la mesita de café frente a él.

Josh le tocó la barbilla y la miró a los ojos.

—Estoy bien. No dejes que tu preocupación por mí te impida dormir.

—Creía que habías ido al hospital.

—Y fui. El médico dijo que podía quitarme las vendas para dormir.

Rachel le apretó levemente las manos.

—Siento mucho que te pasara esto por mí.

—Soy yo el que lo siente —se inclinó un poco hacia ella—. Siento no haberte protegido de lo que has tenido que ver esta noche.

—No —ella cubrió las manos de él con las suyas—. Me alegro de que estés aquí —cerró los ojos—. No dejo de ver una navaja cortando muñecos y...

Josh la besó en la frente.

—El hombre que hace esto es un cobarde. Le gusta aterrorizarte, pero no se enfrenta a ti cara a cara.

Aquello se parecía a los análisis de personalidad que hacía ella. Echó la cabeza atrás y lo miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Es su perfil.

—¿Perfil?

Algo brilló en los ojos de él.

—Es lo que ha dicho el inspector Taylor —repuso.

—No me gusta tener miedo, Josh.

Él le frotó la espalda con gentileza.

—Lo sé.

La niña se movió en su interior y Rachel recordó la admiración de Josh

cuando la había notado moverse y también la vehemencia con la que ella le había dicho que la niña no era asunto suyo.

—Ven —se abrió la bata y colocó la mano de Josh sobre su vientre para que notara a la pequeña dar patadas. Los dedos largos de él cubrieron la parte baja de su abdomen—. A ella tampoco le gusta tener miedo —susurró la mujer.

Anne Marie golpeó la mano de Josh y él dio un salto.

—¿Hace eso a menudo?

Rachel sonrió.

—También duerme mucho.

Josh apretó la mano con gentileza en su vientre y la niña quizá lo encontró tan irresistible como su madre, ya que se estiró, giró y llevó a cabo toda una actuación.

Josh movía la mano por el vientre y seguía los movimientos fascinado.

—¡Genial!

Levantó la vista, con el rostro a pocos centímetros del de Rachel. Una serenidad tranquila oscurecía sus ojos. Era como si todos los conflictos y aspiraciones que nublaban la mente de un joven se hubieran desvanecido. Era un hombre seguro de sí, seguro de aquel momento con ella.

—Gracias.

La besó con ternura, sin apartar la mano del vientre. Fue un beso lento y concienzudo. El calor posesivo de su mano y el de su boca creaban un fuego de satisfacción en la sangre de ella. Rachel le devolvió el beso con la misma lentitud.

Fue un beso que cortaba barreras de miedo e inseguridad, un beso que espantaba sus dudas.

Un beso que llevó algo nuevo e inesperado al corazón de Rachel.

Se apartó antes de que la revelación que sentía dentro de sí pudiera tomar forma y sustancia. Si no reconocía el sentimiento, no tendría que lidiar con él.

A Josh no pareció importarle la retirada. Se inclinó sobre su vientre y volvió la atención a la niña. Sonrió.

—Si eres tan testaruda como tu madre, pequeña, te irá bien. Pero ahora

duérmete y deja descansar a mamá.

Rachel se echó a reír. En un impulso lo besó en la mejilla.

—No había compartido esto con nadie. Sentirla moverse, hablar con ella... no creía que nadie comprendería el milagro que es.

—Me siento honrado.

Rachel reprimió un sollozo. Una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Eh? —dijo él con gentileza.

—Son las hormonas.

—Es el cansancio.

Le secó la lágrima con el pulgar.

—Ven conmigo.

La ayudó a levantarse, le tomó la mano y tiró de ella hacia el dormitorio.

—¡Josh! —protestó ella—, no creo que esté preparada para...

Él se llevó un dedo a los labios.

—Me siento halagado —dijo—. Y quizá un día acepte la oferta —sonrió—. Pero protegerte también implica ocuparse de tu salud. Y no podré hacerlo si no duermo un poco.

Esa vez ella lo siguió de buena gana hasta la cama. Él le retiró la bata y la sentó en el lecho para quitarle las zapatillas. La tumbó y la tapó con la sábana y las mantas.

Se tumbó luego encima de las mantas y la tomó en sus brazos. Rachel se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Seguro que así estarás cómodo? —preguntó.

—Sí —la besó en la cabeza—. Ese sofá es demasiado corto.

Rachel soltó una risita contra su pecho y decidió aceptar su fuerza y su consuelo para ahuyentar las pesadillas.

Acurrucada en sus brazos, no tardó en quedarse dormida. Como siempre, sus últimos pensamientos conscientes fueron para su hija. Y para Josh, que se había dormido ya con los brazos en torno a ella y su vientre, protegiéndolas a las dos.

Capítulo 9

—Rachel, no hagas eso.

La mujer miró a Josh sentado al volante de su coche. Sus ojos azules revelaban una mezcla de rabia y resignación.

Aunque se sentía como una cobarde, sabía que no había otra salida.

—Es lo que quiero, Josh. He dejado que me traigas esta mañana a la universidad, pero ahora tenemos que seguir caminos separados. Puedes venir a clase, por supuesto, pero no podemos tener ningún otro contacto. No hay nada entre nosotros.

La mano fuerte de él se posó en su barbilla para volverla hacia él.

—Mírame a los ojos y repite eso.

Rachel apartó la cara de él.

—No hay nada entre nosotros.

Josh retiró la mano.

—¿A qué hora sales hoy de trabajar?

—A las tres y media —comprendió que había caído en la trampa—. No, de eso nada.

—Te recogeré a las tres y media.

Ella movió las manos en el aire con fuerza.

—Te agradezco el apoyo de esta noche, pero tengo que pensar en mi reputación.

—Si no me dices que dejarás que te lleve a casa esta tarde, te besaré ahora mismo aquí, en el aparcamiento.

Rachel lo miró sorprendida.

—Vale —dijo—. Puedes llevarme a casa.

Abrió la puerta del coche y salió sin mirarlo y sin esperar su ayuda.

—Cuida de Anne-Marie —dijo él.

Rachel se volvió.

—No puedes llamarla en público por su nombre —le advirtió en un susurro—. Todavía no se lo he dicho a nadie —suspiró—. Sólo quiero ahorrarme problemas. Por favor.

Josh ignoró su comentario y puso el motor en marcha.

—Nos veremos a las tres y media.

Rachel cerró la puerta y lo miró alejarse. Se caló el gorro hasta las orejas y avanzó hacia el edificio. En el primer escalón vio a Curt Norwood, vestido con abrigo y guantes gruesos de lana. Estaba charlando con un estudiante que llevaba un anorak negro.

—Buenos días, Rachel —la saludó Curt con una sonrisa.

—Buenos días —ella reconoció a Joey King por el anorak antes de que el chico se volviera—. Joe.

—Doctora Livesay —el chico arrastró los pies con nerviosismo y miró a Curt—. Gracias por el consejo, doctor Norwood. Con eso he pagado el alquiler de este mes. Bien, tengo que ir a clase. Nos vemos en unos minutos, doctora Livesay.

Entró apresuradamente, eludiendo mirarla, cosa que Rachel encontró curiosa. Joey nunca había sido muy conversador, pero siempre se había mostrado educado. Y ese día parecía darle vergüenza hablar con ella fuera de clase.

Sonrió a Curt.

—No sabía que te dedicaras a buscar empleo a los estudiantes.

La sonrisa de él se había desvanecido.

—Informarlos de dónde pueden tener ocasión de hacer dinero es mucho más apropiado que salir con ellos.

Rachel lo miró sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Ayer estabas hablando conmigo en el Café Bookstore y te marchaste

con él. ¿Y ahora llegas con él? ¿Has vuelto a pinchar una rueda?

Rachel dio un golpecito con el dedo en el pecho de Curt y le hizo retroceder un paso, fuera de su espacio personal.

—Eso no viene a cuento, Curt. Entre Josh Tanner y yo no hay nada.

—¿Estás segura? —un golpe de viento lanzó un mechón de ella sobre su cara. Curt se lo colocó detrás de la oreja y dejó un momento la mano en el cuello, en un gesto algo más que amistoso—. Simon fue un idiota por lo que te hizo. No quiero verte sufrir otra vez.

La lana del guante le picaba en la oreja y ella se apartó.

—Ya soy mayorcita, Curt. Puedo cuidarme sola —miró su reloj—. Tengo que darme prisa. Llego tarde a clase.

Subió apresuradamente las escaleras y entró en el edificio. Pero después de atravesar las segundas puertas dobles de cristal se detuvo. Sentía carne de gallina en la nuca.

Otra vez no.

Se volvió despacio y miró por encima del hombro para ver si alguien la había seguido. Un puñado de estudiantes se disculparon y pasaron a su lado. Pero seguía teniendo la sensación de ser observada.

Se volvió por completo, empujó las puertas de cristal y desanduvo el camino hasta la entrada. Curt ya no estaba. Y no parecía haber nadie que mirara en su dirección.

Rachel se quitó el gorro y sacudió la melena. Aquella sensación empezaba a cansarla. Quizá Josh tenía razón y su perseguidor era demasiado cobarde para dar la cara.

O quizá no la vigilaba nadie y se había sentido influida por la muestra inesperada de afecto de Curt. Movié la cabeza. En realidad él tenía algo de razón sobre su comportamiento reciente.

Era algo que podía arruinar su carrera y partirle el corazón.

Josh había aparcado en el lado opuesto de la facultad al que había dejado a Rachel. Se echó la mochila al hombro y se dirigió a clase.

Quería decirle a Rachel la verdad, que era un hombre adulto, no un crío, que era policía profesional, no un estudiante.

Pero había un problema: si descubría su tapadera, podía morir.

Al acercarse a la clase, vio a dos estudiantes en la parte de atrás de una puerta abierta. Lo que vio y la rabia que le atenazó el estómago, le recordaron por qué había insistido tanto para que le dieran aquella misión.

Kevin Washburn, el chico que necesitaba un amigo pero se conformaba con un chute, estaba hablando con David Brown.

Josh aflojó el paso y los observó. David, vestido con unos vaqueros anchos y jersey de cuello alto de color marfil, mostró una bolsa de plástico pequeña en la palma de la mano y se la metió al bolsillo. Kevin, con la ropa arrugada como si hubiera dormido con ella y la piel amarillenta, sacó un puñado de billetes y se los tendió.

Josh sintió deseos de gritarle una advertencia a Kevin y darle un puñetazo a David.

Pero lo que hizo fue parar a beber de la fuente para esconder la cara y procurar llegar después de la venta. Se volvió a tiempo de presenciar el intercambio y luego echó a andar por el pasillo en dirección a ellos.

—Hola, Kevin.

El chico se sobresaltó. Lo miró como si no lo reconociera.

—Hola —dijo al fin.

Josh lo observó por encima del hombro hasta que desapareció en el baño. Cuando se volvió, David le sonreía.

—Justo el hombre que quería ver.

Josh fingió que no tenía nada de raro que David estuviera al lado de una clase en la que tenía prohibido entrar.

—¿Dónde están tus gorilas —preguntó.

David hizo una mueca.

—Creo que tú y yo empezamos con mal piel.

—Yo creo que nos comprendemos perfectamente. No me gustan los hombres que amenazan a mujeres.

—Estaba borracho. Fue un error —bajó la voz—. Tengo una propuesta para ti.

—¿En serio?

—Una amiga mía dice que ayer le compraste algo.

Las noticias circulaban muy deprisa.

—Puede ser.

—Si eso es lo tuyo, podemos ayudarnos mutuamente —David hablaba como si fuera su mejor amigo.

—Te escucho.

David sacó una tarjeta de uno de sus bolsillos.

—Toma. Ven a verme aquí esta noche a las nueve.

¿Un estudiante con tarjeta? O quería vengarse a lo grande por la pelea o estaba a punto de abrirle la tienda de la anfetamina. La expresión de Josh permaneció inescrutable.

—Esto está en el centro. ¿Quieres que vaya contigo a un edificio abandonado?

—Es una discoteca. Habrá mucha gente allí para protegerte.

—¿Y cuál es tu propuesta?

—Puedo prometerte un suministro continuado de lo que vende Kelly. A cambio necesito un guardaespaldas. Lance y Shelton no lo hacían bien, pero creo que tú eres un chico que puede entender la necesidad de hacer bien el trabajo.

—¿Y por qué me lo ofreces a mí? Tienes que querer algo más a cambio que un tipo fuerte.

David sonrió.

—¿Ves? Sabía que eras listo. Lo que yo quiero es... Necesito a alguien con tus... —señaló el aula de Rachel— contactos, para que hable a cierta profesora de mí.

Las tres y cuarenta y cinco.

—¿Dónde estás, Rachel?

Josh tamborileó con los dedos en el volante de su coche. David Brown quería que la convenciera de que olvidara el tema del trabajo plagiado y le

permitiera volver a su clase, pero Josh sabía que no era fácil convencer a Rachel de nada. Miró de nuevo el reloj: las 3:48.

Se asomó por el parabrisas para intentar ver si la luz de su despacho seguía encendida, pero con el sol de la tarde reflejándose en los cristales de su ventana era imposible saberlo.

Le daría un par de minutos más y entraría a buscarla.

Y ya que no iba a hacer otra cosa en los dos minutos siguientes, decidió aprovechar para llamar a A.J.

—Rodríguez.

Josh se echó a reír.

—Eres igual de antipático por el día que por la noche.

—Es el estrés de hacerte de niñera, Taylor. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Sabes algo de mi hermano Mac?

El experto forense que había examinado el piso de Rachel la noche anterior era el segundo de sus hermanos. Al igual que A.J., Mac también le había advertido del riesgo de mezclar su vida personal con un trabajo encubierto, pero Josh no había hecho caso a ninguno de los dos. Rachel no tenía familia, sólo lo tenía a él.

—Mac no tiene aún un informe completo, pero dice que la sustancia roja del muñeco era sangre de la de teatro —dijo A.J.—. Se puede comprar en cualquier tienda de disfraces o la pueden haber sacado del Departamento de Teatro de la universidad.

—Bueno, entonces podría ser cualquiera.

—La nota estaba limpia, sin huellas dactilares. Pero dice que está impresa en un papel de calidad, seguramente en la oficina de alguien con dinero.

Sólo un experto del detalle como Mac habría podido encontrar una pista como aquélla.

—Preguntaré a Rachel si conoce actores de clase alta.

—Pues se mueve con gente rica.

—¿A qué te refieres?

—Tu profesora es paciente de la Clínica de Fertilidad Washburn. Quizá el

perseguidor pueda ser alguien de allí.

—¿Cuántas probabilidades crees tú que hay de conseguir una orden judicial para ver los archivos de la clínica?

—¿Cuántas probabilidades hay de que te centres en el caso de la anfetamina?

Josh suspiró pesadamente.

—No te preocupes, tengo claras mis prioridades. Para tu información, esta noche a las nueve tengo una cita con un chico llamado David Brown en la discoteca Thunderbird —dio la dirección a A.J.—. Dice que quiere reclutarme, cree que tengo un talento natural como guardaespaldas.

—Llegaré media hora antes que tú —le aseguró A.J.—. Iré con Ethan Cross. Es otro inspector familiarizado con este tipo de trabajos.

—Lo conozco. Es amigo de Mac.

—Bien. Así nos reconocerás.

—De acuerdo —Josh vio un gorro rojo familiar. Al fin—. Ha surgido algo. Tengo que dejarte.

Cuando guardaba el teléfono en el bolsillo, se dio cuenta de que Rachel no iba andando, sino que corría. O por lo menos, se apresuraba todo lo que podía apresurarse una mujer embarazada de ocho meses con un teléfono móvil pegado al oído. Josh abrió la puerta para salir a su encuentro, pero ella le hizo señas de que entrara en el coche y corrió hacia allí.

Josh se inclinó para abrirle la puerta del acompañante.

—¿Qué ocurre? —vio que respiraba con fuerza, como asustado—. ¿Qué pasa?

—No, Lucy —dijo ella por teléfono—. No te acerques a él si puedes evitarlo.

—¿Rachel?

Ella se volvió a mirarlo y Josh pudo ver que sus ojos expresaban preocupación, no miedo.

—Voy para allá —Rachel cerró el teléfono y se abrochó el cinturón—. Una alumna mía... la chica de ayer... —se llevó una mano al pecho para recuperar el aliento—. Lucy Holcomb. Ha ido a decirle a su novio que está

embarazada y dice que él está como loco. Tengo miedo de que le haga algo.

—Pues llama a la policía.

Rachel negó con la cabeza.

—Ella está en un estadio muy vulnerable. Si se llevan a su novio sin que alcancen antes una resolución, puede intentar suicidarse. ¿Quieres llevarme allí?

Josh sabía que no podía negarse.

—¿Dónde está?

—Es en Mission Hills —era uno de los barrios ricos de la ciudad—. Yo te indicaré.

Josh sacó el coche del aparcamiento.

—¿Cómo se llama el novio?

—Kevin Washburn.

Josh lanzó un juramento y pisó el acelerador.

Desde el exterior, la mansión Wahburn era un testimonio de las clases altas y de varias generaciones con dinero.

Pero el interior podía haber sido cualquier callejón donde se reunieran borrachos y drogadictos.

Y eso a pesar de que el sitio estaba lleno de muebles de diseño v antigüedades caras. Pero cualquier lugar podía perder su elegancia cuando alguien empezaba a rajar cojines y obras de arte y a romper espejos.

—¡Dios mío, parece una zona de guerra! —Rachel observó la destrucción en el vestíbulo de mármol blanco y negro. Un candelabro yacía roto en medio del suelo y el cristal de sus numerosas bombillas lo cubría todo—. ¿Dónde está la gente?

Josh y ella habían entrado después de empujar la puerta porque nadie había acudido a su llamada.

—Si tenemos suerte, será el día libre de la doncella —dijo él—. Si no...

—Ni se te ocurra pensarlo —no le costaba mucho imaginar al loco que había hecho aquello atacando a una persona—. ¿Lucy?

—¡Kevin!

Un golpe fuerte y un grito ronco los llevaron hasta el comedor. Lucy estaba en un extremo de la enorme mesa de caoba en la que cabían al menos veinte personas. Se sostenía el vientre con las manos y lloraba.

Kevin estaba de pie en el centro de la mesa y gritaba con aire triunfal al ver los trozos de cristal que antes habían sido un espejo colocado encima de la chimenea de piedra.

—¡Toma eso, hijo de perra! —agitó un candelabro largo de bronce en el puño—. No quiero volver a verte en mi vida.

—¿Lucy? —preguntó Rachel con voz suave, para no llamar la atención de Kevin.

—¿Doctora Livesay? —la chica la miró y corrió a echarse en sus brazos—. Está furioso. ¿Por qué está tan furioso?

Rachel abrazó a Lucy.

—¿Estás bien?

La chica, agotada por el llanto, apenas podía levantar los hombros del cuerpo de ella.

—Kevin no me ha hecho nada, pero no deja de romper cosas.

—¡Te odio! —gritó Kevin a su imagen en la superficie pulida de la mesa. La golpeó con el candelabro con tal fuerza que las paredes y el suelo temblaron.

Josh puso una mano en el hombro de Rachel.

—Voy a llamar a la policía y a una ambulancia.

—Antes déjame hablar con él.

—De eso nada. Ese chico está descontrolado.

Lucy sollozó y miró a Josh.

—¿Quién es?

—Un amigo mío —repuso Rachel—. Se llama Josh.

—También soy amigo de Kevin —musitó él con gentileza.

—Nunca me ha hablado de ti —dijo Lucy.

Josh miraba a su alrededor tomando buena nota de lo que los rodeaba.

—Apuesto a que Kevin ya no habla mucho de nada, ¿verdad?

—No —Lucy miró a Rachel—. Desde que perdimos el niño, no.

Kevin volvió a golpear la mesa.

Josh lo miró.

—Seguramente fue eso lo que lo llevó a las drogas. Es difícil lidiar con la tragedia cuando eres un adicto.

Rachel se volvió hacia él.

—¿Cómo de bien conoces a Kevin?

—Sólo desde hace un par de días. Pero conozco a los chicos como él.

—¿Los chicos como él? —preguntó ella con incredulidad—. ¿Y cómo sabes que es un adicto?

—Porque esta mañana lo he visto comprar anfetamina y creo que ya se la ha fumado. Y a juzgar por su reacción, o la droga estaba muy adulterada o ha estado al borde de una sobredosis.

—¿Kevin? —Lucy se echó a llorar con más fuerza.

—¿Quieres callarte? —preguntó Rachel a Josh—. Quizá yo pueda ayudarlo. Veré si puedo convencerlo de que deje el candelabro y luego podemos llamar a la policía.

Josh tenía los brazos en jarras.

—Si yo me voy de aquí, vosotras venís conmigo.

Lucy tiró a Rachel de la manga.

—¿Puede alguien ayudar a Kevin, por favor?

Josh y Rachel la miraron. Él fue el primero en ceder. Apretó los labios.

—Inténtalo, pero ten cuidado. Yo llevaré a Lucy a mi coche y volveré. Sólo estaré fuera un minuto. No dejaré que me vea, pero estaré ahí, detrás de ese arco. ¿Entendido?

Rachel asintió.

—No te acerques mucho. Un minuto —le recordó él.

Rodeó a Lucy con el brazo y la sacó del comedor. Rachel se quitó los guantes y se secó las manos sudorosas en el abrigo. Tenía que conseguir que Kevin hablara. Si podía hacerle hablar, podría tranquilizarlo.

Se acercó a la mesa.

—Hola, Kevin. Soy la doctora Livesay.

Él la miró con ojos que no parecían enfocar bien.

—Mi padre también es doctor. Yo soy un fracasado.

—Eso no es lo que me han dicho, Kevin.

Rachel habló durante diez minutos. Sabía que Josh estaba cerca apoyándola, protegiéndola.

Kevin gritaba y murmuraba. Pero entre una cosa y otra, ella fue reuniendo información. Kevin era un joven desgraciado que no estaba a la altura de las expectativas de su padre. No hacía amigos fácilmente y le gustaba escribir poesía, pero su padre quería que estudiara medicina. El chico había renunciado a la batalla por estar limpio y sobrio.

Y se culpaba del aborto de Lucy.

Kevin se sentó en la mesa con las piernas cruzadas. Rachel sacó una silla y se sentó también. No quería que la viera a un nivel superior.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

El chico empezaba a bajar de su espiral maníaca, aunque sus pupilas dilatadas indicaban que la anfetamina controlaba todavía su cuerpo.

—No hice al niño lo bastante fuerte. Era débil, como yo.

—¿Qué quieres decir?

—No vivió.

—Pero tú estás vivo.

—Y no se me da muy bien. Quiero ser mejor.

Su alma sensible conmovía a Rachel. Aquello no era un problema pequeño que ella pudiera arreglar en unos minutos, pero sí podía alejarlo de su autodestrucción actual, impedir que hiciera daño a nadie.

—Me alegro de que hables conmigo —dijo—. Me gusta saber...

Hubo un portazo en la puerta de entrada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz profunda y culta.

Kevin movió la cabeza hacia el sonido.

—Papá está en casa.

¿Papá?

Rachel sintió una oleada de pánico y apretó los puños. Los escondió en el regazo para no transferir su tensión a Kevin.

Oyó los pasos de Josh acercándose a la puerta de entrada.

—Señor, necesito que se quede aquí conmigo.

—Esta es mi casa e iré donde quiera. Y quiero que alguien me diga lo que ocurre aquí. ¿Nos han robado? —Rachel reconoció la voz de Andrew Washburn—. ¿Kevin?

Kevin se puso en pie y agitó el candelabro a modo de bate de béisbol.

—¡Te odio!

Golpeó la mesa con fuerza y astilló la madera. Rachel empujó su silla hacia atrás y se levantó justo en el momento en que la mesa se derrumbaba y Kevin caía al suelo.

—¡Rachel!

La joven se volvió al oír la voz de Josh cargada de miedo.

—¡No! —advirtió—. No entres. Se pondrá más frenético.

—¿Rachel?

Josh entró en la estancia con una expresión fiera, pero se detuvo al ver que ella extendía las manos en un gesto de súplica.

—Estoy bien.

Los ojos de él se movieron hacia la izquierda, un segundo antes de que el crujido de madera rota detrás de ella le hiciera volverse. Kevin se había incorporado y agitaba el candelabro.

—Me has mentado.

Rachel negó con la cabeza.

—No es cierto.

Kevin levantó el candelabro. Rachel se agachó. Tropezó con la silla y cayó al suelo. El candelabro pasó por encima de su cabeza con el rugido de un misil.

Josh saltó por el aire y se abalanzó sobre Kevin. Rachel se volvió, vio un barullo de brazos y piernas y oyó una ristra de gritos y maldiciones. En pocos segundos Josh tenía a Kevin clavado boca abajo en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Kevin!

El doctor Andrew Washburn entró en la estancia, echó un vistazo a su alrededor, miró a su hijo y se transformó en una figura pálida y encorvada, que había envejecido de repente más allá de sus sesenta y tantos años.

Rachel, que se compadecía de él, se sentó en el suelo y apretó los dientes al sentir un dolor repentino en la parte baja de la espalda.

Josh, por su parte, no tenía tiempo para compasiones.

—¡Ayúdela! —ordenó.

El doctor Washburn pareció verla por primera vez. Parpadeó y se acercó a ayudarla.

—¿Rachel?

—Estoy bien.

La ayudó a sentarse en la silla. Lucy entró corriendo, se arrodilló al lado de la silla y la abrazó.

—¿Podemos llamar ya a la policía? —preguntó Josh, que seguía sosteniendo a Kevin contra el suelo.

Rachel, que estaba decepcionada y más preocupada por el dolor en la espalda de lo que quería admitir, asintió con la cabeza.

Capítulo 10

—¿Tienes hambre?

Rachel, que tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, negó con la cabeza.

—No puedes invitarme a cenar.

A lo mejor no era una invitación, sólo una pregunta retórica.

La mujer abrió un ojo y sonrió. Estaba demasiado cansada para discutir. La visita de la tarde a la mansión Washburn la había dejado exhausta física y mentalmente.

—Tengo una idea. Paro en un sitio y compro algo. Tú puedes calentar tu parte más tarde.

Rachel tenía que admitir que la sugerencia era bastante práctica. Un hombre tan grande como él, seguramente, necesitaría comer con tanta frecuencia como ella.

—De acuerdo —asintió.

Volvió a recostarse en el asiento y dejó que el estrés abandonara poco a poco su cuerpo.

Había sido un día larguísimo. Había pasado horas hablando con Lucy, convenciéndola de que el rechazo de Kevin se debía a su dependencia de las drogas. Había hablado también largo y tendido con Andrew Washburn, un padre desesperado y un médico que conocía la adicción de su hijo pero no había podido ayudarlo. Sabía que el hospital les recomendaría, tanto a Kevin como a él, programas de desintoxicación y grupos de apoyo.

Y aunque seguía pensando que Lucy y Kevin eran demasiado jóvenes para ser padres, confiaba en que la nueva vida que estaban creando pudiera servirle de motivación a Kevin para arreglar su vida.

La tarde había sido también agotadora para su hija, ya que Anne Marie

llevaba más de una hora profundamente dormida. Sabía que debía comer por ella, pero las dos estaban agotadas.

Josh buscó una emisora con música suave en la radio y ella se quedó dormida.

Se despertó con un respingo. Un dolor agudo le contraía el abdomen.

—¿Rachel?

Algo cálido y reconfortante le cubrió el muslo izquierdo. Abrió los ojos, reconoció la mano de Josh e intentó orientarse.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Volver Boulevard; vamos hacia el este —apartó un instante la vista de la carretera para mirarla—. ¿Te encuentras bien? Estás tan blanca como un fantasma. ¿Has tenido otra pesadilla?

—Creo que no. No he dormido lo suficiente.

—A lo mejor se ha movido la niña —sugirió él.

Tal vez. Pero las patadas y puñetazos de la niña eran suaves como besos de mariposa comparados con...

—¡Ayyy! —Rachel sintió otra contracción y se agarró el estómago.

Josh le apretó la pierna.

—¿Te has hecho daño cuando te has caído?

Rachel negó con la cabeza. Ese golpe había sido en la espalda.

—Esto es dentro —dijo.

Se desabrochó el cinturón y frotó el vientre con la mano, intentando aplacar la tensión que había en él. Sintió que los músculos se expandían y contraían bajo su mano en el instante en que atacó otra contracción.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

Rachel se dobló y volvió a enderezarse en su esfuerzo por buscar una postura para reducir el dolor. Cuando pasó la contracción, respiró hondo.

—Creo que estoy de parto.

Josh agarraba con fuerza el volante.

—¿Has roto aguas? Mi cuñada dijo que a ella le pasó eso.

—No. Son contracciones. Aquí abajo.

—¿Estás segura?

—Creo que sí —respiró con miedo—. Josh, me falta un mes.

—Te llevo al hospital.

—Sí. Debería llamar a mi tocóloga.

Buscó el bolso con el teléfono, pero otra contracción le apretó el vientre. Volvió a sentarse, apoyó la espalda en el asiento y rezó por la vida de su niña.

—Respira —la voz de Josh sonaba tan asustada como la suya—. Vamos, respira a través de la contracción.

Quando remitió el dolor, pudo pensar con claridad. Aquello no debería estar pasando.

—No.

—Mira, yo no soy un experto en esto pero sé que hay que respirar bien.

—Quiero decir que tú no puedes llevarme al hospital.

Josh estiró la mano y le apretó la pierna.

—No sé dónde está tu médico, así que te llevo a las Urgencias más cercanas que pueda encontrar.

—No —ella le clavó los dedos en la mano para que la mirara—. No puedes llevarme tú.

—Eso son tonterías —se soltó de ella y pisó el acelerador—. Estás sufriendo y me importa un bledo lo que nadie piense en este momento.

—Pero a mí me importa.

—Tú ahora tienes que pensar en la niña. Todo lo demás se puede ir a la porra.

Un edificio alto, blanco y gris, apareció de pronto al doblar una esquina. Josh entró en el aparcamiento al tiempo que Rachel combatía otra contracción.

—¿Dónde estamos? —preguntó, intentando usar la respiración que había aprendido en las clases de parto.

Josh paró el motor.

—En el Hospital Universitario.

Se desabrochó el cinturón y se inclinó para hacer lo mismo con el de ella. Tomó su bolso del suelo y se lo puso en las rodillas. Salió del vehículo, le dio la vuelta y abrió la puerta de ella.

Rachel lo empujó.

—No, Josh. No puedes entrar conmigo. Déjame en la puerta; estaré bien.

—No pienso dejarte. Me aseguraré de que te vea un médico.

Rachel le golpeó las manos para impedir que la tomara en brazos. Le tiró de la manga.

—No puedes quedarte conmigo. Todo el mundo pensará que eres el padre.

Los ojos de él echaban chispas.

—¿Y tan horrible te parece esa posibilidad que no quieres que nadie lo piense?

Rachel le golpeó el pecho con un puño débil.

—¡Tú eres alumno mío!

Josh se inclinó por encima de ella y abrió la guantera del coche. La mujer vio la pistola en su funda.

—¡Oh, Dios mío!

Intentó salir del coche, pero llegó otra contracción y la mantuvo en su sitio. Estuvo a punto de llorar de miedo y de dolor.

—¡Josh, no me hagas nada!

—¿Hacerte? —él cerró la guantera de golpe—. ¡Maldita sea, Rachel, soy policía!

Se enderezó y le puso una placa delante de la cara. Una placa brillante de cobre metida en una funda de cuero negro.

Rachel estaba tan atónita que no podía pensar ni protestar.

—Soy policía —repitió él. Se metió la placa al bolsillo y cerró la guantera con la pistola dentro—. El agente Josh Taylor. No me llamo Tanner. Del

Departamento de Policía de Kansas City. Trabajo de incógnito en la universidad, tengo veintiocho años, no veintidós, y puedes estar segura de que no pienso dejarte lidiar con esto sola.

La tomó en brazos y la llevó hasta una silla de ruedas que un celador había sacado a la puerta. Luego le agarró la mano y entró con ella en el edificio.

Josh ponderaba en qué medida había sido un error enamorarse de Rachel Livesay. Acababa de cometer una equivocación de novato y el teniente Cutler aprovecharía la oportunidad para castigarlo por ella. Había estropeado su misión por su relación con una civil y había arruinado su tapadera. Había confesado que era policía en la entrada de uno de los hospitales más grandes de la ciudad.

Porque Rachel era demasiado testaruda para aceptar su ayuda.

Y él la quería demasiado para verla sufrir a causa de ello.

Ahora ella descansaba en una zona con cortinas cerca de Urgencias. La doctora había declarado que eran contracciones falsas, aunque Josh no había visto nada de falso en el dolor que había soportado Rachel.

Se acercó al cubículo donde estaba ella hablando con la doctora y vio que el color había vuelto a sus mejillas.

—Este tipo de contracciones no son raras, sobre todo cuando se tiene la presión arterial alta —decía esta última—. Jules —dijo a una enfermera—, prepare los papeles. La profesora Livesay puede irse en cuanto estén.

—Sí, doctora —dijo la enfermera con suavidad—. Volveré en unos minutos, señor... Tanner.

Josh suspiró. Las cuñadas podían ser muy graciosas. Confió en que Jules Dalton Taylor, la esposa de Mac, mantuviera su identidad en secreto por el momento, pero sabía que recibiría muchas llamadas de curiosidad por parte de la familia.

—El tratamiento es sencillo —decía la doctora en ese momento—. La presión arterial le ha subido por algo, tiene que estar tranquila y bien alimentada. Creo que mañana podrá reanudar su actividad normal. La niña está bien. Esas contracciones son una molestia para la madre, pero no para la niña.

—Gracias, doctora —dijo Rachel. En cuanto se quedaron solos, se incorporó—. Me alegro de que me hayas traído —murmuró.

Pero no parecía contenta.

Josh se metió las manos en los bolsillos.

—Con falsa alarma o sin ella, quería decirte la verdad, pero antes no podía y ahora no debería haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque no es decisión mía. La idea de ser policía secreta es que nadie sepa quién eres. Nadie. Cuando termine el caso, estaré encantado de hablar con el decano o con quien sea y explicar lo que hacía. No quiero que mi trabajo te arruine el tuyo.

—Puede que mi trabajo no valga tantas molestias.

—No digas eso. Te he visto en clase y sé cómo ayudas a la gente. Y eso es también lo que intento hacer yo. Nuestros métodos pueden ser distintos, pero nuestras metas son las mismas. Los dos queremos mejorar la vida de la gente.

Rachel guardó silencio. De pronto sollozó.

—¿Josh?

Él le tomó la mano y se arrodilló al lado de la cama.

—Estoy aquí.

Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas.

—¿Tenía tanto miedo?

Josh le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Lo sé. Yo también.

Los dedos de ella apretaron su mano.

—No puedo perder a la niña. Es lo único que tengo.

—No la perderás.

Siguió acariciándole la frente con ternura hasta que relajó el rostro y cerró los ojos. Acercó un taburete sin soltarle la mano y se sentó a observarla.

Varios minutos más tarde, ella abrió los ojos.

—¿De verdad eres policía?

—De verdad. Pero no puedes decírselo a nadie.

—Creo que la enfermera lo sabe.

—Es Jules. De pequeños éramos vecinos, ahora es la mujer de mi hermano Mac.

—¿Mac? ¿El Mac que conocí yo?

—Sí —sonrió Josh—. Será discreto y es muy listo a la hora de buscar pistas, aunque yo no soy imparcial, claro.

—Claro —ella guardó silencio un momento—. ¿Hay algún otro secreto que quieras contarme?

—No, creo que la información básica ya está.

Rachel lo miró con curiosidad.

—¿Tu trabajo es peligroso? Me refiero a tu misión en la universidad.

Josh le acarició la palma con el pulgar.

—Sé cuidarme. Y hay amigos que me vigilan las espaldas.

—No me has contestado.

Josh suspiró.

—Sí, trabajar de incógnito puede ser peligroso. Si te descubren.

—¿Te matarían si te descubren?

—Creo que esta gente sí.

—Pues no dejes que te descubran.

Él se echó a reír.

—No está en mi lista de opciones.

Ella seguía muy seria.

—¿De verdad tienes veintiocho años?

—Sí, pero mi rostro infantil me permite hacerme pasar por alguien más joven.

—Sigo siendo nueve años más vieja que tú.

—Soy adulto, Rachel.

Ella bostezó y cerró los ojos.

—¿Te resulta fácil mentir? —preguntó—. A mi marido se le daba muy bien mentir.

—Una cosa es que se te dé bien y otra que te guste —le acarició el pelo—. A mí me hubiera gustado poder decirte la verdad desde el principio.

—A mí también.

La camarera, una joven de pelo naranja y pechos enormes, casi se pegó a él al dejarle la cerveza en la mesa alta.

Josh sacó un billete de cinco dólares del bolsillo, le guiñó un ojo y le dijo que se quedara el cambio.

La miró regresar a la barra y volvió la vista a los jovencitos que llenaban la pista de baile y se movían al ritmo del *hip-hop* como si estuvieran en una clase de *aerobic*.

Divisó a Ethan Cross, uno de los inspectores de paisano, bailando en la pista. Su pelo largo volaba en torno a sus hombros con cada salto y giro y parecía el compañero perfecto de la morena delgada con la que bailaba.

A.J. estaba en la barra, conversando con una camarera pelirroja.

¿Por qué no podía estar él con Rachel y su lustroso pelo oscuro? La había dejado durmiendo en su piso, con su hermano Mac y su cuñada para hacerle compañía. ¿Por qué no podía cuidarla él?

¿Por qué narices tenía que estar allí?

—Tanner, no sabía si vendrías o no.

Por eso precisamente.

—David.

El futuro señor de las drogas llevaba todavía el mismo suéter color marfil y los mismos vaqueros anchos de la mañana, pero ahora llevaba también a una chica pelirroja colgada del brazo.

Josh se levantó y puso los brazos en jarras para enfatizar el volumen de la parte superior de su cuerpo.

—Tu proposición parecía interesante.

David le dio un billete de veinte dólares a su amiguita.

—Pídete una copa, encanto. Tengo que hablar unos minutos de negocios.

Cuando se quedaron solos, David se sentó e hizo señas a Josh de que hiciera lo mismo.

—Estás en muy buena forma para ser consumidor —dijo—, así que creo que revendiste la compra de ayer para sacarte un dinero. Pues bien, yo puedo hacerte rico.

—Te escucho.

David sacó un puñado de billetes de veinte del bolsillo y los dejó en la mesa como ayuda visual a su discurso. Josh había visto montones más grandes de dinero otras veces, pero para alguien tan joven como David, los alrededor de seiscientos dólares que había en la mesa eran una fortuna.

—Como puedes ver, soy hombre de medios. Me porto bien con la gente que trabaja para mí, siempre que ellos se porten bien conmigo. Ahí es donde entras tú.

—¿Para asegurar la lealtad de los empleados?

—No voy a fingir que me caigas bien, Tanner, pero peleas muy bien —empujó el montón de billetes en su dirección—. Busco a alguien que pueda seguirles el rastro a mis empleados.

—¿Cómo escoges a tus camellos, a los estudiantes que distribuyen el producto? —Josh se echó atrás en el taburete, una señal para A.J. y Ethan de que la reunión iba bien y podían mantener las distancias—. ¿La policía no sospecha si de pronto hay una docena de nuevos ricos moviéndose por la universidad?

—Eso es lo mejor de todo. Nosotros... quiero decir yo, reclutamos a los camellos para proyectos de investigación.

El pequeño desliz del pronombre personal había servido para indicarle a Josh que David era sólo un lugarteniente, que había alguien de más rango que él en la distribución de anfetamina. Y si Josh se unía al grupo, tendría más probabilidades de desenmascarar la identidad del líder.

Pero David no había terminado de presumir de la genialidad de su sistema.

—Los estudiantes reciben un pequeño estipendio por participar en todo tipo de cosas, desde tests de personalidad a donaciones de esperma. Yo sólo les aumento un poco el cheque si además me hacen alguna venta.

¿Era así como se había enganchado Kevin Washburn con la anfetamina? ¿Era un recluta que habría probado una de las entregas y se había convertido en cliente?

Josh ya había oído bastante. Tomó los billetes y se los metió al bolsillo.

Acepto el encargo a prueba.

—Si el dinero está bien, cuenta conmigo.

—O estás dentro o no lo estás.

Josh bajó la vista en un gesto falso de sumisión.

—En ese caso, supongo que estoy.

—Bien —David hizo una seña a su chica de que podía unirse a ellos—. Tu primer encargo es que me hagas un favor personal. Para probar tu lealtad, por así decir.

—¿Cuál es el favor?

—Que me readmitan en clase de Rachel Livesay.

Josh estaba en el umbral del dormitorio de Rachel y la observaba dormir.

Mac y Jules se habían quedado con ella hasta su regreso.

Con el pelo suave extendido a modo de halo sobre la almohada, era la imagen misma de la belleza.

Rachel y su hijita representaban todo lo bueno que él quería proteger en el mundo. Aunque en su intento por ayudarla, sólo hubiera conseguido ponerla aún más en peligro.

—Perdóname —susurró.

Porque no estaba seguro de que pudiera perdonarse a sí mismo.

Capítulo 11

—¿Que quieres qué? —preguntó Rachel, segura de haber oído mal.

—Necesito que retires la acusación de plagio contra David Brown.

Le petición no sonaba mejor la segunda vez. La mujer se levantó de la mesa de la cocina y llevó el tazón de cereales al fregadero.

—No quiero volver a ver a ese gusano en mi vida, ¿y tú me pides que lo tenga en mi clase tres días a la semana?

—La policía necesita tu colaboración.

Rachel lo oyó levantarse. Cuando se acercó a ella en el fregadero, tomó un paño de cocina y se apartó. Seguía sin estar segura de él ni de lo que esperaba de él.

—Mi colaboración, ¿eh? ¿Y tengo elección?

—Tú siempre tienes elección.

Ya no era su alumno, no era el fruto prohibido con el que la sociedad y las normas le impedían relacionarse.

Pero en lugar de liberar su culpabilidad, la confesión de Josh le había causado nuevos problemas. Josh era amable, divertido, cariñoso, sexy, guapo, un buen protector.

Y casi una década más joven.

Rachel limpió la encimera y guardó la tarrina de mantequilla que había sobre ella. Él estaba apoyado contra el fregadero y la seguía con la vista.

En ese momento la necesitaba para proteger la tapadera para su caso. Y la buena educación de su madre le hacía acudir en su ayuda una y otra vez porque eso era lo que hacía un caballero.

¿Pero amarla? ¿Comprometerse con ella? Ya había demostrado que sabía mentir. ¿No podría también ser infiel?

—Deberías detener a David Brown, no darle un respiro —dijo—. ¿Qué mensaje voy a dar a todos los demás estudiantes que se preguntan si deben copiar o no?

—Ninguno bueno, lo sé. Pero eso asegurará mi tapadera. Sé que David piensa que, si puedo lidiar contigo, puedo lidiar con todo.

Rachel se puso a limpiar la mesa.

—Me estás pidiendo que elija entre un tramposo o un traficante de drogas.

Josh le sujetó la muñeca para detenerle la mano.

—El resto del mundo no siempre funciona con respuestas buenas y malas como haces tú.

—Y entonces ¿cómo voy a enseñarle a mi hija quiénes son los buenos y quiénes son los malos? ¿Cómo voy a saber qué eres tú?

—¿De verdad dudas de mí?

Ella se soltó y salió de la cocina.

Josh la siguió.

—Tienes miedo, Rachel —la tomó por el codo y la hizo volverse. Apretó su vientre contra el de él y la abrazó—. Te has construido un mundo ideal, sólo para tu hijita y para ti. Te has planteado las metas que encajan con tus necesidades y sigues las normas que crees que te mantienen segura.

El calor del cuerpo de Josh la rodeaba, tranquilizándola, seduciéndola. Apoyó las manos en su pecho. El corazón de él latía con fuerza bajo su palma.

—Eso es ser lista, no tener miedo.

—A mí me parece que eso es estar sola —le puso un dedo en la barbilla y levantó su cara hacia él, pero se perdió en las profundidades de sus ojos—. No sabes qué pensar de mí, ¿verdad? Te siente atraída, pero no puedes explicar por qué. Me necesitas, pero no tiene sentido para ti. He entrado en tu vida y te he estropeado el plan, ¿verdad? Porque yo no juego según tus reglas.

Bajó la boca y la besó un instante en los labios y luego en la mejilla. Eran besos gentiles, tranquilizadores. Rachel cerró los ojos y se dejó llevar por su

magia.

—Si jugara según tus reglas —los labios de él le rozaron la punta de la nariz—, no nos habríamos conocido.

Lamió la comisura de sus labios y ella se estremeció.

—¿Josh?

—Dime lo que quieres —le mordisqueó la boca—. Olvida tus reglas y dime exactamente lo que quieres.

Rachel sentía que se derretía ante él.

—Yo...

Levantó la barbilla y estiró el cuello.

—¿Ahí? —él le besó la garganta—. ¿Quieres que te bese aquí?

Su lengua lamió el hueco en la base del cuello y Rachel gimió.

—Te gusta eso, ¿eh?

Ella sintió la sonrisa de él contra su piel tierna y sonrió a su vez.

—¿Josh? Tengo miedo.

Él le desabrochó la rebeca de lana y apartó la camisa para besarle cada trozo de piel que quedaba al descubierto. Pero se detuvo al oírla.

—¿Tienes miedo de mí?

—Tengo miedo de acabar sufriendo.

—No por mi culpa —se apartó y colocó la mano izquierda en la curva del vientre de ella—. Te juro por la vida de la niña que, por mi culpa, no.

Ella cubrió la mano de él con las suyas. Creía en la promesa de su voz y en la sinceridad de sus ojos. Ya sólo le faltaba creer en sí misma.

—Bésame —suplicó.

—Si insistes —sonrió él.

Se inclinó y la besó en los labios. Fue un beso concienzudo, un beso de promesa, de necesidad y de deseo.

Rachel le puso las manos en los hombros y se abrazó a él.

En su interior se abrió un horno y el calor lánguido y líquido que él

encendía allí fue bajando hasta la unión de sus muslos.

—Tienes una piel muy hermosa —musitó él. Acarició con la lengua el valle entre sus pechos—. Hueles a melocotones. A melocotones y nata.

Sus manos habían bajado por la espalda de ella hasta las nalgas. Las apretó y la hizo levantarse de puntillas para deslizar su muslo entre los de ella. Cuando la frotó en aquel punto, los dedos de ella se tensaron. Sus muslos y el resto de su cuerpo también se tensaron.

—¿Por qué haces esto? —le enmarcó el rostro con las manos y le hizo mirarla.

Los ojos de él eran de un color azul profundo, nublado por la pasión. Sonrió y sus labios mágicos se posaron en los de ella.

—Porque eres una mujer deseable, porque hace semanas que quería hacerlo —se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos—. Y porque tú también lo quieres.

Rachel asentía con la cabeza.

—Lo quiero —dijo—. Hasta tal punto que me da miedo —lo besó y él la tomó en brazos y se sentó en el sillón con ella en el regazo.

—Quítate la camisa —dijo ella.

Josh obedeció.

—Ahora tú —exigió.

Se besaban a cada oportunidad. Despacio. Deprisa. Con impaciencia. Con deseo.

—Tócame —le suplicó ella.

—Te necesito —dijo él con un susurro ronco.

La rebeca y la camisa de ella cayeron al suelo y él le tocó los pechos a través del encaje del sujetador. Luego los besó y mordisqueó, y repitió la caricia después de apartar la prenda.

Rachel trazó con la mano el contorno duro de su pecho. Absorbió el calor, sabor y olor de su piel desnuda. Le aflojó el cinturón de los vaqueros y él se levantó con ella en brazos y la llevó al dormitorio.

Josh se tumbó a su lado en la cama, los dos desnudos. Le acarició el vientre y le besó el cuello.

—¿La niña estará bien? —preguntó.

Ella le cubrió las manos con las suyas.

—No puedes apoyarte directamente en ella. Y tienes que ponerte... ah...
¡Oh, no! No había pensado en eso.

Josh la besó en la boca y le mostró un paquetito que tenía en la mano.

—Todo controlado, doctora.

Rachel le acarició los labios con los dedos y miró sus ojos enfebrecidos por la pasión.

—Hace tanto tiempo que no hago esto que...

—¡Chist! —le besó las yemas de los dedos y después la boca—. Yo nunca lo he hecho así. Tan deprisa, tan perfecto. Me muero por estar dentro de ti —se apartó y la miró muy serio—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella quería sentirse así otra vez. Sentirse como una mujer. Su mujer.

—Esto es una locura —susurró—. Yo nunca he hecho locuras.

—Porque nunca te has acostado conmigo —susurró él.

—¿Y si no puedo...?

—Sí puedes.

Josh acalló sus protestas con un beso. Bajó la mano que tenía en el abdomen hasta tocar la parte más íntima de ella, que apretó los muslos en torno a él. Le acarició los pechos con la boca y la llevó al borde del orgasmo entre la mano y la boca.

Y cuando ella creía que iba a estallar de un placer que le había negado mucho tiempo a su cuerpo, él la colocó de lado y la abordó desde atrás. Acarició sus pechos con una mano, sujetó con la otra el milagro que llevaba en el vientre, acercó los labios al cuello de ella y la penetró.

La llevó mucho más allá de lo que ella había soñado, mucho más allá de sus miedos. Y cuando alcanzó el orgasmo, Rachel gritó del placer de ser mujer, la mujer de Josh. Su única mujer.

Josh se despertó con la sensación de un pequeño empujón contra su estómago y el peso de una bella durmiente en el costado.

Miró el cuerpo femenino de Rachel y suspiró de contento. Así debían ser las cosas entre ellos: sin barreras, sin reservas.

Ninguna psicología podía explicar la conexión que compartían. Simplemente existía.

El tipo de conexión capaz de aguantar amenazas externas, trabajos exigentes y diferencias de edad.

La niña dio otra patada y Josh sonrió. Besó el pelo de Rachel y le acarició el vientre. Luego salió de la cama en silencio para no despertarla.

Cuando entró en la sala de estar, sonó el teléfono. Después de la noche estresante de Rachel, y de la mañana exigente, necesitaba dormir. Josh volvió corriendo al dormitorio y descolgó al segundo timbrado.

—Residencia Livesay.

Rachel se despertó con el sonido de la voz de él y suspiró de contento antes de abrir los ojos. Seguía cuidando de ella.

—¿Quién habla? —preguntó él.

Rachel abrió los ojos. Su contento se desvaneció como por ensalmo.

—¿Quiere dejar un mensaje, doctor Jeffers?

—¡No! —Rachel se sentó en la cama. ¿El decano Jeffers?

Josh le sonrió mientras escuchaba el mensaje. Ella intentó acercarse al borde de la cama, pero la niña no cooperaba. ¿Por qué no había dejado que saltara el contestador? Eran las diez de la mañana. ¿Cómo iba a explicar la presencia de un hombre en su piso?

Al fin consiguió levantarse y le quitó el teléfono de la mano.

—Dame eso.

Se acercó el auricular al oído.

—Soy la doctora Livesay —tiró de la esquina de la sábana, pero estaba metida debajo del colchón y no cedía.

Buscó frenéticamente su bata.

—¿Rachel? —la voz de William Jeffers sonaba entre confusa y preocupada—. Quiero verte en mi despacho lo antes posible.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—No quiero hablarlo por teléfono. Por favor.

—Estaré allí en media hora.

—Bien.

En cuanto hubo colgado, Rachel vio que Josh tenía su camisa en la mano, se la quitó y se la puso. Vio sus bragas en el suelo y se las puso también. Luego encontró sus mallas, el sujetador, su rebeca...

Hasta que no lo tenía todo, no se dio cuenta de que Josh la observaba desnudo desde la puerta del baño.

—Vuelven las normas, ¿eh? —preguntó.

—Josh, por favor. El decano todavía cree que eres un alumno. Y tenemos que actuar como si lo fueras, ¿no? Lo siento —señaló la cama—. Eso no debería haber ocurrido. Fue maravilloso, pero no debería haber ocurrido. Alguien podría enterarse —miró el teléfono—. Creo que alguien se ha enterado ya.

—¿Quieres decir que alguien podría enterarse de que una mujer sana y hermosa se acuesta con un hombre que se está enamorando de ella?

—No —Rachel lo miró sorprendida—. No digas eso. Eres muy joven para saber de lo que hablas.

—Soy un hombre, no un niño.

—Lo siento. Tengo que ir a ver al decano. No puedo lidiar ahora con esto, lo siento.

Josh se acercó a ella y la besó en la boca. Cuando la soltó, tomó su camisa del sofá y empezó a vestirse.

—Piensa en esto —sus ojos parecían cansados y mucho más rejos—. ¿Seguro que lamentas lo de esta mañana porque te han pillado en flagrante delito con un supuesto alumno? ¿O te preocupa que la verdad te deje sin excusas para apartarme de tu vida?

Rachel le cortó el paso a Curt Norwood cuando él salía de su clase.

—¿Por qué has hablado con el decano? —quiso saber.

—Buenas tardes a ti también.

—Déjate de tonterías —salieron varios estudiantes rezagados y Rachel se

vio obligada a apartarse, pero no estaba dispuesta a dejarlo marchar sin una explicación—. El decano acaba de decirme que cuide mi comportamiento ético y moral. ¿Se puede saber por qué narices le has dicho que puedo estar poniendo en peligro mi vida personal y mi carrera profesional?

—Porque a mí no quieres escucharme —Curt se colgó el abrigo al brazo y avanzó por el pasillo hacia su despacho.

Rachel se colocó a su lado.

—Tus acusaciones son calumniosas.

—Sé de buena tinta que tu amigo el señor Tanner se mueve con gente muy peligrosa.

—¿De qué estás hablando?

Curt abrió la puerta del despacho de su secretaria e invitó a Rachel a entrar delante de él. Colgó el abrigo en el perchero al lado de la puerta y tendió la mano hacia el de ella. La mujer se lo dio.

—Anoche lo vieron aceptar una gran suma de dinero en una discoteca.

—A lo mejor trabaja allí.

—Sólo si vende drogas. O las toma. Es ese tipo de sitio.

Rachel abrió mucho los ojos. Una cosa era oírle decir a Josh que era policía y otra oír los detalles del trabajo que hacía en secreto. No pudo resistir el impulso de defenderlo.

—Josh Tanner no es un drogadicto. Es demasiado listo, sus ojos están demasiado despejados. Es demasiado sano para mezclarse en ese tipo de cosas.

—Puede —Curt apretó los labios como si reprimiera un comentario desagradable. Llevó a Rachel hasta la silla de su secretaria—. Me he enterado del episodio de Kevin Washburn ayer. Es uno de los chicos de los que soy consejero. Alguien tuvo que venderle la anfetamina. Y adivina quién es su amigo más reciente —no esperó la respuesta de ella—. Josh Tanner.

—Josh no vende drogas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un buen hombre —bajó la voz—. Un buen chico. La otra noche me ayudó con una rueda pinchada.

—¿En mitad de la noche? ¿Y qué hacía en la universidad?

—Había ido a una fiesta.

Curt asintió con la cabeza, como si aquello le diera la razón.

Rachel se cruzó de brazos. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Las deducciones de Curt implicaban que Josh hacía bien su trabajo?

¿O implicaban que estaba en peligro? No sabía qué pensar.

Curt suavizó su expresión con una sonrisa de indulgencia.

—Rachel, si estas en algún lío a causa de ese chico...

La mujer lo miró a los ojos.

—¿Cómo sabes que Josh aceptó dinero en una discoteca? —preguntó con cierto humor—. ¿Saliste de juerga anoche?

Creyó ver una tensión momentánea en el rostro del hombre, pero no duró mucho. Él le tomó una mano y se la besó.

—Yo no salgo de juerga —dijo. Tiró de ella para ayudarla a levantarse. Le puso las manos en la cintura—. Y sólo miro a una mujer.

Cuando ella se dio cuenta de que iba a besarla en la boca, le puso las manos en los hombros y lo empujó hacia atrás.

—No hagas eso. No estropees nuestra amistad.

Él movió la cabeza y soltó una risita.

—Deberías haberte casado conmigo hace años. Yo te habría tratado mejor que Simon.

Rachel, conmovida por su comprensión, lo abrazó un instante.

—Cualquiera me habría tratado mejor que Simon.

Se rieron juntos y se separaron.

—No has contestado a mi pregunta —ella volvió a sentarse—. ¿Cómo te has enterado de las actividades dudosas de Josh?

—Sabes que cuido de ti, Rachel.

—Lo sé.

Curt tomó una carpeta que había sobre la mesa y sacó una ficha.

—Uno de mis estudiantes lo vio y me lo ha contado. Éste.

Rachel miró la ficha.

—David Brown. Ya sé que tienes motivos para no creer en él, pero...

La mujer cortó su explicación.

—He cambiado de idea respecto al señor Brown. No lo acusaré de plagio.

—¿No?

Rachel se pasó una mano por el vientre. Se sentía incapaz de mirar a Curt a los ojos.

—Pienso incluir una reprimenda en su historial, pero puede volver a clase —le pasó la ficha—. Me debes una.

—¿Me permitirás invitarte a cenar? —levantó la mano como para hacer un juramento—. Sólo como amigos.

—¿Doctor Norwood? Doctor... —una mujer bajita y acalorada entró en la estancia—. He intentado verlo al salir de clase.

—Nos habremos cruzado por el pasillo. ¿Qué ocurre, Sandy?

Rachel se levantó para dejar la silla a la secretaria de Curt. La mujer le sonrió.

—No, gracias. Doctor Norwood, dijo usted que le avisara cuando llegara el coche blindado.

El rostro de Curt se iluminó como el de un niño en Navidad.

—¿Ya está aquí?

—¿Qué es? —preguntó Rachel.

—Un revólver Bat Masterson. He pagado bastante dinero para que nos dejen restaurarlo aquí los próximos meses —descolgó su abrigo y se lo puso.

Sandy terminó la explicación.

—Lo entregan directamente en el museo. He pensado que querría verlo.

—¿Rachel? —Curt intentaba mostrarse educado, pero ya estaba casi en la puerta.

—Vete —rió ella.

Sandy tomó su abrigo y corrió detrás de él. Rachel se acercó más despacio a la percha.

—¿Se ha ido? —dijo la voz de Josh.

Ella miró la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Apuntarme a un proyecto de investigación.

Rachel lo siguió hasta el despacho de Curt.

—El doctor Norwood no está.

—De eso se trata —empujó la puerta y entró.

—¿Esto es legal?

—¡Chist! —él se acercó al archivador de Curt.

—¿No es peligroso que estés aquí? —susurró ella.

Josh abría cajones y ojeaba carpetas.

—¿Te preocupas por mi?

Un escalofrío recorrió la espalda de Rachel.

—¿No necesitas una orden judicial para hacer eso?

—Soy un estudiante, ¿recuerdas?

Se miraron a los ojos. Aquello no era una broma, sino que quería recordarle la distinción que había hecho ella esa mañana.

—Josh, ah...

Pero aquél no era el mejor momento para explicaciones. Él señaló con el hombro.

—Vigila si viene alguien.

Rachel se volvió hacia la puerta de fuera.

—¿Qué buscas?

—Esto.

Ella se giró un momento y vio que tenía una carpeta en la mano. Volvió a su vigilancia de la puerta.

—Curt dice que estás metido en líos —comentó.

—Lo estaré si vuelve a tocarte así.

Rachel lo miró por encima del hombro. Él tenía los ojos fijos en los papeles de la carpeta.

—¿Me vigilas continuamente?

—Más o menos. Cuando yo no puedo, hay un par de amigos que lo hacen por mí.

—¿Hay más policías vigilándome?

Josh levantó la vista.

—Te dije que cuidaría de ti.

Hizo una copia de los papeles que tenía en la mano, dejó la carpeta en su sitio y tiró de la mano de ella hacia el pasillo.

Varios minutos después estaban fuera, bajo el sol de febrero. A pesar de la advertencia del decano, a ella le resultó fácil caminar al lado de él, aunque mantenía las manos en los bolsillos y agachaba la cabeza a causa del frío.

—Tú has dirigido varios proyectos de investigación con estudiantes, ¿verdad? —preguntó él.

—Docenas. La universidad paga a los alumnos para que hagan de cobayas en tesis y estudios de doctorado. Y si el alumno responde al perfil que se pide, tiene una oportunidad de incrementar su *curriculum* y ganar algo de dinero. ¿Por qué?

—¿Alguna vez has dirigido un proyecto sobre medicina forense en el siglo XIX?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Ése no es mi campo.

—¿Y por qué un profesor de estudios criminales dirige un proyecto de investigación genética?

—¿Qué?

Josh sacó las fotocopias de la cazadora y se las pasó. Rachel leyó rápidamente el contenido de la primera página. Atónita ante lo que veía, pasó rápidamente a las otras.

—¿Donaciones de esperma? ¿Ése es el programa de investigación de Curt?

Josh le puso una mano en la espalda para guiarla hacia su coche.

—Ayer vi a Joey King darle las gracias a Curt por algo que le había ayudado a pagar el alquiler del mes.

Se detuvieron al lado del Dodge Raen rojo. Josh sacó las llaves.

—¿Joey también?

—¿Joey también qué?

Él abrió la puerta y la ayudó a subir.

—Según David Brown, esos supuestos proyectos son una tapadera para los camellos de poca monta de la universidad. Ponen su nombre en una lista, donan esperma y utilizan el pago para explicar su aumento repentino de liquidez.

—¿Y crees que Curt está mezclado con drogas?

—No sé si es el cerebro o es sólo un tonto al que utiliza otro.

Cerró la puerta y dio la vuelta al coche. Rachel no podía imaginar a Curt como un tonto al que utilizaran, pero tampoco como el jefe de un grupo de traficantes. Tenía que haber otra explicación.

Volvió a mirar las páginas para leer los detalles del proyecto.

—Todos estos donantes participan en un estudio de la Clínica Washburn —sintió un frío repentino. Soltó los papeles y se agarró el vientre—. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

—Tranquila. ¿Tienes contracciones otra vez? Josh le apretó el muslo—. ¿Qué ocurre?

Ella se aferró a su mano.

—No, no es eso. Uno de esos estudiantes, de mis estudiantes, podría ser el padre.

Capítulo 12

—¿Por qué no podemos ir a la Clínica Washburn y descubrir si uno de los números de la lista es el 93579? —Rachel movía las manos con vehemencia—. En el despacho de Curt sí te colaste para ver la lista.

Estaba sentada en el otro extremo del sofá, apoyada en un montón de cojines y con las piernas en el regazo de él. Josh movió la cabeza y siguió frotándole los pies.

—Vamos, cálmate. Recuerda tu presión arterial.

—Mi presión arterial se va a subir por las nubes si no encuentro algunas respuestas.

Josh subió la caricia hasta la rodilla de ella. Tenía que decirle algo para tranquilizarla.

—David Brown me dio la idea de buscar proyectos de investigación con conejillos de indias. Como él era mi única pista, he buscado los proyectos en los que participa él. En el centro de investigación me remitieron al despacho de Norwood.

BrownY el siguiente paso lógico es ir a la Clínica Washburn, verdad?

Josh dejó las manos quietas.

—No podemos. Un amigo está revisando en este momento la lista de nombres para ver si hay alguien con antecedentes. Si vamos ahora a la clínica, alguien podría ponerse en guardia y empezar a cubrir sus huellas. Y estoy demasiado cerca para correr ese riesgo.

—Pero yo podría descubrir quién es Papá.

—Lo sé —él tendió una mano y le apartó el pelo de la sien—. Pero lo descubriremos, te lo prometo.

Rachel cubrió la mano de él con la suya y la apretó contra la mejilla, lo que le hizo concebir esperanzas de que quizá empezaba a confiar en él.

—Tu madre te educó bien —giró la cabeza y le besó la palma—. Esperaré —hizo una pausa—. Pero no mucho.

Josh se echó a reír.

—Ya sé que la paciencia no es tu mejor virtud —se inclinó y la besó en la boca—. Eres una mujer de acción.

—Y tú un pesado.

—Sí, eso es cierto —la besó de nuevo.

Sonó el teléfono móvil en el bolsillo del abrigo y Josh lanzó una maldición y fue hasta el perchero.

—Aquí Josh.

—¿Ocupado? —preguntó la voz de A.J.

Josh lanzó un gruñido.

—¿Tienes algo para mí?

—Casi todos los nombres de la lista tienen algún antecedente. No muchos, la mayoría por posesión de drogas o posesión con intención de vender.

—¿Y Norwood está limpio?

—Sí. Si sabe lo que hacen esos chicos, aquí no hay nada que lo pruebe.

—¿Y cuál es el próximo paso? ¿Una orden de registro de la clínica? Podrían fabricar fácilmente anfetamina en uno de sus laboratorios.

—Pediré la orden —repuso A.J.—. Hay demasiados sospechosos relacionados con la clínica, estoy seguro de que el juez la concederá.

—¿Se lo dices tú a Cutler o lo hago yo?

A.J. se echó a reír.

—Tú eres su niño bonito. Dejaré que te lleves la gloria.

Josh miró a Rachel; no le gustaba la idea de tener que dejarla tan pronto.

—Bien. Hablaré con Cutler y prepararé el registro. Tú consigue la orden judicial.

—Hecho. Ten cuidado.

—Siempre.

Cerró el teléfono y buscó la placa en el bolsillo del abrigo. La guardó en el bolsillo delantero de los vaqueros y sacó su pistola.

Como siempre, la revisó a conciencia y la devolvió a la funda. Se la puso al costado y ató la cinta de cuero negro a través del hombro.

—¿Adónde vas que necesitas llevarte la pistola?

Se acercó a Rachel.

—Cuando no trabajo de incógnito, la llevo todos los días —le tomó las manos y la incorporó hacia él. Ella le echó los brazos al cuello y lo estrechó con fuerza—. No pasa nada, éste es mi trabajo. Estoy entrenado para eso. Desde niño, siempre he querido ser policía, como mi primo y mis hermanos. Todo irá bien.

—Para mí es difícil —los labios de ella rozaron su cuello—. Sé que eres un hombre adulto y no un crío, pero me cuesta pensar en ti como en mi igual. Porque eso significa que podemos tener una relación de verdad.

Josh la besó en la cabeza.

—A mí no me importaría.

Ella bajó las manos por el pecho de él y jugueteó con los botones de su camisa.

—También significa invertir mi corazón en algo que puede que no dure.

Josh le tomó las manos para parar el movimiento nervioso de los dedos.

—¿Por mi trabajo?

—No. Bueno, me preocupa el peligro, pero...

Josh suspiró.

—¿Porque soy nueve años más joven que tú?

Rachel lo miró a los ojos.

—Dentro de veinte años, cuando yo me acerque a los sesenta, tú estarás todavía en lo mejor de la vida. Eres muy guapo. Eres divertido y valiente. Te van a querer muchas mujeres.

—¿Pero tú no?

—Josh...

—Yo no soy tu ex marido. No puedes juzgarme a mí por sus acciones.

—Son las únicas que conozco —ella se apartó y se abrazó el vientre, protegiendo a la niña y a sí misma del dolor que esperaba conocer un día.

—Tú trabajas en la universidad —dijo él con sarcasmo—. A lo mejor es hora de que aprendas algo nuevo.

Pero en ese momento no tenía tiempo. La Clínica Washburn esperaba. Tiró de la mano de Rachel y, a pesar de sus protestas, la llevó hasta la ventana.

—Tengo que irme, pero esta conversación no está terminada.

—Tengo que ser sincera contigo sobre lo que siento.

—Yo también —abrió la cortina y se colocó detrás de ella. La abrazó por la cintura—. ¿Ves esa camioneta verde? Es uno de los hombres del teniente Cutler, mi superior en la Unidad de Drogas. Él te protegerá en mi ausencia. Tú no te muevas de aquí, descansa y piensa en lo mucho que te quiero.

—Josh.

—Te lo demostraré aunque sea lo último que haga, Rachel —pasó el otro brazo por encima de los pechos de ella y la volvió un poco para besarla en la sien—. Quiero casarme contigo. Quiero que tu hijita sea mi hijita —la estrechó con fuerza y luego le dio la vuelta y la besó en la boca—. No te muevas de aquí.

La dejó en la ventana y se acercó a la puerta. Se puso la cazadora y cerró la cremallera para ocultar la pistola.

—Volveré —dijo—. Siempre volveré a tu lado.

Cerró la puerta tras de sí y rezó para que ella quisiera que volviera.

Josh quería casarse con ella. Rachel se frotó el estómago mientras esperaba que reposara su infusión de hierbas.

—¿Qué vamos a hacer, pequeña?

¿Podría olvidar el pasado y creer en el futuro? ¿En una relación a largo plazo con Josh?

Él había dicho que le probaría su amor, pero ¿qué más podía hacer?

Había arriesgado su vida por ella, le había hecho el amor de un modo maravilloso, había tratado a su hijita con mucha ternura. Había abierto su corazón y le había dicho lo que había en él.

Era ella la que tenía algo que probar.

Se sentó en una silla de la cocina, atónita y avergonzada al darse cuenta de que lo único que la separaba de la felicidad era su miedo. Era ella la que tenía una actitud inmadura sobre la posibilidad de una relación con Josh Taylor. Era ella la que se negaba a ver la sabiduría de seguir a su corazón en lugar de a su cabeza.

Se tocó el vientre.

—¿Y qué podemos hacer para probarle nuestro amor? —susurró.

En ese momento sonó el teléfono.

—Doctora Livesay.

—¿Qué pena, doctora! —dijo la voz ronca y diabólica de Papá—. ¿No entendiste mi mensaje? Yo estaba contigo en el hospital cuando casi pierdes a mi hijo.

—¿Quién es? —preguntó Rachel con rabia—. ¿Por qué me hace esto?

—Crees que puedes jugar con ese niño bonito con mi niño en medio de los dos. Pero eso no volverá a ocurrir.

—¡Basta!

—Sé que es policía.

Rachel se quedó paralizada.

—Es verdad. Lo sé.

—¿Cómo?

—Yo estaba allí cuando te lo dijo.

¿Con ella en el hospital? Rachel cerró los ojos e intentó recordar todos los rostros que había visto ese día, pero había estado con dolores y mucho miedo. Y se le escapaban los detalles.

—¿Qué quiere?

—Lo que he querido siempre —soltó una risita ronca—. Quiero lo que es mío.

Colgó el teléfono. Y el silencio golpeó a Rachel como si tuviera un tambor dentro de la cabeza.

Tenía que pensar. Tenía que hacer algo. ¿Cuál era el número de Josh? Vacío el contenido de su bolso en la mesa, pero no tenía el número de Josh. Nunca lo había necesitado.

Marcó el número de la tarjeta que le había dado Mac Taylor.

—Aquí Taylor.

—¿Mac Taylor? —preguntó ella, aunque reconocía su voz.

—Al habla.

—Soy Rachel Livesay. Acaba de llamarme Papá y no sé qué hacer. Pero creo que Josh está en apuros.

Josh tenía razón. La paciencia no era uno de sus puntos fuertes.

La visita de Mac Taylor había sido breve y, a pesar de que le había asegurado que Josh estaba advertido y ella bien protegida, no estaba tranquila.

Tenía que hacer algo. No podía seguir paseando por la sala como una pantera enjaulada.

Sacó su agenda y el teléfono móvil y se sentó a llamar a algunos de sus pacientes.

—Hola, Lucy. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor. Mañana tengo una cita con una ginecóloga para que me diga seguro si estoy embarazada. Creo que no debí decírselo a Kevin hasta que estuviera segura.

—Lo que le hizo perder el control fueron las drogas. Espera y díselo otra vez cuando salga de la clínica de desintoxicación. Y luego venís a verme los dos juntos.

—Eso me gustaría.

Charlaron un rato más antes de colgar. Kevin Washburn no podía recibir llamadas en su primera semana en el centro, así que Rachel buscó el número de su padre. Cuando descolgaron el teléfono, se encontró con un silencio.

—¿Doctor Washburn?

—Andrew Washburn al habla —la voz del médico, antes exuberante, parecía débil y cansada.

—Rachel Livesay. Llamaba para ver cómo se encuentra hoy.

—Usted intentó salvar a mi hijo, ¿verdad?

—Lo intenté. Me hubiera gustado haber podido hacer más.

Andrew hizo una pausa.

—A mí también.

—¿Quiere hablar de ello?

—Sí —su voz adquirió un tono casi esperanzado—. Sí, me gustaría mucho. Pero no por teléfono. ¿Puede venir a mi casa?

—¿Ahora?

El atardecer empezaba a transformar el brillo resplandeciente de un día soleado de invierno en las sombras grises de una noche sin luna.

—Si puede, sí. La puerta no está cerrada con llave. Llame con los nudillos y entre. Estaré en mi estudio.

¿Y qué hacía con el policía que la vigilaba fuera?

¿Y con el consejo de Josh de que no saliera de allí?

—¿Rachel? Por favor —la voz de él adoptó un tono de disculpa—. Hay algo de lo que quiero hablarte.

—¿De Kevin?

—De tu hijo.

—Decir esto me destroza la úlcera, pero... —el teniente Cutler hizo una pausa para mostrar hasta qué punto le dolía aquello— buen trabajo, Taylor.

Miró casi sonriente el caos ordenado de los técnicos de laboratorio, agentes de uniforme y policías de paisano que hacían fotos, catalogaban y guardaban todo lo que pudiera usarse como evidencia en la Clínica Washburn —. Imagínate, un laboratorio de anfetamina oculto dentro de una clínica de lujo para hacer niños.

El elogio del teniente había tardado mucho en llegar, pero Josh no creía merecerlo todavía.

—Ethan Cross está preparando órdenes de arresto para todos los estudiantes de la lista de donantes. Puede que no todos sean camellos, pero se interrogará a todos.

Un hombre alto y fuerte, que llevaba el uniforme azul del Departamento de Bomberos de Kansas City y mostraba un aire familiar con Josh, se acercó a darle una palmada en el hombro.

—La Unidad de Materiales Peligrosos lo ha cargado todo. Ya pueden entrar en el laboratorio.

—Gracias, Gid.

El teniente Cutler empezó a dar órdenes a sus hombres para que pasaran al laboratorio.

—Tienen suerte de que el sitio no les haya explotado en la cara.

Gideon Taylor solía trabajar como investigador de incendios provocados, pero cuando Mac le había dicho que la tapadera de Josh se había visto comprometida por el tal Papá, su tercer hermano se había presentado como enlace con el Departamento de Bomberos. Josh suponía que el resto del clan Taylor se había movilizado de forma semejante.

Sonrió.

—No tienes que hacerme de niñera.

—Lo sé.

Gideon, ocho años mayor que Josh, siempre había dado una imagen de madurez y responsabilidad. En los últimos meses parecía también triste, pero no era hombre que hablara de sus cosas. Al menos hasta que estaba dispuesto a hacerlo.

—Básicamente sólo quería verte. No sabíamos nada de ti. Mamá no se creyó ni por un momento que estuvieras en un seminario en Jeff City.

—Pues dile que estoy bien.

Gideon movió la cabeza.

—¿Algo más concreto?

—Dile —quizá sería mejor no hablar de ello para no gafarlo—. Dile que he conocido a alguien. Que quiero que conozca a una amiga mía embarazada. ¿Crees que le importará?

—¿Tú has tenido algo que ver con el embarazo?

—¡Ojalá! Pero no.

Gideon sonrió.

—Sabes que a mamá le encantan los niños.

—Todavía no es algo seguro —aclaró Josh.

Su hermano le dio una palmada en el hombro.

—No diré ni una palabra. Tú haz lo que tengas que hacer. Sabes que te apoyaremos en todo.

—Gracias.

Los hermanos se estrecharon la mano.

—Estaré por aquí, pero voy a comprobar que todo está bien en el camión antes de que salgan.

Josh sacó su móvil y marcó el número de Rachel. Todavía tenían que detener al mandamás del grupo de traficantes. Tal vez fuera el doctor Andrew Washburn en persona. Quizá por eso se sentía tan culpable por la adicción de su hijo.

El teléfono sonó y sonó.

Por supuesto, la policía pretendía interrogar a todos los chicos e incluso ofrecerles tratos de favor a cambio de que denunciaran a su jefe.

Josh también tomaría parte en los interrogatorios, ya que aquél había sido su caso desde el principio y era el que más tenía que ganar si atrapaban al jefe.

Pero antes quería hablar con Rachel. Frunció el ceño.

El teléfono de ella siguió sonando hasta que saltó el contestador. ¿Dónde narices se había metido?

Capítulo 13

—¿Doctor Washburn?

Rachel abrió la puerta y llamó una vez más con los nudillos.

—¿Doctor Washburn? Soy Rachel Livesay.

En el vestíbulo no había luz, pero entraba la suficiente del porche para ver que los cristales rotos y el metal seguían en el suelo.

La mujer saludó con la mano al policía que la había llevado allí y entró en la casa.

—¿Doctor Washburn?

Se guió por la luz de fuera y se deslizó por el pasillo. Cuando llegó a las escaleras, otra luz más brillante llamó su atención. Sonrió aliviada. Tenía que ser el estudio.

Se acercó al umbral y parpadeó para adaptar sus ojos a la luz.

Vio el cabello blanco de Andrew Washburn y sonrió.

—¡Ah!, está aquí. Como no respondía, empezaba a preocuparme —se quedó paralizada a mitad de camino de la mesa—. ¡Oh, Dios mío!

Corrió al escritorio y rodeó al hombre sentado en la silla para asegurarse de que no había visto mal.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Andrew Washburn yacía recostado en la silla como si se hubiera dormido, pero la sangre que salía de su boca y manchaba el respaldo de la silla a la altura de la cabeza indicaba que estaba muerto.

En la mano sostenía una pistola. Rachel acercó dos dedos temblorosos al cuello de él y comprobó que todavía estaba caliente.

Se limpió los dedos en el abrigo y buscó automáticamente un teléfono, pero de inmediato pensó que sería mejor avisar al policía que esperaba fuera. Se volvió y golpeó algo con el pie, algo que había caído de la otra mano de

Andrew Washburn.

Una carpeta de la Clínica Washburn. Aunque sabía que no debería tocar nada hasta que llegara la policía, no pudo evitar agacharse para ver mejor.

En la portada de la carpeta había un número: 93579.

Aquello era lo que había prometido decirle Andrew. Iba a revelar la identidad del padre.

¿Tan horrible era el secreto que había preferido quitarse la vida a decírselo? ¿O el suicidio había sido obra de su depresión y le había dejado aquella información adrede?

Rachel abrió la carpeta.

—No.

Miró al muerto, frustrada por no poder hacerle preguntas. Aquello no tenía sentido.

Tomó la carpeta y se incorporó. La dejó en la mesa y miró la foto a la luz para comprobar que no se había equivocado. 93579. El padre de su hijita era...

—Curt Norwood.

Levantó la cabeza al oír la voz en el umbral.

—¿Curt? —vio la pistola que llevaba en la mano—. ¿Qué haces?

Él sonrió. Su rostro, en otro tiempo atractivo, la miraba ahora con una expresión de odio que Rachel no había visto nunca. Que no hubiera querido ver nunca.

—Me llevo lo que es mío.

—¿Adónde me llevas?

Aparte del modo indiferente con que había sacado al policía inconsciente de su camioneta o del modo en que seguía apuntándole el estómago con la pistola mientras conducía, Curt Norwood volvía a ser el intelectual encantador que ella había conocido siempre.

—Vamos a la universidad, por supuesto. Hay un problema con un estudiante que tengo que resolver.

—¿Te refieres a Josh?

—Es muy joven para ti, Rachel. No te conviene —levantó la pistola y le acarició la barbilla con ella—. Te hará daño como te lo hizo Simon —sonrió—. Y yo no quiero que vuelvas a sufrir.

Rachel tomó aire por la nariz y lo soltó por la boca en un esfuerzo por mantener la calma. Tenía que conseguir que no dejara de hablar; ésa era la estrategia que usaba con pacientes agresivos.

—Josh no me ha hecho daño.

—Te lo hará.

—¿Por qué quieres hacérmelo tú?

—Yo no quiero —metió el coche por Volver Boulevard—. Yo intento cuidar de ti. Siempre he querido cuidar de ti, pero tú no me has dejado.

—¿Y tú llamas cuidar de mí a asustarme con esos mensajes espantosos? ¿O a volver a meter a Simon en mi vida y alentarle a ocupar mi lugar en la universidad?

—Sabía que te resultaría difícil volver a ver a Simon y trabajar con él. Y sabía que querías proteger a toda costa a tu hijita. Yo sólo quería que te refugiaras en mí. ¡Hace tanto tiempo que te quiero! —la miró con ojos fatigados—. Sólo quería que me necesitaras.

—Has sido mi amigo desde siempre. Siempre te he necesitado.

—¡Pero nunca me has querido! —gritó él—. Te enamoraste de Simon, no de mí. Tenías que haberte enamorado de mí.

Rachel se encogió en su asiento, abrazada a su vientre. Mantenía los ojos clavados en la pistola.

—¿Puedes apuntarla en otra dirección? También es tu hija. Y no creo que quieras hacerle daño.

Curt llevó ambas manos al volante, pero mantuvo la pistola bien aferrada.

—Jamás habrías adivinado que yo era el padre, ¿verdad? Tú deseabas un niño y yo te lo habría dado. Me habría casado contigo y te habría dado ese niño.

—¿Cómo conseguiste que me dieran tu espermatozoides y no ningún otro?

—Chantajeé a Washburn.

—¿Cómo?

Curt se echó a reír.

—Esta noche tienes muchas preguntas. Como ese novio tuyo.

—¿Qué vas a hacer con Josh?

Él volvió a reír.

—Ya lo verás. Ese niño bonito se cree que lo tiene todo para las mujeres —volvió a apuntarla con la pistola y ella se encogió—. Aquella noche tenía que haberte rescatado yo. Haber logrado tu gratitud. Pero no, tuvo que aparecer él y darles una paliza a mis chicos.

—¿Tú dijiste a David y los otros que me atacaran?

—Que te atacaran no, que te amenazaran. Tu niño bonito fue el que hizo que todo se volviera violento.

—Me protegía. Siempre me ha protegido.

Curt apretó los labios.

—Cuento con eso.

—¿Qué quieres decir?

Él la miró a los ojos.

—No tardará en seguir el rastro. El policía, Wahsburn, No ha sido difícil convencerlo de que se metiera la pistola en la boca. Taylor verá la sangre y mi ficha. Sabrá que has estado allí.

¿Qué podía hacer ella para arreglar eso y avisar a Josh?

Porque no tenía duda de que acudiría en su rescate. Pero esa vez su fuerza y su empeño en hacer lo correcto no bastarían para salvarla. Ni para salvarlo a él. Esa vez las consecuencias serían mortíferas.

Curt metió la camioneta en el aparcamiento de la facultad y apagó las luces y el motor.

—Cuando me ha llamado Washburn para decir que le remordía la conciencia por el trato que hicimos y que te iba a contar la verdad, se me ha ocurrido esto para quitarme de en medio a ese niño.

—Si crees que me voy a enamorar de ti después de esto...

—¡Tú eres la madre de mi hijo! —chilló él. Se inclinó sobre el asiento y la empujó contra la puerta—. Si no podemos estar juntos, tú no estarás con ella —susurró—. Y como el decano Jeffers conoce tu relación ilícita, el ascenso será para mí. Yo lo tendré todo y tú nada. Nada, ni a ese niño bonito que te ha arruinado la vida.

Rachel respiraba con fuerza. El corazón le latía con violencia en el pecho.

—Haré lo que quieras —dijo—, pero no le hagas daño a mi hijita.

—Nuestra hijita —corrigió él. Pero las palabras de ella parecieron apaciguarlo. Abrió la puerta y la empujó fuera del coche, pero sujetándola por el brazo para evitar que cayera.

Luego tiró de ella hacia su clase. A montar el cebo en la trampa que llevaría a Josh allí.

La trampa que lo mataría.

—¿No puedes ir más deprisa?

En otras circunstancias, Josh habría admirado la precisión y la destreza al volante de A.J. Rodríguez, que recorría las calles de Kansas City a más de ciento veinte kilómetros por hora.

Pero ese día no.

—Rachel me necesita.

—Los refuerzos vienen cinco minutos detrás, amigo. No nos interesa llegar demasiado pronto.

—Nos interesa llegar antes de que le haga algo.

Si no se lo había hecho ya.

Cuando David Brown le dijo, en la sala de interrogatorios, que trabajaba para Curt Norwood, todas las piezas encajaron en su sitio. Un profesor de estudios criminales que conocía los entresijos del trabajo policial, que tenía acceso a cientos de estudiantes necesitados de dinero o que querían drogas. Había montado un imperio construido con la sangre y la muerte de inocentes como Billy Matthews y Kevin Washburn.

Norwood quería que David contratara a Josh, contratara al policía, para meterlo en el juego y poder vigilarlo.

Su hermano Mac había sido el primero en llegar a casa de Washburn. A él

no le parecía un suicidio, a juzgar por la posición del arma. Y Mac le había hablado de la carpeta.

De 93579.

De Papá.

Curt Norwood estaba utilizando a Rachel para acabar con él.

Y estaría dispuesto a hacerles daño a ella o a su hija con tal de acabar con él.

—Ya casi estamos —A.J. miró las pistolas que llevaba a ambos lados de la cintura.

Josh revisó la suya. Llevaba más municiones en el bolsillo y una navaja en la bota. Además, se había puesto un chaleco antibalas.

A.J. lo miró al entrar en el aparcamiento.

—¿Estás seguro de que la ha traído aquí?

—Segurísimo. Aquí es el rey. Es el dueño de estos chicos. Está en la lista para vicedecano —sonrió sin humor—. Quiere que me acerque a él como estudiante. Alguien inferior en edad y en posición.

A.J. cerró el coche.

—¿Sabe que quieres arrancarle el corazón?

—Si le hace algo a Rachel, me arrancará él el mío.

—¡Curt, no lo hagas! ¡Por favor, no lo hagas!

Rachel retorció las muñecas contra la soga que la ataba al pupitre de la segunda fila.

El aula estaba a oscuras. Curt estaba allí en alguna parte. Ella lo oía respirar, pero él no hablaba.

Había dicho que se colocaría de modo que pudiera disparar a la puerta sin problemas. A la puerta y a ella.

Anne Marie se movía en su vientre. Parecía estar sentada justo encima de la vejiga y Rachel estaba muy incómoda.

Pero apenas notaba la presión. Josh iba a buscarla.

Y Curt lo estaba esperando.

Josh contó en silencio hasta veinte, para dar tiempo a A.J. a colocarse en posición en la entrada principal del aula. Él entraría por detrás. Calculaba que, una vez dentro, tendría medio segundo para divisar a Rachel y a Norwood.

Y rezaba para no equivocarse de figura a la hora de disparar.

Dieciocho... diecinueve. Respiró hondo. Veinte.

A.J. fue el primero en gritar.

—¡Ríndete, Norwood!

—¡Rachel!

Josh empujó la puerta con el hombro, se dejó caer al suelo y rodó por él.

Del extremo más alejado de los asientos salió una ráfaga de balas. A.J. devolvió el fuego desde su posición. Hubo gritos. Maldiciones. Más disparos.

—¡Josh! ¡No! ¡Vete de aquí!

—¡Rachel!

Él se puso en pie y se lanzó hacia la voz de ella. Disparó a la derecha, consciente de que no podría acertar, pero con intención de mantener a Norwood quieto en su sitio, de impedir que alcanzara a Rachel con alguna bala perdida.

—¡Maldita sea, Josh! Quiere matarte —sollozó ella.

Josh llegó hasta ella y lanzó un juramento. Estaba atada, obligada a permanecer erguida en el centro del aula, en la línea de fuego de casi todas las direcciones.

—¡No hables! —dijo. Sacó la navaja de la bota y cortó sus ligaduras mientras A.J. seguía disparando para tener ocupado a Norwood. La liberó de la silla y la abrazó—. Por cierto —susurró—. Te quiero.

—¡Apártate de ella!

Un fogonazo más y sintió una quemadura en el hombro.

—¡Maldita sea!

—¡Josh!

—¡Ahora, Taylor!

Rodó por el suelo, arrastrando a Rachel consigo.

Se abrieron las puertas y la estancia se inundó de luz. El teniente Cutler y Ethan Cross entraron en la sala, seguidos de un montón de policías.

Pocos segundos después todo había terminado.

Josh no se movió ni soltó a Rachel. Seguía protegiéndola con su cuerpo después del último disparo, después de la orden de rendición, después de que anunciaran que el sospechoso estaba muerto.

Siguió sosteniendo a Rachel y a su hijita hasta que A.J. Rodríguez le dio una palmada en el hombro.

—¿Sabes que estás sangrando?

—Josh? —Rachel le tocó la cara, el cuello, el pecho, el brazo.

—¡Ay!

—Josh, te han dispa...

Él la silenció con un beso y cuando se apartó para buscar aire, ella sonreía.

—Te quiero, Josh.

Él sonrió a su vez.

—Me alegro de que al fin te des cuenta. Y...

—¿Sí?

—He roto aguas.

El sudor cubría sus sienes y se acumulaba entre sus pechos.

—Vas muy bien, Rachel la elogió la enfermera—. Relájate y respira.

Rachel apoyó la cabeza en la almohada y miró la estancia esterilizada. Veía a la enfermera, el carrito con el medidor de la presión arterial, el aparato que vigilaba el ritmo cardiaco de Anne Marie...

Era demasiado pronto. Su hijita se había adelantado.

La doctora que la había examinado le había dicho que había dilatado ya siete centímetros y que el parto progresaba con normalidad, aunque la niña se hubiera adelantado tres semanas y media.

Pero ahora estaba a solas con la enfermera y el dolor intenso que invadía su abdomen y la obligaba a sentarse recta:

—¡Ay! —respiró con rapidez.

Cuando pasó la contracción, volvió a recostarse. Tenía mucha sed. Estaba muy cansada y muy sola.

A Josh y a ella los habían sacado de la universidad en ambulancias separadas y no había vuelto a verlo desde entonces.

Cerró los ojos y rezó porque él estuviera bien. Necesitaba su fuerza, necesitaba saber que estaba bien.

Lo necesitaba a él, punto.

—Hola, Rachel —otra enfermera, la esposa de Mac, había sustituido a la primera.

—Hola, Jules —un hombre alto y rubio entró detrás de ella. Rachel intentó ocultar su decepción—. Hola, Mac.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—De parto. ¿Cómo está Josh?

Jules sonrió, mojó una gasa y se la acercó a los labios resecos.

—Acaban de darle los puntos. La herida es limpia y superficial, aunque le han dado antibióticos por si acaso.

Rachel succionó la gasa antes de que Jules la retirara.

—Gracias. He visto que tenía sangre y... ¡Ay? —llegó otra contracción.

Cuando volvió a respirar con normalidad, notó que Mac había salido discretamente.

—¿Dónde está Josh? —preguntó.

—Iré a ver —dijo Jules.

Salió y entró la doctora Conway con la enfermera que había acompañado a Rachel desde su llegada al hospital.

La doctora la examinó.

—Diez centímetros —declaró.

Rachel ardía por dentro. Pero estaba agotada. Sola. Y tenía miedo de que

la niña llegara demasiado pronto.

—¿Preparada para empujar? —preguntó la doctora.

Rachel asintió con la cabeza.

—No pensarás tener a la niña sin mí, ¿verdad, doctora?

—¡Josh!

Tendió las manos y él se acercó. Se inclinó y la besó en la boca. Ella le introdujo los dedos en el pelo y lo besó a su vez.

Sólo apartó la boca cuando llegó la contracción siguiente.

Josh, que llevaba un brazo vendado y en cabestrillo, se sentó a su lado y le sujetó la espalda mientras ella empujaba. Le dio trocitos de hielo, le secó la frente y le susurró al oído palabras de amor y de aliento.

Y juntos oyeron el primer grito de la niña.

—¿Josh? —Rachel apenas podía respirar. Casi no podía ver a través de sus lágrimas—. ¿Cómo es?

Él la besó con fuerza.

—Es guapísima.

—¿Quiere cortar el cordón, señor Taylor?

Josh abrió la boca sorprendido. Miró a Rachel con sus ojos azules llenos de duda. Ella le secó una lágrima de la mejilla y sonrió.

—Adelante.

Minutos después, la enfermera colocaba a la niña en el estómago de Rachel y Josh Taylor besaba a sus dos chicas.

—Anne Marie y tú sois mi familia. Ella es la hija de mi corazón y tú eres la mujer de mis sueños. ¿Queréis casaros conmigo?

Rachel, segura del amor de aquel hombre fuerte, ya no veía su diferencia de edad, sino su fuerza, su humor, su instinto protector. Sabía que era el hombre del que quería que su hija aprendiera y al que amara. Tal vez su ADN procediera de otro, pero Joshua Taylor le daría el corazón y eso lo convertiría en el auténtico padre de su hija. Sabía que Josh era mucho mejor hombre que su ex. Fiel y constante, con ojos sólo para ella. Sabía que Josh la amaba. Y ella a él.

—Sí —contestó, con ojos brillantes de amor—. Nos casaremos contigo.

Fin